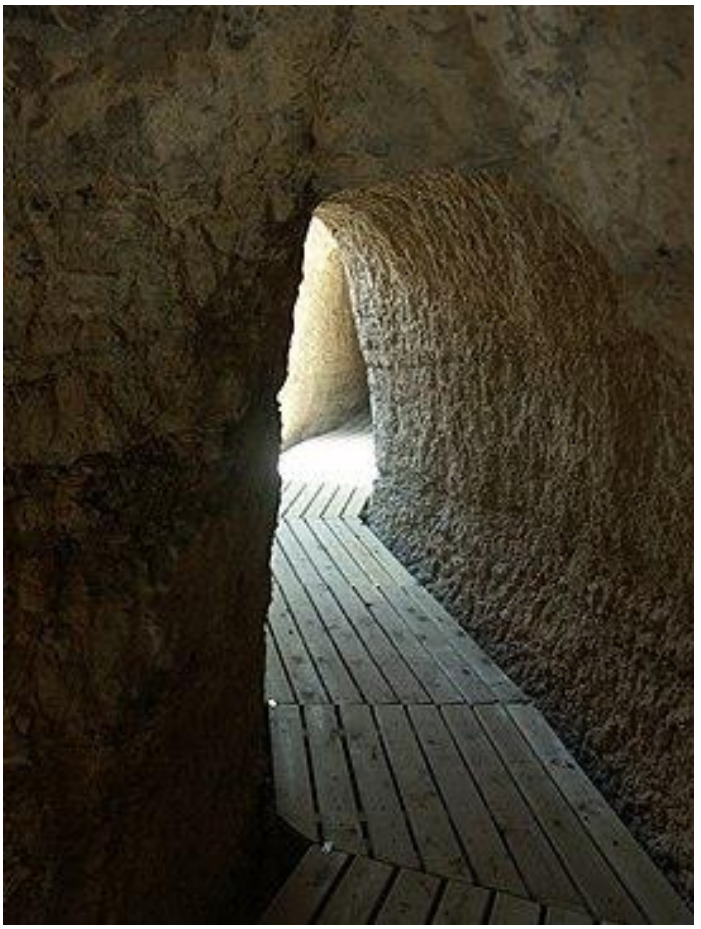
COSAS ÚNICAS Y EXTRAORDINARIAS DE ARAGÓN PARA VER EN FAMILIA

LECTURAS PARA COMPRENDER ARAGÓN[3]

Agustín Ubieto Arteta

LECTURAS PARA COMPRENDER ARAGÓN^3



Cosas únicas y extraordinarias de Aragón para ver en familia

Agustín Ubieto Arteta

2020

Edición del autor

© Agustín Ubieto Arteta

ISBN: 978-84-948296-8-0
Depósito Legal: Z 211-2021

Fotocomposición: Kronos

Imprime: Kronos
Menéndez Pelayo, 4. Zaragoza

Índice

El porqué de este libro 5

1. Los restos del primer trasvase de aguas hispano 7
2. El mayor pozo artesiano de Europa 11
3. Los qanats, una obra única de ingeniería hidráulica 15
4. Daroca tiene una Mina única 19
5. ¡Nos vamos de enclave 23
6. Tres reinos a vista de gorrión 27
7. Vamos a ver Corporales 31
8. La Virgen del Camino, documento histórico 35
9. No son cerros, son señales 39
10. Un hospital único agoniza 43
11. Una cantera única, más que ignorada 47
12. Dominemos la tormenta 51
13. El arnal que iba para catedral 55
14. Un bonito resto del Antiguo Régimen 59
15. Una muralla que detiene el tiempo 63
16. La mayor salada de Europa occidental 67
17. Hoy nos toca milagro 71
18. Vamos a ver un museo único 75
19. Una cripta con santo aragonés 79
20. El caso de la única (¿y fallida?) colegiata de Aragón 83
21. Salas, santuario universal 87
22. El primer retrato de la Virgen del Pilar 91
23. ¿Paseamos por una calzara romana 95
24. ¿Vivir bajo tierra 99
25. Una ‘guardería’ despoblada 103
26. Una manera peculiar de construir 107
27. Al pasar la barca, me dijo el barquero 111
28. Una simple florecita 115
29. ¡Aquí huele a pólvora 119
30. Estanca versus embalse 123

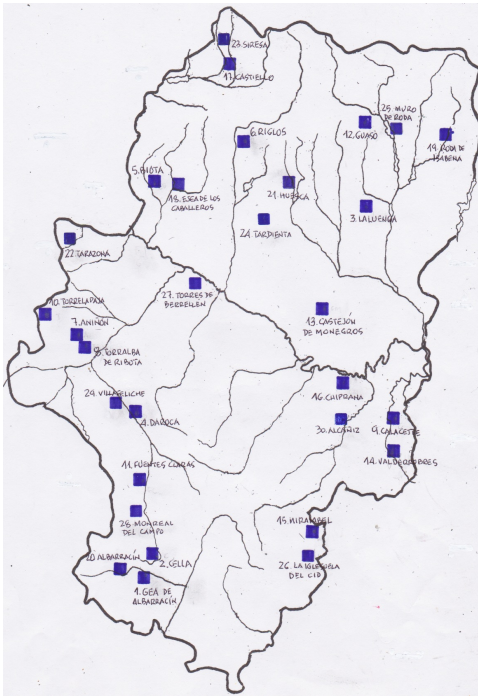
El porqué de este libro

Es bastante habitual que el historiador, enfrascado en la búsqueda de documentos, datos y testimonios para urdir la narración histórica, se dé por satisfecho –y con razón– con el resultado de su trabajo después de meses y a veces años de dedicación absorbente. Ahora solo piensa en difundirlo pues sabe, por eso es especialista, que su nueva aportación llena vacíos o es clave para ayudar a comprender determinados aspectos. En lo que menos piensa es en hacérselo llegar al simple ciudadano a través de algún medio de divulgación –término distinto a la vulgarización– para lo que él mismo debería redactar el texto adecuado.

Dedicados por entero a la investigación dura y pura a la vez que a la didáctica de la Historia, es decir, a enseñar a enseñarla a los futuros profesores, estimamos que por diversas razones que no vienen al caso ahora la divulgación es necesaria. En nuestro caso, pusimos nuestro grano de arena de dos maneras: por una parte, publicando dos libritos titulados ambos *Lecturas para comprender Aragón*, 1 y 2, en edición propia (1984) el uno, y por Mira Editores (2006) el segundo, ambos centrados en Aragón; por otra parte, a través del ICE de la Universidad, realizamos veinte cortometrajes didácticos sobre temas aragoneses que también titulamos *Comprender Aragón*, y se pueden ver en la página web tanto del ICE como de Agraluz.

Pasa el tiempo y sin saber cómo nos hemos visto inmersos en una crisis mundial de consecuencias imprevisibles. Aunque en grados distintos, el 'Covid 19', 'Corona Virus' o 'Corona Voraz' nos ha desbaratado a casi todos. En el caso de Agraluz (la Asociación de Antiguos Alumnos y Amigos de la Universidad de Zaragoza) nos hemos visto obligados a suspender todas las actividades programadas y ni siquiera se han podido intentar prever las siguientes. Imposible celebrar los varios encuentros promocionales previstos (bodas de plata y sobre todo de oro) y se han tenido que suspender sine die todos los 'convias' (convivencia viajando por Zaragoza); 'araconvias', 'hispaconvias', 'euroconvias' e incluso el primer 'americonvia' para ver los lugares míticos del Perú. Hasta se han resentido actividades básicas como son la utilización de las bibliotecas o las instalaciones deportivas de la Universidad por nuestros asociados, e incluso la tarjeta de socio se ha visto afectada pues alguna de las posibles compras ventajosas (comercios, gimnasios, etc.) han tenido que cerrar sus puertas. Un auténtico desbarajuste.

Para minimizar en lo posible la catástrofe 'inventamos' Agralea, una sección telemática en la que nuestros Asociados tienen a su disposición libros y artículos prioritariamente escritos por los propios socios. A la vista de que aquello funcionaba, se nos ocurrió crear otra, pero ésta requería ir dotándola de contenido pues no estaba previamente preparada. Como no nos dejaban salir de Aragón, íbamos a proponer viajes para realizar en familia por nuestra tierra, pero no viajes convencionales sino especiales, que tuvieran una meta, un objetivo definido. Nació así Agravea, otra sección telemática en la que cada pocos días se ha ido proponiendo un viaje para ir a ver cosas insólitas, raras, extraordinarias o únicas. Las treinta propuestas previstas ha habido que pensarlas y redactarlas lo que nos ha tenido entretenidos desde octubre.



Por último, se nos ha ocurrido que podría ser interesante poner el resultado a disposición de todos los ciudadanos en una especie de ‘balconing’ al uso y así ha sido. El autor ha reunido los textos, les ha dado forma de libro y a su propia costa ha hecho una edición corta para amigos y familiares, pero de forma gratuita Agraluz pone a disposición de todo aquel a quien pudiera interesarle el texto completo: basta con entrar en la web de Agraluz y hacerse una copia o en acudir a la empresa editora y solicitar una copia en papel.

Ha visto la luz el archiconocido ‘road and blanket’ (‘carretera y manta’ por si alguno no lo sabe) que pretende llevarnos a treinta localidades distintas en busca de restos visibles de un trasvase del siglo I, a ver el primer retrato de la Virgen del Pilar, o la mayor salada de Europa Occidental; a dominar la tormenta a la manera antigua; a ver tres reinos a vista de gorrión, cómo una muralla ha detenido el tiempo, o cómo un hospital único agoniza. Podemos ir a pasar el Ebro en el único pontón activo o ascender hasta la única ‘guardería’ de animales despoblada; ascenderemos a uno de los 48 cerros que en nuestra tierra se llaman San Cristóbal. Entre otras muchas cosas extraordinarias que no caben en esta introducción iremos a ver el mayor pozo artesiano de Europa.

Ha nacido ‘road and blanket’, un viaje distinto para hacer en familia mientras el ‘Corona voraz’ nos siga amenazando.

1. LOS RESTOS DEL PRIMER TRASVASE DE AGUAS HISPANO

Nos hallamos en el centro de la histórica comunidad de Albarracín, junto a su capital y a la vista del acueducto que va desde los aledaños de esa ciudad –porque Albarracín tiene el status de ciudad– hasta la cercana Cella; esa artificial vía de agua tiene unos 25 kilómetros de longitud, que no es mucho, pero ¡vaya veinticinco kilómetros! Abastecido con aguas del río Guadalaviar es, sin duda alguna, una de las obras públicas hidráulicas más importantes del Aragón romano, junto con la presa de Muel y el acueducto de Los Bañales de Uncastillo. Todas las evidencias apuntan a que comenzó a funcionar en el siglo I d. C. y estuvo activo unos mil doscientos años, hasta que en Cella se consiguió captar una fuente de agua en torno al siglo XII, precedente de su famoso 'pozo artesiano', otra de la obras hidráulicas señeras de Aragón pues nada menos que es el pozo artesiano mayor de Europa que sigue vivo y al que se le dedicará la atención que merece.

Aunque el *Poema del Cid* nos alerta de su existencia –"Celfa (Cella), la del canal", dice uno de sus versos– lo cierto es que durante siglos esta obra única cayó en el olvido, excepto para los pastores de ovejas y cabras que se sirvieron de sus túneles para guardar a sus animales. La tradición le endosa al Cid la autoría del acueducto no solo por la cita aludida, sino porque su figura estuvo muy viva en la zona albarracinense por donde pasó muchas veces de camino hacia su feudo valenciano. Están vivas todavía varias leyendas sobre él, al menos en las cercanas Monreal del Campo, Albarracín, Cella, Tramacastilla y Griegos, población esta última en la que el rey moro de la taifa hizo convertir en estrella a su hija para evitar que ésta viera al Cid del que estaba enamorada. Muy bonito, pero el acueducto no es cidiano.

Tampoco es de origen musulmán como tantas obras aragonesas que tienen que ver con el agua. Una leyenda que hace referencia a finales del siglo X o comienzos del XI nos quiere hacer ver que el acueducto nació en tiempos en los que Albarracín era una importante taifa califal. Es tan entrañable que no nos resistimos a reproducirla tal como la redactamos en su día. Titulada como "La piedra horadada por el amor", dice así:

"En el tiempo en el que Albarracín era gobernada por Abú Meruán, de la familia de los Abenracín, se escribió en sus sierras una de las más bellas historias de amor que se conocen. Ocurrió que el menor de los hijos de Abú Meruán, jinete ágil y conocedor como nadie del terreno, acostumbraba a recorrer las montañas del señorío, lo que le condujo a Cella, donde el alcaide del castillo solía recibirle hospitalariamente. Fruto de estas visitas fue el amor que el joven

Abenracín comenzó a sentir por Zaida, hija única del alcaide, amor que pronto se vio correspondido.

Pero aquel sueño era imposible, pues el señor de Cella tenía proyectos mejores para su hija, a quien pensaba desposar con un emir de al-Andalus, más rico y más poderoso que Abú Meruán. Éste, a quien el alcaide le debía vasallaje, apenado por el dolor de los jóvenes enamorados, envió una embajada al padre de la hermosa Zaida.

La comitiva, cargada de obsequios, fue recibida con cortesía en el castillo de Cella. Pero a la hora de tratar del enlace, el alcaide manifestó que Zaida ya estaba comprometida. Los embajadores no desistieron, temerosos de la reacción de Abú Meruán, reacción que también temía el alcaide. Por eso puso una condición que creyó imposible que pudiera ser cumplida y, por otro lado, le dejaría las manos libres, quedando a salvo su integridad. Prometió acceder al matrimonio cuando las aguas del Guadalaviar regaran los campos de Cella. Los embajadores deliberaron y, tras pensar cómo hacer realidad tan extraña solicitud, pidieron un plazo para poder acometer el prodigio, plazo que se cifró en cinco años.

Cientos de hombres trabajaron noche y día horadando la montaña que separa el Guadalaviar de los llanos entonces sedientos de Cella. Poco a poco, por las entrañas de la tierra, un acueducto –que el Cid admiraría años más tarde y que todavía es testimonio de aquel amor– lanzaría el agua clara del río encajonado a los campos abiertos de la llanada. Faltaban muy pocos días para cumplirse el plazo marcado y el agua llegó a Cella. El joven Abenracín y Zaida, la bella morica de Cella, pudieron cabalgar juntos entre los trigales nuevos de su amor".

Aunque los musulmanes mejoraron la instalación acuosa no fueron tampoco sus creadores pues se les habían adelantado los romanos.

Lo cierto es que este canal romano, subterráneo en buena parte de su recorrido, cayó en el olvido, olvido que fue secular, pues ha durado unos ochocientos años nada menos, pues las primeras y escasas referencias modernas que tenemos de él son del siglo XIX: la de Ceán Bermúdez, en "*Sumario de las antigüedades romanas que hay en España*", en 1832, o la de Federico Andrés, en 1897.

La carencia de datos motivó que los arqueólogos y estudiosos aragoneses, en general, y los turolenses, en particular, no le hicieran ni caso hasta que Aguirre Lahuerta introdujera una simple mención en su historia de Cella en 1978, pero que, no obstante, sirvió de pistoletazo de salida: Desde 1980, Eustaquio Castellano Zapater, Purificación Atrián y, sobre todo, Martín Almagro Basch, le dieron un notable impulso al conocimiento de esta obra de ingeniería única; tras este último, entre otros, los arqueólogos Jaime Vicente y Beatriz Ezquerra dieron el impulso final consiguiendo que se involucraran las instituciones lo cual fue definitivo para lograr que se acondicionaran e hicieran accesibles al público varios tramos del recorrido desde 2006.

En efecto, son accesibles y visitables varias partes del acueducto, a veces con algún pequeño esfuerzo físico y con linterna en mano. Y Gea de Albarracín es el lugar idóneo para llevar a cabo la mayor parte de la visita. En esta población –que merece un pequeño

paseo por sus calles y alrededores– se ha instalado un Centro de Interpretación que da cumplida explicación de esta obra magnífica y en cuyos alrededores se puede acceder a dos o tres escenarios singulares: galerías subterráneas, pozos de respiración, tramos al aire libre… Luego, tras un corto recorrido por la carretera general, se puede ir a ver el azud del que arranca el canal antes de adentrase en la montaña; y, por último, ir a ver el tramo final ya en Cella, donde espera otro monumento fuera de serie.

Si ver y pasear por el cauce ahora reseco de un canal/acueducto romano del siglo I d. C. ya constituye una experiencia inolvidable, pensar que además lo has realizado por el lecho del que fue primer trasvase hispano de aguas entre cuencas hidrográficas proporciona un plus de satisfacción, máxime cuando estamos hablando de un tema –el de los trasvases– tan sensible para los aragoneses.

La Comunidad de Albarracín, que se incorporó a Aragón en 1284, constituye un espacio singular dentro del conjunto de retazos que constituyen el antiguo Reino. Esas singularidades son varias.

Aún conserva el titulo de ‘comunidad’, una de las cuatro con las que contó Aragón, con reflejo actual en el mapa municipal en el que sus componentes están separados por pasillos comunitarios.

Albarracín debe de ser en estos momentos la población con menos habitantes de España que ostente el título histórico de ciudad; desde el Concordato de 1851 entre la Iglesia y el Estado, su antigua catedral es la única iglesia de Aragón que puede seguir llamándose ‘colegiata’; dentro de sus límites existe el único ‘tremedal’; podemos observar una rejería casi única en sus pueblos, etc.; y sus aguas no se encaminan hacia la cuenca del Ebro, sino a las del Júcar y el Tajo.

En efecto, en sus altas tierras nacen los arroyuelos que inician el cauce del Tajo, con lo cual aguas aragonesas van a parar al Atlántico por Lisboa; y, por su parte, el Guadalaviar (luego Turia) conducirá sus aguas hacia Valencia, dentro de la cuenca hidrográfica del Júcar. Y aquí entra nuestro acueducto: aguas del Guadalaviar (cuenca del Júcar) fueron desviadas a Cella (cuenca del Ebro) nada menos que en el siglo I d. C.

2. EL MAYOR POZO ARTESIANO DE EUROPA

Cella es una localidad próspera cercana a Teruel cuyo medio de vida se ha basado fundamental y tradicionalmente en la agricultura. Amantes y cuidadosos de lo suyo, sus habitantes han logrado conservar un importante patrimonio histórico que coloca a la antigua Celfa entre las cuarenta poblaciones aragonesas más ricas patrimonialmente hablando.

Varias ermitas concentran de cuando en cuando a los cellenses y, si bien su iglesia con ser interesante no es lo más destacado, se conservan en ella variados e importantes bienes: un excelente órgano, una custodia de plata, el busto relicario de la patrona de Cella, Santa Rosina, y una bella imagen mariana, la Virgen del Castillo, por ejemplo. Si interesante es su casa consistorial, la comunidad se dotó y nos ha conservado además su lonja, el peirón de la Fuensanta, un lavadero todavía utilizable, la nevera, los puentes de Pelegrín y Regatillo, una banda de música, masías varias y ventas (Fuliantre, Casa de Correos), interesantes casas (Fuentes-Goyanes, Lanzuela, Cura Zarzoso, etc.), y el silo cerealista además del palomar. Relacionado con este último, sus habitantes dieron origen a una interesante tradición, la colombicultura, actividad actualmente viva.

Pero es en el capítulo del agua en el que Cella se ha hecho doblemente famosa allende las más remotas fronteras. Es una auténtica pena que a una localidad tan cuidadosa con su patrimonio no le hayan llegado restos más nítidos de su antiguo acueducto romano, el que dio origen nada menos que al primer trasvase de aguas entre cuencas en la Península, ingente obra hidráulica que, tras mil doscientos años llevando agua a Cella, se hizo innecesaria al nacer el pozo artesiano que hoy es símbolo de la villa.

Hoy hace única a Cella el pozo artesiano actual de forma elíptica que tiene unas proporciones enormes pues su eje mayor mide 33,80 metros y el menor 24,23. Lo que aparece ante nuestros ojos no es un estanque aunque lo parezca, es todo un pozo. Entonces sin duda más pequeño, debe de ser el mismo pozo que excavaron los templarios en el siglo XII, lo que motivó la decadencia del acueducto. Aunque entonces su caudal no llegaba a las proporciones actuales no debía ser desdeñable pues durante los siglos XIV al XVI dio origen a que la villa fuera la capitalidad de una comarca denominada Río de Cella, sin duda el originado por las aguas que fluían del pozo, como ahora.

El nuevo pozo debió de ser artesiano casualmente desde el principio pues quienes lo abrieron tuvieron la fortuna de pinchar en una vía de agua que se nutría de un gran depósito acuífero, mas como las dimensiones iniciales de boca debieron ser normales –las de un pozo habitual como se ve cuando las aguas bajan bajan– el desagüe constante que se inició fue moderado, aunque dio origen, como hemos visto, al Río de Cella.

El nuevo pozo y el nuevo río tuvieron efectos múltiples: llevó el agua a los habitantes, sus casas y sus campos pues le nacieron tres acequias: Caudo, Granja y Madre; originó el abandono del acueducto construido por los romanos; otras cinco o seis localidades cercanas –las de la pequeña comarca del Río de Cella– se beneficiaron, asimismo, de sus aguas; la aledaña laguna del Cañizar tuvo aportación regular de agua y hoy en día es uno de las mayores humedales de Aragón; y, por último, el agua todavía sobrante por mor de la orografía discurrió hacia el cercano río Jiloca que nacía en los 'Ojos del Jiloca' en Monreal del Campo, dando origen a un río que nace dos veces.

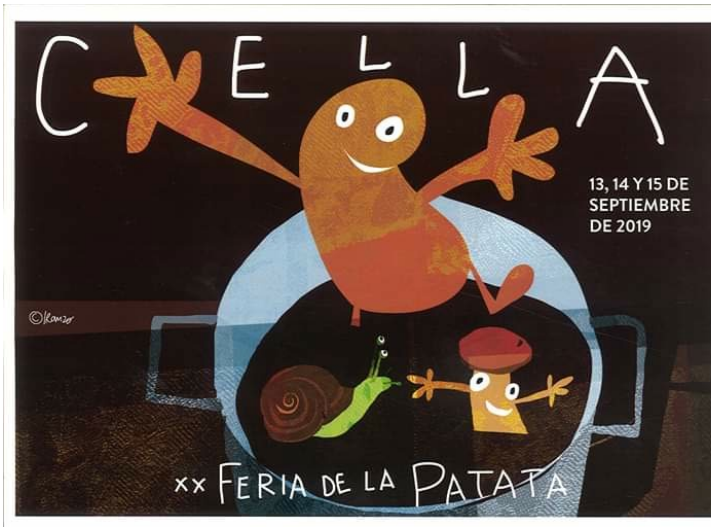
Es en el siglo XVIII, concretamente en 1729, cuando por encargo de la Audiencia de Aragón Domingo Ferrari, un ingeniero italiano, profundizó hasta los nueve metros en las orillas y 11,5 en el centro, logrando un perímetro de 130 metros rematado con un pretil en toda su longitud. El caudal logrado es nada menos que de unos tres mil quinientos metros por segundo. Jardines alrededor y la ermita neoclásica del patrón del pozo, San Clemente, rematan el bello conjunto. Pero lo más importante es que acababa de nacer el mayor pozo artesiano de Europa.

Asegurada el agua para la subsistencia diaria proporcionada por los nuevos huertos, los cellanos han sabido siempre dedicar la no estrictamente necesaria a algún monocultivo que les diera un plus de vida. Ya lo hicieron en las tierras de secano, de ahí las muchas cañameras que todavía podemos ver en su término; también lo hicieron con los cereales de secano, de modo que les creció un silo que hoy forma parte del precitado patrimonio, importante dotación teniendo en cuenta que la provincia turolense está mucho menos poblada de esta infraestructura que las otras aragonesas.

Luchan sus habitantes por industrializar el pueblo y cosas van consiguiendo, pero lentamente pues el contexto geoeconómico les es un poco hostil. Es una vez más al socaire del agua que mana de sus entrañas, y teniendo en cuenta la mutante demanda, donde se sienten fuertes de modo que se han ido sucediendo monocultivos productivos: además

del trigo, la remolacha tuvo momentos estelares llenando el paisaje de volquetes que trasladaban el azúcar en potencia a la cercana azucarera de Santa Eulalia.

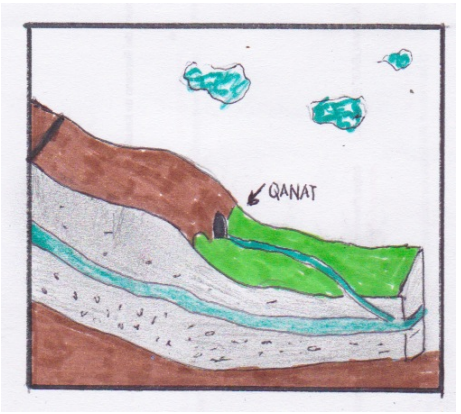
Pasado el momento remolachero, una enorme piscifactoría de truchas y salmones tuvo su momento estelar en los años sesenta y setenta aunque actualmente solo quedan los restos de sus enormes piscinas vacías. Y declinando el siglo XX comenzó la era de la patata hasta hacer de este tubérculo una de las señas de identidad cellana de modo que su 'Feria de la patata' tiene renombre al menos nacional.



Parece un estanque, pero todo él es un pozo, el mayor pozo artesiano de Europa. Está en Cella, Teruel.

3. LOS QANATS, UNA OBRA ÚNICA DE INGENIERÍA HIDRÁULICA

Unos mil años antes de Cristo –cuando la gran Roma ni siquiera era un sueño– sucesivos imperios persas entraron en contacto militar y comercial con Asia y con Egipto y les legaron, entre otras muchas cosas, un ingenio hidráulico que les permitía arañar agua subterránea en sus resecados y áridos territorios con el valor añadido de que podían adoptar distintas formas adaptadas a cada localización concreta. No es de extrañar que hoy en Irán existan más de veinte mil de estas infraestructuras activas tanto para regar como para llevarse agua a la boca. Habían inventado y difundido el qanat que consistía en conectar con acuíferos y vías subterráneas y arrebatarles el agua para sacarla a la superficie.



Por el norte de África y Europa se encargaron de expandir el invento los romanos, pero fueron los musulmanes quienes acabaron implantándolo profusamente en la Península.

En efecto, en España, tan reseca ella, los qanats cuajaron hasta tal punto que se contabilizan entre ocho y diez mil, no se sabe con certeza pues se sigue investigando. Están a la cabeza de la lista Andalucía, Canarias, Cataluña y Valencia para seguirles Baleares, Castilla-La Mancha, Murcia, Galicia, Madrid. Muy alejados de los anteriores, continúan la lista Aragón, Asturias, La Rioja, País Vasco y Castilla-León para finalizarla con pocos ejemplares Navarra, Cantabria y Extremadura. Desde España, el procedimiento –que tiene muchas variantes– se exportó a América, donde son muy abundantes también.

Pongamos la lupa en Aragón, nuestra tierra. Aunque por su extensión es solo la cuarta Comunidad Autónoma de España no deja de ser grande, mayor incluso que muchos países soberanos como Albania, Bélgica, Dinamarca, Holanda, Israel, Kuwait, Ruanda o Suiza entre otros muchos. Ese amplio tamaño significa variedad en múltiples aspectos, pero existe uno inapelable, la carencia de agua excepto en una franja longitudinal pirenaica.

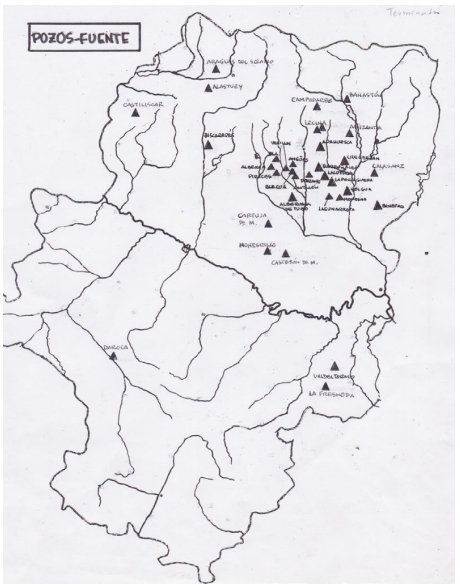
Si los asentamientos humanos se hubieran circunscrito solamente a las orillas de un río, Aragón no se parecería a lo que es. Por fortuna, el hombre aprendió pronto a captar su necesaria agua con azudes, presas y norias y a trasladarla con canales, acueductos o simples acequias, bienes que los romanos nos enseñaron a utilizar. No obstante, aunque sin río, afortunado el pueblo que le surgió una fuente de manera natural o la capturó horadando pozos. Pero también hubo concentraciones de aragoneses que tuvieron que vivir del agua de lluvia acumulada en la balsa. Aún se conservan algunas.

Azudes, presas, norias, canales, acequias, acueductos, fuentes, pozos y balsas son palabras que dominan el vocabulario acuoso aragonés, pero al menos para la mayoría de la gente falta una, destinada a la denominación de un singular procedimiento para captar agua del subsuelo, tan singular que ni siquiera hay acuerdo en cómo llamarlo en nuestros lares: pozo-fuente, pozo moro o qanat, un pozo que es de origen persa. Para nosotros será 'qanat'.

En nuestra tierra, las fuentes naturales han dado origen a un buen número de concentraciones humanas, pero nuestros antepasados –en su ansia de habilitar nuevos espacios en los que vivir– llegaron a ocupar terrenos sin agua aparente. Con la ayuda de controvertidos zahoríes, tuvieron que ingeniárselas para descubrir acuíferos subterráneos y llegar a ellos con ímprobos esfuerzos incluso sin tener la certeza de la salubridad del agua. Entre estas obras se hallan los qanats, pero con lo extenso que es Aragón, solo atesora un uno por ciento de los que hay en España.

Enfrentarse a uno de estos qanats constituye una sorpresa para quien nunca los ha visto y nuestra experiencia nos dice que son muchas las personas que los ignoran. También es cierto que cuando han visitado uno de ellos desean ver alguno más. Su arrogancia silenciosa fascina…

En Aragón –por ahí existen muchas variantes– la auténtica obra de ingeniería que supone un qanat consiste en horadar el suelo pero no verticalmente, como en cualquier pozo, sino oblicuamente, plano inclinado en el que si situarán las escaleras por las que descender hasta la cubeta donde se acumulará el agua a veces a más de diez metros de profundidad. Pero el agua llegará a la cubeta tras buscarla costosamente horadando galerías subterráneas de varios metros de longitud y en todas direcciones.



Son pocos, ya se ha dicho, pero además a la hora de ver su distribución territorial como en otros muchos aspectos el Ebro parece ejercer de línea divisoria: la casi totalidad de los qanats se concentran en su margen izquierda, sobre todo en las actuales comarcas de la Hoya de Huesca, Somontano de Barbastro y Monegros.

Aunque se parecen todos por sus condiciones técnicas y aspecto exterior, la realidad es que casi todos son distintos bien por sus escaleras o cubeta de recepción bien por las galerías subterráneas de captación de agua. Mención aparte merecen los qanats complementados con un conducto para trasladar el agua hasta un manadero artificial asequible, como son los

casos de Calaceite, que da origen a la Font de la Vila, o el de la Cartuja de las Fuentes, en los Monegros, origen de una curiosa fuente.

He aquí la lista de las localidades aragonesas que tienen qanats, en algunos casos más de uno, y que aparecen en el mapa mostrado: En la orilla izquierda del Ebro: Abizanda, Adahuesca, Alastuey, Albero Alto, Alberuela de Tubo, Angüés, Antillón, Araguás del Solano, Banastón, Barbuñales, Binéfar, Biscarrués, Blecua, Calasanz, Campodarve, Cartuja de Monegros, Castejón de Monegros, Castiliscar, Cregenzán, Lagunarrota, Laluenga, Laperdiguera, Lecina, Monegrillo, Monesma, Ola, Piracés, Ponzano, Selgua, Velillas; en la orilla derecha: Daroca, La Fresneda, Valdeltormo. A continuación se sugiere la visita a uno de ellos, pero para conocerlos previamente interesante es acudir a un libro como el de Naval Mas que habla de ellos y los hace inteligibles.

Como hay que comenzar por alguno de estos extraordinarios inventos, se sugiere viajar al pueblo de Laluenga, muy cerca del más conocido Berbegal por eso de mostrarse retante en un altozano aislado visible desde muchos kilómetros a la redonda. Estamos en los Monegros y Laluenga conserva nada menos que tres qanats: el Salado, de difícil localización; el Alto, pequeño y con escalera de caracol, no accesible; y el Nuevo, uno de los mejor conservados de la comarca del somontano barbastrense y además visitable. Desde 2003, un sencillo pero interesante Centro de Interpretación de este tipo de pozos sirve de ayuda al visitante, un pequeño pero coqueto local al que puede penetrar toda la familia con una simple moneda. Y además el qanat se ilumina lo cual ayuda a descender por unas amplias pero peligrosas escaleras dada la humedad reinante.

Los qanats, ingeniosas obras de ingeniería hidráulica, son los grandes olvidados de nuestro rico patrimonio. Tras visitar uno de ellos por primera vez se da uno cuenta de lo importante que es el márquetin en la vida moderna. Y se pregunta, ¿cómo es posible que yo no conociera esta obra única hasta ahora?

4. DAROCA TIENE UNA MINA ÚNICA

A nuestro juicio –como resultado de un reciente y laborioso trabajo inédito realizado sobre un hipotético 'Museo Patrimonial de Aragón'– Daroca ocuparía probablemente el sexto lugar y sería la primera ciudad no catedralicia en la lista por el número de sus bienes patrimoniales y por la calidad de los mismos. Solo le adelantarían Zaragoza, Huesca, Teruel, Jaca y Tarazona, todas con catedral y obispo. Si nos adentramos en los espacios patrimoniales que todas ellas lideran, el espacio darocense ocuparía un quinto lugar. Puntúa y muy bien en trece de los catorce apartados considerados, sobre todo en los de 'los sentimientos dejan huella', 'el arte y sus manifestaciones' y 'el hombre se agrupa y se defiende'.

Ocurre que por razones diversas, sobre todo por las prisas que la vida moderna impone, tendemos a sintetizar y la ciudad acaba siendo los Corporales, las murallas, la iglesia de Santa María, una leyenda y unas pastas. Y nos olvidamos de veneras dejadas por peregrinos que pasaron por aquí, del acueducto que acercaba el agua, de la nevera que prolongaba la vida a los alimentos, del palomar que albergaba proteínas con alas o de la plaza de toros de olvidar afanes diarios. ¡Ah, y de la Mina…

Pocos visitantes de la pequeña ciudad van a ver la Mina, un bien patrimonial que facilita incluso algo tan de moda últimamente, el paseo distendido por veredas y sendas atractivas. Tampoco les animan a hacerlo paneles explicativos ilegibles comidos por el sol o desprendimientos peligrosos no previstos por quienes deberían estar al tanto de que eso no ocurriera. No hay luces pagadas por el usuario para recorrerla de un lado al otro, consumiendo un tiempo que, con la caminata, quizás animaría a la familia a pernoctar en Daroca.

Iglesias románicas, retablos, relojes de sol y juderías existen cientos en nuestro país; aunque los darocenses sean los que más notoriedad han alcanzado, solo en Aragón hubo en torno a quince corporales, dos de los cuales –además de los de Daroca– están vivos y

dan origen a interesantes manifestaciones populares aunque no congreguen a autoridades que acuden a lo fácil… Pero Mina solo hay una.

Con antorchas iluminadoras atravesaron antaño la Mina varias comitivas reales que, además de rezar ante los Corporales, venían a "hacer la Mina", así, a "hacer la Mina". ¿Qué tenía de especial este túnel para que nada menos que Felipe II y toda su amplia corte vinieran expresamente para ello en 1585? ¿Qué llevó al consistorio de la ciudad a endeudarse por mucho tiempo para poder acometer obra semejante? Felipe II, cabeza de un importante conglomerado de tierras a lo largo del Mundo, vino a "hacer la Mina" porque sabía que se trataba de una obra única en el amplio mundo que él conocía y, desde luego, en Europa.

Cuando el Consistorio darocense decidió empeñarse económicamente para horadar lo que parece un simple túnel, pensó en un ingeniero de contrastada competencia que ya había probado su pericia en Aragón. Se trataba de un ingeniero, arquitecto y escultor de origen francés que se había afincado en Aragón, residiendo sucesivamente en Teruel, Santa Eulalia del Campo y Albarracín, donde murió en 1567. Ya sabían en Daroca cómo había recalzado con éxito los cimientos de la hermosa torre mudéjar de San Martín (Teruel) que se inclinaba (1549-1551), y estaba levantando el hermoso acueducto de Los Arcos para llevar las aguas a Teruel (1551-1558), obras a las que se sumarían las iglesias de Fuentes de Ebro, Santa Eulalia del Campo, colegiata de Mora de Rubielos, catedral e iglesia de Santa María de Albarracín y alguna que otra bella fuente.

Llegaron a un acuerdo y en 1555, con el precario utillaje de la época, comenzaron a horadar el cerro de San Jorge desde ambos lados hasta encontrarse los dos grupos de excavadores el 7 de septiembre de 1560. No obstante, las necesarias tareas de apuntalamiento del túnel, por un lado y, por otro, la construcción de un dique para encauzar las aguas hacia el túnel –la llamada Barbacana– no permitieron entregar las obras hasta 1562. Tenía y tiene el túnel llamado La Mina cerca de seiscientos cincuenta metros de largo, entre siete y ocho de alto y seis de anchura. Como túnel, extraordinario para la época, el siglo XVI, pero como solución a un gravísimo problema de supervivencia, una obra única y pionera. No es el primer túnel hidráulico de Aragón, pues se le adelantó en el siglo I el que canalizó las aguas del primer trasvase hispano entre

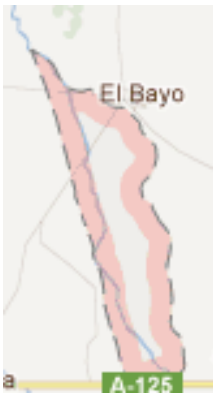
Albarracín y Cella, pero es el mejor terminado y más capaz de la era moderna en toda Europa. Por eso hay que ir a verla.

¿Por qué ese gasto económico de ruina para el Consistorio que se endeudó durante toda una generación para horadar un túnel? ¿Tan imprevisores fueron los diseñadores medievales de la ciudad que permitieron que su calle mayor sirviera de barranco tras las tormentas recias? ¿Cambió el clima hacia más lluvioso o algún movimiento orogénico cambió la dirección de los barrancos inundadores? Lo cierto es que los barrancos orientados hacia Retascón y Nombrevilla acabaron llevando sus aguas torrenciales hacia la bella Puerta Alta que da acceso a la calle Mayor. Arrancada la puerta, la calle se convertía en barranco y las aguas turbulentas arrasaban todo a su paso inundando casas y bodegas, llevándose, asimismo, la Puerta de Baja, que más de una vez terminó en el relativamente alejado río Jiloca.

Restos visibles quedan hoy de cuando, según la tradición o la leyenda, como se quiera, las aguas arrastraron un pesado 'ruejo' o rueda de molino de piedra desde la puerta Alta hasta la Baja que fue violentada con su peso liberando a la calle Mayor de la gran cantidad de agua acumulada en ella. Hoy podemos ver el Ruejo mostrado a todos en plena calle.

En días calmados en los que no llueve torrencialmente que son muchos, a La Mina se le dieron y aún se le dan otros usos, como la de cañada para el ganado que así se ahorra hacerlo por el cerro de San Jorge o la de camino seguro en tiempos belicosos, como durante la Guerra Civil. Pero también puede ser paseo, solaz y una ocasión para tocar Historia viva, porque sobre todo representa una idea brillante que fue pionera en Europa que sigue siendo necesaria y útil hoy. Sin duda merece una visita mientras recordamos alguna de las múltiples leyendas que la adornan sin ser vistas, alguna de tantas de las que Daroca es rica, comenzando por la de las ocas de su escudo.

5. ¡NOS VAMOS DE ENCLAVE…!



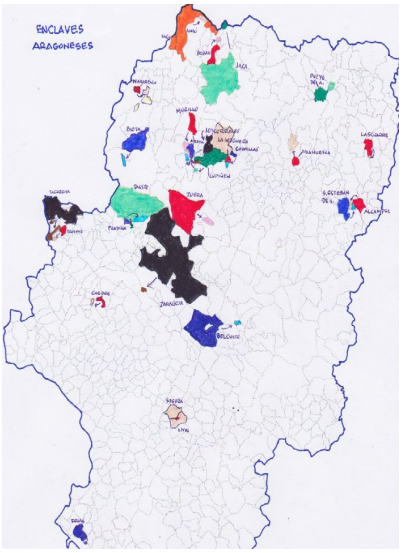
A todos los que han viajado en automóvil desde el sur a Jaca por la carretera que pasa cerca de Riglos y por el embalse de La Peña les ha chocado el hecho de que, en torno a Murillo de Gállego, la carretera tan pronto en está en la provincia de Huesca como en la de Zaragoza. Parece una broma, pero no: se trata de una herencia patrimonial, de un enclave.

Técnicamente un enclave es un "territorio o grupo humano que se encuentra inserto dentro de otro con características diferentes, especialmente de tipo político, administrativo, religioso, étnico o geográfico". Todo el mundo ha oído hablar del Condado de Treviño o del Rincón de Ademuz, enclaves nacional y aragonés, respectivamente. Casi todos los casos de enclaves hispanos son fruto de la Edad Media y hoy constituyen un anacronismo, pero siguen estando vivos dando lugar, en algunas ocasiones, a pugnas políticas sobre todo cuando afectan a Comunidades distintas, siendo el enclave del Condado de Treviño uno de los casos más conocidos: perteneciente a la provincia de Burgos el territorio está "enclavado" en la de Álava.

En España todavía quedan más de cincuenta y van desde los 370,48 km^2 que mide el Rincón de Ademuz hasta los 236 m^2 de Sant Pere de Graudelles. El primero es mayor incluso que muchos países independientes como Granada, Malta, Maldivas, Saint Kitts-Nevis, Marshall, Liechtenstein, San Marino, Tuvalu, Nauru, Mónaco o el Vaticano. Como es bien sabido, Aragón encierra el doble enclave de Petilla-Los Bastanes, pues en realidad son dos espacios, aunque el segundo está despoblado.

Este mismo fenómeno histórico se da entre los municipios interprovinciales dentro de una Comunidad y, naturalmente, Aragón no es una excepción. Existen enclaves internos en las tres provincias. Sin pretender ser exhaustivos, la siguiente es una lista de municipios aragoneses que tienen enclaves en otros municipios: Adahuesca (H), Alcampell (H), Ansó (H), Ardisa (Z), Belchite (Z), Biota, (Z) Borau (H), Chimillas (H), Chodes (Z), El Pueyo de Jaca (H), Frías de Albarracín (T), Jaca (H), La Sotonera (H), Lascuarre (H), Loscorrales (H), Lupiñén (H), Murillo de Gállego (Z), Navardún (Z), Pradilla de Ebro (Z), San Esteban de Litera (H), Segura de los Baños (T), Tarazona (Z), Tauste (Z), Trasmoz (Z), Zaragoza y Zuera (Z).

Cuando se cartografía toda esta información el resultado es evidente: la mayor parte de los enclaves internos aragoneses están ubicados en la margen izquierda del Ebro o sobre él. Una vez más el Ebro parece servir de barrera.



En este caso, la ubicación de los enclaves respecto al Ebro es una realidad histórica que es fruto de las decisiones personales de un rey o, en alguna ocasión, de pactos entre señores por delegación de aquél, sin intervención de un pueblo que en los demás casos sí que ha intervenido con sus decisiones.

Como normalmente se trata de pequeñas extensiones de terreno que caben en una mirada, debería ser fácil visualizarlos, pero no es así. No tienen vallas ni setos que los aíslen del entorno y, si los hubo en algún caso, los mojones delimitadores han desaparecido. Para ubicarlos, el viajero o excursionista normal tendría que acudir al Catastro o a que alguien de la localidad estuviera dispuesto a hacer de guía, pero ambas cosas son difíciles. No obstante, muchos de ellos suelen tener un algo diferenciador, distinto del entorno en el que están enclavados. Vamos a poner un ejemplo sobre el papel (Jaca) y luego nos iremos de excursión a otro (Biota).

Entre otras muchas cosas que Jaca posee en su casco urbano y en su término municipal existe un bien patrimonial que pocos conocen, un enclave y, en ese enclave, unas pistas de esquí. Porque Astún es un enclave de Jaca.

Ocurrió que en el siglo XVI el camino peregrino francés, por decisión de los monarcas galos, quedó totalmente clausurado, lo que significó la ruina y el consiguiente cierre del que había sido durante siglos el Tercer Hospital de la Cristiandad, Santa Cristina de Somport, cuyos monjes se refugiaron en Jaca. Su patrimonio fue disgregado en parte, de modo que el puerto de Astún fue concedido por Fernando el Católico en 1513 a la ciudad de Jaca, que veía así colmadas sus aspiraciones de disponer de estiva propia, es decir, de

un lugar para que sus animales pasaran el verano. Por decisión del monarca aragonés, a la ciudad jaquesa le había nacido un enclave. Y cuando en 1976 se inauguraba además le había nacido una estación de esquí, Astún. Desde sus instalaciones deportivas puede verse completo el enclave, aunque la mayor parte de los deportistas puede que lo ignoren.

Momento es de visitar nosotros un enclave abarcable con una sola mirada, aunque antes merece la pena deambular un rato por las calles de la villa a la que pertenece: Biota, en las Cinco Villas, que, según propias estimaciones, ocupa un dignísimo lugar 41 por su patrimonio acumulado.

Merece la pena comenzar por ascender al mirador que nos permitirá ver toda la vega del río Arba de Luesia. Poco a poco, sin prisas, se irán sucediendo la nevera, el torreón, el palacio de los vizcondes y la iglesia de San Miguel donde podremos admirar una interesante muestra de escultura románica y dos importantes retablos. También veremos la ermita de San José, unas interesantes casas de piedra, la fuente, el abrevadero y la magnífica escuela. Ya de regreso para ir al enclave, podremos ver dos testimonios seculares importantísimos: el "Camino del Peregrino" y junto a él el "Corral de los Peregrinos". Seguimos y llegamos a la carretera general, donde se encuentra la antigua estación de ferrocarril, un bien patrimonial que por su magnífica situación pudiera convertirse en un centro de interpretación de las Cinco Villas. Un poco más adelante, en dirección a Sádaba, parte hacia la izquierda el camino que nos llevará hasta El Bayo.

El Bayo es una población moderna, un pueblo de colonización, y toma ese nombre en recuerdo del poblado arruinado que vamos a ver. Desde El Bayo moderno, siguiendo la dirección que llevábamos, sale un buen camino de tierra que tras unos dos kilómetros nos conducirá a nuestra meta, las llamadas Torres del Bayo que habremos ido viendo a nuestra izquierda.

Se puede ascender al despoblado en automóvil o a pie, depende del miedo de cada uno, pero una vez arriba –aunque a algunos no les importe o no les suponga nada especial– estaremos pisando Historia. Habremos llegado al corazón de un enclave que podemos abarcar a simple vista mirando hacia el Este, aunque ningún elemento material (mojones, estacas o letreros) lo circunscriba.

Las llamadas Torres del Bayo suponen un conjunto de dos torres circulares románicas de una fortaleza levantada en tiempos de Ramiro II el Monje para defender una amplia zona de las Bardenas frente a la amenaza de los pamploneses una vez separados de Aragón a la muerte del Batallador. Junto a ellas, los restos de una enorme iglesia románico-gótica, testigo muy deteriorado de un monasterio cisterciense y, en otro cabezo cercano, una segunda iglesia-fortaleza. Todo ello amalgamaba al caserío de la villa medieval de El Bayo, cuya despoblación comenzó en la época de Pedro IV (siglo XIV) y

finalizó en el XVI, perteneciendo sus tierras al vizconde de Biota. Aparte de las románticas ruinas que bien merecerían ser apuntaladas para que sigan sirviendo de testimonio del pasado y de gozar de una panorámica especial de las Bardenas, incluidas las navarras, nos encontramos en el epicentro de un resto patrimonial casi único en España: un enclave.

Nos hallamos en una zona que hasta que se crearon las provincias en 1833 rezumaba una gran vitalidad. Hay que tener en cuenta que para viajar entre Barcelona y el norte de España no se iba por el Ebro, como ahora, sino por el camino de Salas, que entraba en Aragón por Albelda, pasaba Monzón, Barbastro, Casbas, Huesca y Puendeluna y salía por Cambrón, que está aquí al lado. Por eso era también camino peregrino de primer orden, que en este tramo final nos ha dejado restos como los que hemos visto al salir de Biota, pero poco antes estuvo la Virgen del Camino en Luna, y en Puilampa podemos ver al aire libre la firma de su obra en piedra de dos peregrinos.

Se trata de una zona fronteriza entre Navarra y Aragón muy sensible, las Bardenas, que podemos divisar perfectamente desde El Bayo. No es extrañar que a poquísimos kilómetros de aquí, en Sádaba, su castillo cambiara de manos navarras a aragonesas y viceversa en varias ocasiones, pero tampoco nos podemos extrañar de que el monasterio que estamos viendo en El Bayo lo arrasara el propio monarca aragonés tras expulsar a sus monjes por apoyar la causa navarra en la contienda aludida.

Los restos del Antiguo Régimen, el anterior a la Revolución Francesa, aún son muchos entre nosotros, pero no nos damos cuenta. Acabamos de ver uno de ellos.

6. TRES REINOS A VISTA DE GORRIÓN

Son muchas las personas que conocen la existencia de la "Mesa de los Tres Reyes", pocas las que han accedido hasta allí y desde luego ningún rey que se haya sentado en ella, pero así se teje a veces la Historia, con sugestivas leyendas y tradiciones. En realidad se trata de una montaña de los Pirineos que llega a alcanzar los 2.442 metros de altitud en medio de un paraje espectacular, lugar en el que confluían los reinos de Navarra, Aragón y Francia. Una hipotética mesa colocada en el punto de confluencia permitía a cada rey hablar desde su propio reino, eso sí muy abrigados.

Nosotros no vamos a ascender a este idílico lugar sino a otros tres distintos y mucho más accesibles. Desde esos emplazamientos vamos a ver enteros tres espacios geográficos que, a pesar de su pequeñez, fueron considerados legalmente 'reinos' y se integraron en el Reino de Aragón y formaron parte de las intitulaciones oficiales de los monarcas. Para hacer comprensible lo afirmado, no queda más remedio que hacer un mínimo de historia condensada.

Deshacer la Hispania que trabajosa y secularmente habían cimentado los visigodos costó no más de seis años (711-717); por el contrario, vencer al último invasor musulmán llevó setecientos ochenta y uno (1492), ciento veintinueve veces más. Hubo alguna ocasión –épocas de Sancho III el Mayor de Pamplona y unión de Alfonso del Batallador con Urraca– en que parecía que los cristianos podrían adelantar el desalojo, pero por razones diversas no fue así. Y partiendo de Norte a Sur, catalanes, aragoneses, pamploneses, castellanos, leoneses y portugueses hicieron la guerra por su cuenta quedando antes o después algunos ahogados: pamploneses, catalanes, aragoneses y leoneses.

En sus respectivos avances, cada uno fue incorporando territorios diversos muy distintos entre sí. En el caso de Aragón, fueron sumándose Sobrarbe, Ribagorza, la Tierra llana, la Litera, el Regnum Caesaraugustanum, el Bajo Aragón y la Extremadura, en la que cupieron cuatro soluciones políticas ideadas por Alfonso I, las Comunidades: Calatayud, Daroca, Teruel y Albarracín. Pero también hubo casos singulares, dos de los cuales vamos a visitar junto con el inicial Aragón: los reinos de Monzón y de Los Mallos.

Nos excusaremos de ir hasta San Juan de la Peña porque casi todo el mundo ha estado allí, pero si no es así, si se llega hasta el Balcón de los Pirineos cerca del

monasterio nuevo y se busca el emplazamiento adecuado para ver por la parte de la derecha algunas ondulaciones del Serrablo, se tendrá ante los ojos al primitivo Aragón cuando comenzó a ser Reino en el siglo XI pues detrás de la Peña Oroel, que también se ve, comenzaba una de las primeras extremaduras o zonas de nadie. El Aragón inicial cabía en una mirada.

Viajemos ahora para intentar ver de la misma forma un segundo reino. Para ello nos tenemos que remontar a pleno siglo XI cuando el rey aragonés Sancho Ramírez, desilusionado por sus escasos avances reconquistadores, nombró en 1089 rey de Sobrarbe y Ribagorza a su hijo de diecisiete años Pedro, que pronto sería Pedro I de Aragón. Sancho se dedicará fundamentalmente a los reinos de Aragón y Pamplona mientras que Pedro pondrá más su atención a la parte oriental. Y se dedicó tanto que, entre otras conquistas, con la ayuda de su padre, tomaba en el mismo año de su nombramiento real Monzón. ¡Casi nada! Monzón era un punto clave no solo por su castillo musulmán inexpugnable, sino también por ser centro aglutinador de una comarca muy arabizada y, por lo tanto, más difícil de asimilar.

Muestras de esa intensa arabización nos han quedado hoy en la comarca entre otros dos restos: nombres de pueblos y apellidos. Entre otros muchos, son de origen árabe al menos los topónimos de Albalate, Albelda, Alcampell, Alcarrás, Alfántega, Alfarrás, Algayón, Alguaire, Almenar, Almunia, Altorricón, Binaced, Binéfar, Calasanz, Pomar o Zaidín.

Pero en la 'Guía telefónica de Monzón' de 1995 podemos encontrar apellidos como Abenoza, Aguilar, Alama, Alcaide, Alcántara, Almunia, Alquézar, Barroso, Carmona, Farrán, Lara, Medina, Mendoza, Moros, Muzás, Muzas, Nebot, Nevot, Padilla, Pomar, Sellán, Ventura y varios más.

En 1092, el nuevo ente político, además de ser delimitado territorialmente, fue declarado Reino, se dotó de la habitual estructura de tenencias y acuñó hasta su propia moneda con la efigie de don Pedro.

Como reino aparece en algunas intitulaciones reales hasta 1134 pues desde este año dejó de usarse. Este es el territorio que vamos a intentar abarcar con ayuda de prismáticos. Así es que tras deambular con calma por Monzón saboreando las muchas cosas que nos puede mostrar, ascenderemos al castillo, el que fuera bastión importante de los templarios y donde pasara parte de su infancia Jaime I. Habrá que visitar el castillo, claro, pero oteando el horizonte por el sur veremos buena parte del reino de Pedro

I. No obstante, para completar la casi totalidad, podemos acudir luego hasta el cercano santuario de Nuestra Señora de la Alegría, tan venerada por los montisonenses y pueblos de los alrededores. Todo un Reino nada menos habrá estado a nuestros pies.

Para explicar y ver a vista de gorrión, nunca mejor dicho, el territorio del tercer reino habremos de acudir de nuevo a la Historia, aunque sea someramente. Regresamos al reinado de Pedro I. A los dieciocho años –siendo infante de Aragón y rey de Sobrarbe y Ribagorza– casó con Inés de Aquitania y tuvieron un hijo, Pedro, y una hija, Isabel. La transmisión de la corona parecía que estaba asegurada, pero la vida es la vida y el destino hizo que hacia 1095 no solo se quedara viudo el rey sino que Pedrito e Isabelita estuvieran cada vez peor de salud de modo que se temía por su vida. Aun sin electricidad, se encendieron todas las alarmas no solo en palacio sino también en Roma, la gran valedora de la monarquía aragonesa.

La realidad es que don Pedro se vio obligado a casarse en segundas nupcias e intentar traer al mundo un nuevo chaval que pudiera heredarle en caso de que Pedrito muriera, como acabó sucediendo. La encargada de hacerle padre de nuevo se llamaba Berta y era una auténtica desconocida al parecer de origen italiano, qué casualidad… Estamos en agosto de 1097, hubo boda en la catedral de Huesca y, como era costumbre entonces, don Pedro dotó a doña Berta, además de con otros bienes menores y dispersos, con las tenencias de Agüero, Murillo, Riglos, Marcuello, Ayerbe, Sangarrén y Callén, lo cual no estaba nada mal.

El caso es que el deseado nuevo heredero no llegaba y don Pedro, el rey Pedro I, colaborador necesario, murió en 1104. Así es que la corona pasó a su hermano Alfonso que tanto le había ayudado, que se convertía entonces en el rey Alfonso I para reconocerlo nosotros como Alfonso I el Batallador.

Los cuñados no se debían llevar mal y el nuevo monarca consintió –nos lo dicen dos documentos auténticos de 1105– que Berta siguiera gobernando los territorios de la dote, incluso que se presentara como "regnante in Murello, et in Auvero et in Aierb", un reino innominado al que el historiador de Pedro I, Antonio Ubieto, acabó denominando Reino de Los Mallos con el que se le conoce hoy.

El reino, que tuvo sus propios seniores o tenentes como el Reino de Aragón, por necesidades de índole diversa se fue empequeñeciendo poco a poco. Y hacia 1110 acaba no sabiéndose nada de la reina Berta que debió marchar a sus tierras natalicias italianas, mientras las de su efímero reino se incorporaban a Aragón.

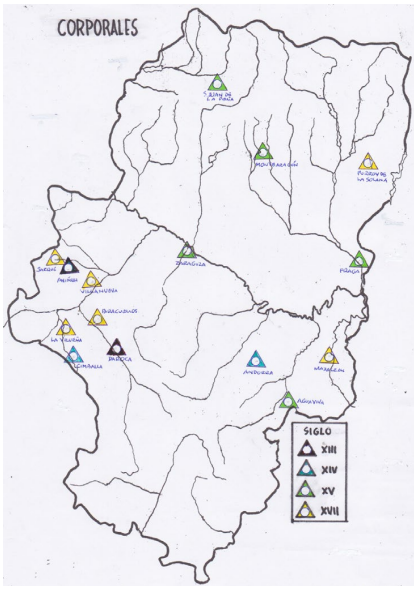
Intentar abarcar de un vistazo el Reino de Los Mallos supone un preciosa excursión: camino rural transitable, bosque denso, altas paredes, setas en época de ellas, castillo en ruinas, buitrera y buitres quizás volando, mirador de privilegio, mallos a gogó, aire puro, río serpenteante, pueblos de belén… La excursión lo tiene todo para ser recordada y quizás para volver…

Nuestro destino por carretera es la localidad de Sarsamarcuello y podremos acercarnos allí bien desde Ayerbe o bien desde Bolea, lugares ambos que tienen mucho patrimonio que ofrecernos. Una vez en Sarsamarcuello, parte una pista forestal transitable e incitaciones diversas para detenernos si el tiempo disponible es holgado, como en el semiderruido castillo de Marcuello que tantas veces hemos visto como colgado desde abajo. Pero nuestro destino visual es el cercano y señalizado “Mirador de los Buitres” donde lo primero que se te ocurre es pensar cómo pudo doña Berta dejar este idílico escenario y volver a Italia, por mucho que sea ‘bella’.

Es imposible ver Sangarrén y Callén porque están muy descolgados pasado incluso Huesca, pero el resto de los componentes del legendario reino, más o menos nítidos, se posan a nuestros pies: “Agüero, Murillo, Riglos, Marcuello y Ayerbe”.

A la vista de los muchos buitres que surcan el cielo del pequeño reino, nos preguntamos si no tendríamos que modificar el titulo inicial por el de “Dos reinos a vista de gorrión y uno a ojo de buitre”.

7. VAMOS A VER CORPORALES



Cómo se pudo vencer a un enemigo dos veces más numeroso y mejor armado que nosotros; cómo la enorme roca que se desgajó de la montaña apenas rozó el corral de Jorge y dejó a salvo la iglesia románica del pueblo; cómo las aguas desbocadas del río que inundó calles, plazas y casas de la villa apenas cercenó la vida de cuatro o cinco cerdos y el jilguero enjaulado de casa Chorche… Cómo no se adueñó la tragedia ante tales desgracias.

Nuestras pequeñas historias locales están llenas de relatos semejantes, portentosos, extraordinarios, inexplicables a la luz de la razón, hechos que para muchos son simplemente milagrosos.

Buena parte de nuestras pequeñas localidades tienen en su currículum vital alguno de estos portentos que suelen ser recordados comunitariamente en días determinados del año con manifestaciones religiosas repletas de fe o con expresiones folklóricas nacidas del agradecimiento.

De momento nos vamos a centrar en uno solo de esos hechos extraordinarios e inexplicables. Como podemos observar en el mapa, Aragón llegó a reunir no menos de quince de unos hechos prodigiosos donde los haya: los llamados corporales.

El extraordinario fenómeno consiste en que, en determinadas condiciones catastróficas, generalmente incendios devoradores, a unas hostias –consagradas o no– les suceden cosas inverosímiles y permanecen intactas (se salvan de las llamas, se ensangrentan, se inscriben en ellas imágenes sagradas, etc.), pero sucede también con el vino, que se convierte en sangre. Naturalmente, un hecho tan extraordinario moviliza a las autoridades, a los pueblos y a las multitudes, de modo que la localidad así distinguida se convierte en lugar de peregrinación.

De algunos de estos corporales sólo ha quedado el recuerdo, pero otros son todavía expuestos a la fe de los fieles guardados en relicarios más o menos ricos y artísticos aunque, en realidad, no se trate de reliquias en el sentido estricto de la palabra. Hagamos un pequeño repaso.

Los que más notoriedad han alcanzado son los primeros del siglo XIII, los de Daroca, custodiados y venerados en la ex colegiata y que todavía dan origen a uno de los actos religiosos católicos más sobresalientes de Aragón el día de Corpus Christi de cada año.

De la misma centuria nos han quedado también los de Aniñón que precisamente vamos a ir a ver. Como a comienzos del siglo XIV la Iglesia instauró oficialmente dicha festividad, no es casualidad que la centuria viera nacer los desaparecidos de Andorra y los entonces muy célebres de Cimballa, que acabaron en el monasterio de Piedra para ser conservados con mayor seguridad.

El siglo XV incorporó los de Fraga, Aguaviva –que también nos acercaremos a visitar– y como no podían ser menos, los de Zaragoza y los monasterios de Montearagón y San Juan de la Peña. En el siglo XVII, en plena fiebre contrarreformista, no es de extrañar que todavía siga dándose este tipo de portentos y surgen los de La Vilueña, Mazaleón, Jarque de Moncayo, Paracuellos de Jiloca, Villanueva de Jalón y Purroy de la Solana.

Lo cierto es que, por noticias espigadas aquí y allá, las poblaciones reseñadas, sobre todo aquellas en las que el portento tuvo lugar entre los siglos XIII al XV, fueron focos de atracción de fieles foráneos, entre ellos, naturalmente, los romeros.

De los quince reseñados, doce apenas tienen eco hoy y, en el lado opuesto, no iremos a ver los Corporales de Daroca por ser archiconocidos y muy visitados; nos acercaremos a Aguaviva y a Aniñón, localidades en las que siguen conmemorándose pero con ecos acallados.

Gracias a la moderna televisión, los Corporales de Aguaviva, en la provincia de Teruel, se han hecho un hueco entre los aragoneses pues los habitantes del pueblo, llegado cada 28 de agosto, día de San Agustín, preparan con ímprobo esfuerzo espectaculares alfombras tejidas con serrín de colores, antiguamente hojas de chopo, para que el sacerdote portador de las Santas Reliquias no pise el suelo duro y puro.

Todo surge cuando en 1475 un voraz incendio, como es habitual, destruyó la iglesia del pueblo, salvándose un fragmento del Lignum Crucis. Sofocado casi el fuego, dejó el párroco al cuidado de la irreconocible iglesia a un chaval que no se percató de que tres hombres –la tradición cuenta que fueron los santos Pedro, Pablo y Lorenzo– rescataban, asimismo, cuatro Formas consagradas. Habían nacido los Corporales de Aguaviva.

Vayamos ahora a Aniñón (Zaragoza), situado en el casi invisible río Ribota, repleto de interesantes bienes patrimoniales hasta terminar en Bilbilis de modo que habrá que volver en otra ocasión a su cauce. Hoy nos interesa porque allí se conservan unos interesantes Corporales cobijados dignísimamente en su iglesia parroquial.

Un poco posteriores a los darocenses, se datan nada menos que en 1280. En Aniñón no basta con ver, hay que hablar de los Corporales con habitantes jóvenes, maduros y mayores. Cualquiera se prestará a hablar de ellos, de lo que significan para ellos y puede que formen parte del elenco de actores que desde algunos años escenifican el “Milagro del Santísimo Misterio” después de más de setecientos años de haberse producido.

Una bonita leyenda que recogimos en su momento narra con cierto detalle lo sucedido.

"En torno al año 1300, una noche aciaga, sin saber cuál fuera la causa, el templo dedicado a Nuestra Señora del Castillo del pueblo de Aniñón, lugar situado en la comunidad de Daroca, ardió por completo. Las enormes llamas envolvieron al edificio, a pesar de los denodados esfuerzos de todos los habitantes del pueblo por salvarlo haciendo una cadena humana con cubos de agua.

Aunque durante varios días siguió saliendo humo del edificio en ruinas, afortunadamente el siniestro no produjo ninguna pérdida humana, pero era peligroso adentrarse en sus ruinas. No obstante, el sacerdote del pueblo –no pudiendo esperar por más tiempo para indagar si se había salvado algo en el interior del templo, lo cual era difícil– entró con unos feligreses, con gran riesgo para su integridad personal, pues todavía quedaban vigas de madera a medio quemar y lienzos de pared tambaleantes.

Lo que allí vieron aquellas atrevidas personas fue un portento que maravilló a todo el mundo cristiano. Había ardido todo excepto seis hostias consagradas y su hijuela que el sacerdote había guardado en el sagrario, entre unos corporales que igualmente quedaron intactos. El Sagrario, de madera, había desaparecido. A decir verdad, algunas de las sagradas formas quedaron mínimamente chamuscadas y cinco de ellas aparecían cubiertas en sangre entre los corporales igualmente empapados, mientras que la sexta y la hijuela estaban unidas y se habían convertido en una especie de levadura.

La noticia del portento –milagro le llamaron los más– corrió veloz por todo el país, y hasta Aniñón llegaron gentes de todos los puntos cardinales, convencidos los más e incrédulos algunos. Naturalmente, también la monarquía aragonesa estuvo al tanto del prodigio, por lo que no es de extrañar que, años más tarde, el rey Juan II solicitara a los habitantes de Aniñón que le dieran la hijuela con la Sagrada Forma pegada a ella. Concedido el favor por los habitantes del pueblo, Juan II depositó aquel auténtico tesoro en la catedral de Valencia, junto con el Santo Grial".

Los Corporales de Aniñón están guardados en una dignísima capilla de la iglesia hoy parroquial. El templo en sí ya es una auténtica maravilla tanto por dentro como por fuera.

Por fuera se extasía uno viendo lo que se puede urdir y tejer con simples ladrillos artísticamente dispuestos en forma de guirnaldas. El tiempo que hoy vivimos sin prisas se convierte milagrosamente en deleite observando simplemente cada una de esas guirnaldas para ver que son todas distintas, sin repeticiones, pues ya tuvieron buen cuidado en que así fuera sus tejedores de raigambre mora.

Una vez dentro, antes de cumplir con nuestro objetivo que es adentrarnos en la capilla de los Corporales, con un poco de imaginación podemos ver a unos peregrinos llegados nada menos que de la Borgoña francesa; también hablan en voz baja unos visitantes murcianos que han llegado hasta aquí para valorar si lo que van a ver tiene parangón con su "Vera Cruz de Caravaca"; asimismo vemos a una familia darocense que se ha enterado

que existen unos Corporales como los suyos y no se lo creen. Dos religiosos nada menos que armenios regresan a su país tras haber rezado ante el Arca Santa de Oviedo; a Santiago caminan dos hermanos catalanes en nombre de toda su comunidad para dar gracias al Apóstol de haberles salvado de la peste. En medio de todos ellos, nosotros. Estamos viendo el magnífico retablo escultórico que preside el altar mayor para detenernos inmediatamente ente el baldaquino portátil que sale en procesión por las calles de Aniñón.

Por fin nos adentramos en la amplia capilla en la que se guardan los Corporales. Aquí hay silencio absoluto a pesar de que imaginariamente hay unas veinte personas que rezan o meditan ante un retablo dorado hasta la médula, en tanto que cuatro columnas retorcidas por el follaje que las cubre enmarcan una representación de los Corporales que sostienen dos ángeles pues los auténticos están a buen recaudo a la altura del altar.

Tras escudriñar hasta el último detalle, respetuosamente, en silencio, salimos a la plazoleta de la iglesia. Acabábamos de ser testigos de una realidad que, entre otras muchas cosas, modeló a los padres de nuestros padres, algo que ven con naturalidad las gentes de Aniñón porque forma parte de sus raíces. Para nosotros puede haber sido una lección de humildad.

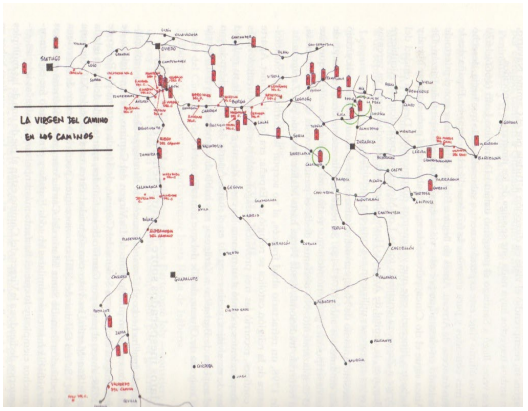
8. LA VIRGEN DEL CAMINO, DOCUMENTO HISTÓRICO

A poco que se haya viajado por España es fácil caer en la cuenta de que existe en nuestras carreteras un buen puñado de pueblos que hacen referencia a un "Camino" que debe de conducir a un sitio muy importante, sobreentendido y conocido porque nunca se nombra. Aunque no solo se peregrinaba allí, podemos asegurar, tras estudiar el fenómeno peregrino unos cuantos años, que se refiere en todos los casos a los varios que llevaban a Santiago de Compostela.

Aunque la siguiente lista no es exhaustiva sí es aburrida, pero procede documentar el aserto: Álava (Leciñana del Camino), Barcelona (Vilanova del Camí), La Rioja (Santo Domingo de la Calzada), Burgos (Celada del Camino, Espinosa del Camino, Hornillos del Camino y Redecilla del Camino); Palencia (Boadilla del Camino y San Nicolás del Real Camino), León (Bercianos del Real Camino, Fresno del Camino, Montejos del Camino, Rabanal del Camino, San Martín del Camino, San Miguel del Camino, Trobajo del Camino, Valverde del Camino o Estébanes de la Calzada); Lugo (Camino); Huelva (Pozo del Camino y Valverde del Camino); Badajoz (Puebla de la Calzada), Cáceres (Aldeanueva del Camino); Salamanca (Allenda del Camino, Iruelo del Camino, Mozodiel del Camino o Cabezabellosa de la Calzada); Zamora (Riego del Camino).

El hecho de que incluso en algunas localidades en la primera parte del topónimo se hiciera referencia a una virgen llamada Camino –La Virgen del Camino (León) o Santa María del Camí (Barcelona), por ejemplo– nos hizo rebuscar en el extenso mapa español la existencia o no de iglesias y ermitas con tal denominación.

Ante estas realidades, indagamos si había más casos similares en el país y el resultado fue muy interesante. Existen bastantes ejemplos y lo que es más importante, todas las iglesias, ermitas u oratorios dedicados a la Virgen del Camino están al pie de una de las múltiples rutas que llevaban a Santiago, sirviendo de ejemplo propagandístico y de orientación de primer orden. Si eso es así, las que pudiera haber en Aragón deberían significar lo mismo.



La búsqueda en Aragón dio como resultado el hallazgo de cinco ermitas dedicadas a la Virgen del Camino, aunque dos de ellas resultaron indocumentadas. Casualmente las tres documentadas estaban ubicadas en caminos romeros ya detectados: los que denominamos Camino de San Millán (Torralba

de Ribota), Camino de Salas (Luna) y enlace entre Jaca y Huesca (Ena) muy transitado por romeros durante mucho tiempo. Actualmente solo podemos disfrutar de dos (Torralba de Ribota y Ena) pues la tercera acabó derruida (Luna).

Esta última debía encontrarse en la confluencia del camino llegado de Valpalmas con el que une Monlora con Luna, lugar en el que hasta hace muy pocos años existían las ruinas de un edificio que bien pudieran ser los de la ermita. Ese camino de Valpalmas no es otro que una parte del camino peregrino de Salas que entraba en Aragón por Albelda y salía por Cambrón y Puilampa. Muy cerca de la citada confluencia, en dirección a Luna, se halla el bello y robusto puente medieval digno de un camino transitado como el aludido. Luna fue sin duda una población peregrina en cuyo entorno cabía perfectamente una ermita dedicada a Nuestra Señora del Camino.

La Virgen del Camino de Ena (Huesca) tiene su ermita en las afueras de la población y su día grande es a mediados de agosto, cuando todo el pueblo acude en procesión para honrarla como patrona. En las inmediaciones se pueden ver mojones señalando el Camino de Santiago, superpuesto a la calzada romana que acabará en Zaragoza y el puerto del Palo, en un extremo de la selva de Oza.

No es la primera vez que nos remitimos al río Ribota al que regresamos ahora para ver de cerca a la Virgen del Camino. Para llegar a su actual ermita –pues fue trasladada de su emplazamiento original por miedo a la soledad del monte y los robos– se hace por la carretera que recorre exactamente la que fue primero calzada romana, después camino real y ahora carretera de Calatayud a Soria, saliendo de Aragón por Torrelapaja, otro lugar que visitaremos en su momento.

Va a comenzar la parte campestre de la excursión. Unos doscientos metros antes de llegar al desvío que a la derecha parte hacia el pueblo de Torralba, veremos un camino rural que nace a la izquierda. Podemos dejar el vehículo allí o seguir caminando por él perfectamente. Progresados unos ciento cincuenta metros se toma el primer desvío a la derecha y, tras recorrer el semicírculo de unos 50 metros, a la derecha de nuevo se entra en el camino que nos deja frente a una pequeña caseta que tiene una puerta en un lateral y una ventana en otro pues no le caben más. Aparcad. Lo que parece una caseta rural para guardar aperos es la ermita que buscamos. Se puede entrar en ella pues la puerta está abierta y nos encontraremos ante un modesto altar y una réplica moderna de la imagen buscada.

Aunque saben que luego van a ver la imagen original en la iglesia del pueblo, los de ahora son momentos de desconcierto entre la familia o el grupo. "–¡Para esto hemos venido!", dicen unos; "–No está mal la idea", dice otro. "–Se señala dónde rezaron miles de peregrinos en siglos pasados y se conserva a la vez a buen recaudo de ladrones la imagen gótica auténtica". Dos modos distintos de ver lo mismo. Gentes llegaron hasta aquí tras quince o más días de caminata para orar y realizarse, como ahora se dice; a alguno de nosotros nos parece la pérdida lamentable de un tiempo que podríamos haber dedicado a jugar en Internet.

Deciden descender hasta el cercano Ribota fijándose en la ermita de Nuestra Señora de Cigüela tan estratégicamente ubicada. Hoy el Ribota, escaso en agua, no pasa de rambla, pero antaño se le conocía hasta en Roma como el río de Bílbilis.

Ocupa Torralba un nada desdeñable puesto en el escalafón patrimonial aragonés que merece ser degustado deambulando sosegadamente por sus calles, pero su joya más preciada es sin duda alguna la iglesia parroquial de San Félix, mudéjar hasta la médula, pero no de un mudéjar cualquiera. Si por fuera esta iglesia fortaleza impresiona, por dentro te paraliza.

Si ya sería suficiente con la decoración y el colorido de su nave única, el coro alto y el alfarje de su suelo, encandilan. Por si fuera poco, varios retablos –sobre todo el mayor– elevan a la categoría de inigualable el conjunto. El tiempo para observar cada palmo deja de existir.

Pues bien, en lugar ciertamente destacado a la izquierda del retablo mayor según se mira, se halla como perdida una imagen gótica de la Virgen, de la Virgen del Camino. Con corona real, viste túnica azul y manto rojo, está sentada, entronizada, mantiene a su hijo en su rodilla izquierda y no se comunican entre ambos. Típico… Es semejante a las demás imágenes marianas del siglo XIV y es la imagen rescatada de su emplazamiento original tras hacer una réplica. Por lo que significó en su día quizás mereciera un emplazamiento más visible…

Las iglesias y ermitas como las de Luna, Ena y Torralba de Ribota nacieron para el pueblo y siguen siendo lugar de encuentro pero también un documento histórico; las imágenes de la Virgen del Camino nacieron para los pueblos, en plural, para servir de guía a las gentes venidas de lugares remotos, ante las que hallaban orientación y consuelo en su caminar peregrino de muchos meses buscando

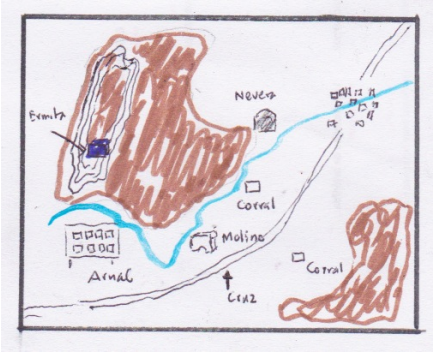
perdón y alivio espiritual. Hoy la orientación se hace de otra manera y han quedado obsoletas, casi arrinconadas, localizadas. Parecen solo una imagen bonita de los siglos XIV, XVI o XVII, pero son también documentos históricos.

No obstante aún sobreviven reconocimientos especiales como el hecho de que la Virgen del Camino fuera declarada patrona nada menos que de un Reino, el de León, en 1738. Y patrona es todavía de la ciudad de León y de los pueblos de Arévalo (Ávila), de El Carrascalejo (Badajoz), Puentedura (Burgos), Hoz de Anero (Cantabria), Abejar (Soria), etc.

Ahora que se suele peregrinar a Santiago andando o en bici, pero se vuelve a casa en AVE o avión, todavía existen cerca de mil mujeres españolas que llevan este nombre, aunque solo sea un 0.04% del total de la población. Como apellido primero son 5.426 las personas que así se llaman y 5.306 de segundo; 58 lo llevan en ambos. Todas son documentos todavía vivos de un pasado al que nos hemos acercado hoy.

9. NO SON CERROS, SON SEÑALES

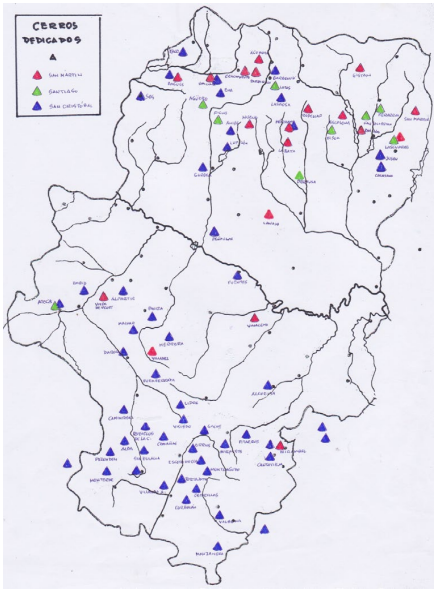
Aunque los aragoneses de cincuenta años para abajo no podrán creerlo, hasta muy avanzados los años ochenta del siglo pasado apenas había letreros o carteles indicando al menos los monumentos más importantes y, por otra parte, muy pocos indicando direcciones. ¿Cómo podía un panadero de Sicilia llegar a Santiago, o a Salas de Huesca, cuando desde el siglo XI ese extemporáneo loby que fueron los benedictinos pusieron de moda peregrinar? Hubo guías escritas, claro, pero cuando las tienes en la mano, Aragón no existe en ellas; y, por otra parte, hablan de ir a Santiago, pero sabemos que más del 38% de los peregrinos no fueron allí. Sin guías escritas, sin letreros, sin mapas hasta muy avanzado el siglo XVI, sin GPS ni Internet, cómo se las arregló el carnicero de Alcañiz que quería viajar a Oviedo y a Asís en el siglo XV? Es el momento en el que entran en acción los guías, de turismo diríamos hoy, una profesión bastante antigua como se ve. Aunque no abundan noticias sobre ellos, conocemos algunos, como aquel navarro que confesaba que había ido veintiocho veces a Santiago en el siglo XVII.



Dados los muchos peligros que hasta muy entrado el siglo XVII acechaban a quienes viajaban por los únicos caminos existentes, los de herradura, fueran peregrinos o no, los recorridos –en contra de lo que se ha escrito– se hacían en grupo y por rutas establecidas como hemos podido demostrar. Letrados, frailes, comerciantes, simples viajeros, peregrinos, verdugos y un largo etcétera se concentraban en una población y esperaban la llegada del grupo de guardas armados por algunos municipios o ya tardíamente a la Guarda del Reino, sobre todo en épocas de feria. Los guías –profesionales o contratados esporádicamente– se sumaban también al grupo.

Sin duda alguna, estos guías 'profesionales' fueron haciendo acopio gráfico de las edificaciones grandes o pequeñas que jalonaban cada etapa (monasterios, iglesias, molinos, ermitas, neveras, molinos, aljibes y pozos, cruces…), pero también de aspectos relevantes del paisaje (rocas, ríos, lagunas, bosques, pedrizas o tremedales, desfiladeros, vados, pasos de barca, puertos de montaña…). Aunque tal vez no dibujados deberían tener información de lugares con corporales, tumbas de santos, reliquias y relicarios, hospitales, hermandades, indulgencias, limosnas… Como no había ordenadores para guardar esa información incrementada en cada viaje, los guías dibujaron sin duda simples bosquejos o bocetos que guardaban como un tesoro.

Entre todas esas ayudas visuales destacan las que hoy vamos a ver. Se trata de unos cerros que se perfilan nítidos en el horizonte desde muchos kilómetros a la redonda. Los aragoneses los hemos llamado 'poyos' o mejor 'pueyos' y existen por doquier, llegando incluso a cristalizar como apellido. Se ven desde muy lejos y desde ellos se ve muy lejos también. El Pueyo de Barbastro es ejemplo destacado.



La cosa no pasaría de mera anécdota si no fuera por el hecho de que –¡oh, sorpresa!, cuando lo descubrimos estudiando los caminos de peregrinos– nada menos que setenta y seis de esos montículos se llamaban y se llaman oficialmente de San Martín, Santiago o San Cristóbal y suelen estar coronados por ermitas con alguna de esas advocaciones. Por eso entran en esta selección de lecturas de cosas y hechos curiosos e incluso anormales.

Tras mucha búsqueda en fuentes diversas, saltó la sorpresa. Cuando lo normal es encontrar un solo pico llamado Collarada, un único Moncayo o una sola sierra de Alcubierre nos encontramos nada menos que con nueve cerros denominados Santiago, diecinueve San Martín y cuarenta y ocho San Cristóbal. Lo de menos era entonces la distribución de los setenta y seis montículos respecto al Ebro –37 en la izquierda y 39 en la derecha– dato que tiene su lectura, ni el hecho de que la margen izquierda concentre el 80% de los cerros denominados San Martín y la derecha, el 70% de los conocidos como San Cristóbal, que también tiene su interpretación. Lo importante ahora es que tenemos 48 montículos conocidos oficialmente como San Cristóbal, muchos de ellos con una ermita dedicada a un santo que la Iglesia de Occidente, la romana, no reconoce en su santoral.

¿Por qué esta anomalía tan enorme? Para estudiar las peregrinaciones en Aragón y descubrir los caminos que recorrían los romeros hubo que estudiar detenidamente los apoyos materiales y los atractivos espirituales que podían encontrar, pero también hubo a su manera propaganda y, entre otras maneras de hacerla, era decirles que si caminaban por los lugares en los que los tres santos tenían presencia (iglesias, ermitas, portadas, esculturas, pinturas, retablos, calles, fiestas) iban por el buen camino. Por eso se inventaron los cerros que nos ocupan.

Para los guías, que levaban sus siluetas dibujadas en sus bocetos de viaje, eran señales inequívocas de que llevaban la dirección correcta, les daba seguridad. Hoy parecen anodinos tozales que ni siquiera vemos, pero vamos a ascender a uno de ellos como homenaje-recordatorio de lo que significaron antaño.

Vamos, pues, a ascender a uno de esos cuarenta y ocho cerros. La elección del cerro, otero o pueyo no es fácil pues todos son lugares estupendos para hacer una excursión con vistas espectaculares. A la hora de decidirse deberían cumplirse al menos algunas de estas condiciones: la posibilidad de ascender andando, pero también en vehículo rodado; que exista una ermita de San Cristóbal a la que se pueda entrar; que cerca haya alguna localidad con rico patrimonio para aprovechar el viaje y, si está ubicada en una comarca atractiva, mejor; que el paisaje predominante aporte un plus de singularidad. Es posible que haya más, pero Calaceite las reúne todas y hacia allí nos vamos.

Calaceite ocupa un destacadísimo lugar, hacia el vigesimoquinto, en el elenco de los pueblos aragoneses tanto por su numeroso patrimonio como por la calidad del mismo, convirtiéndose en uno de los cascos urbanos antiguos más bonitos de Aragón y de España. Conviene deambular por sus calles con parsimonia, degustando cada rincón, cada casa antigua; la plaza, la iglesia, el ayuntamiento; cada puerta-capilla más los portales y soportales, la cruz de término, la cárcel y un largo etcétera, incluido un interesante museo. Pero antes de este relajante paseo es obligado ascender a dos de los tres cerros que dan sombra a tan bello conjunto.

Dejando aparte el cerro del Castillo, que solo conserva sus ruinas, quizás comenzaría por ascender al cerro de San Antonio para deambular por las calles del poblado ibérico aquí asentado que tuvo su momento estelar en el siglo III a.C, ver la planta de sus casas, el aljibe de atesorar agua para vivir... Tras su visita, al lado mismo, se encuentra el tercer cerro, el de San Cristóbal, la meta de nuestro viaje. No solo llegaremos y entraremos a la ermita barroca del titular del otero sino que de paso podemos ver otros dos poblados iberos y algo tan típico de las tierras turolenses, el Calvario y las estaciones del Viacrucis. Pero recordemos también que hemos ascendido a un faro, a una señal de tráfico.

Si el guía que acompañaba a nuestro tatarabuelo en un viaje realizado hace trescientos años no hubiera salvado al grupo de la tormenta infectada de rayos que les envolvía, yo no estaría aquí. Pero con el fulgor del relámpago identificó el guía el cerro de San Cristóbal y condujo a los desvalidos hasta allí. Estaban salvados y yo pude venir al mundo. Hoy puedo dar las gracias al guía, al tatarabuelo, al otero y al santo, y además ante un paisaje idílico, de horizontes muy alejados, plagado de olivos. Ahora me entero de que me hallo en lo que fuera antaño una auténtica señal de tráfico. Lo que es la vida…

Es la hora de alimentarse antes de callejear por el pueblo. Como no es el día de San Cristóbal y no podemos participar de la tradicional “sardinetada” ante su imagen situada en la portada de la ermita, le diremos adiós y descenderemos a una fonda a comer al menos alubias con arenque, plato típico de la localidad, guisado sin duda con aceite del mar de olivos que acabamos de ver.

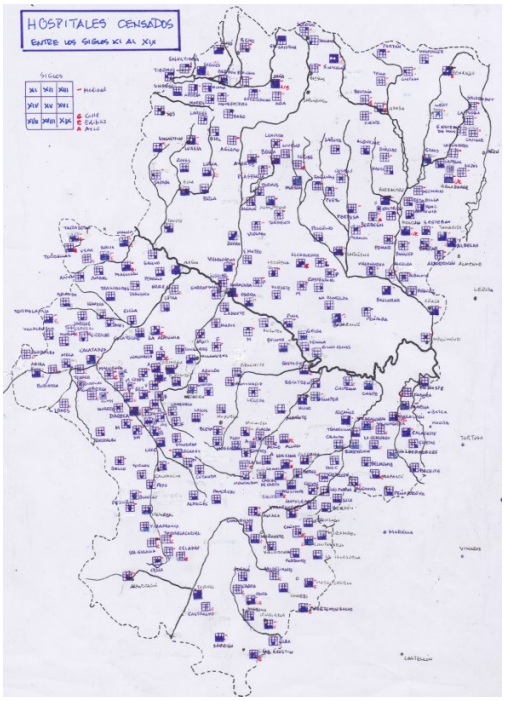
10. UN HOSPITAL ÚNICO AGONIZA

Foto: Pablo Rubio.

El único y magnífico hospital antiguo que nos queda como tal en Aragón se cae, lo que a nuestro juicio sería una tragedia patrimonial casi equivalente a la demolición evitable de la antigua Universidad de la Magdalena de Zaragoza. Las ayudas económicas de la Diputación Provincial de Zaragoza para apuntalar con andamios su estructura supusieron, no cabe duda, un balón de oxígeno, pero como el tiempo pasa y pasa ha llegado el momento en que cualquier trueno grueso de una tormenta primaveral tire por los suelos una joya patrimonial única, afirmación escrita sin restricción alguna.

Conviene pues que en uno de nuestros viajes en familia por Aragón lo vayamos a ver antes de tenerlo que hacer con fotos. Podríamos ir una vez más por el Ribota, pero me inclinaría más a hacerlo por el Manubles, uno de los cuatro o cinco ríos más encantadores de Aragón a nuestro juicio. Él nos llevará hasta Torrelapaja, lugar donde está nuestro edificio enfermo.

No obstante, antes de dedicarnos a visitar la llamada Casa de San Millán, que es nuestro hospital, centraremos el tema puesto que lo hemos tildado de 'único y magnífico' y eso hay que justificarlo.



Para cualquier ciudadano, la existencia de un hospital en su pueblo o ciudad fue vital, pero para quienes tenían que viajar era asimismo imprescindible conocer su ubicación a lo largo del trayecto pues no todas las localidades lo tenían. El de los hospitales es un tema que últimamente ha comenzado a ser estudiado en serio y nosotros mismos tuvimos que dedicarle no pocos esfuerzos para poder saber el trazado de los caminos peregrinos. En el mapa adjunto pueden verse los documentados por siglos.

El concepto de hospital de antaño no tiene nada que ver con el actual. En la Edad Media, fueron instituciones sostenidas por la Iglesia (monasterios, limosnas y parroquias), por la caridad o por un municipio y su función esencial –que deriva de la palabra latina *hospitare*– era la de

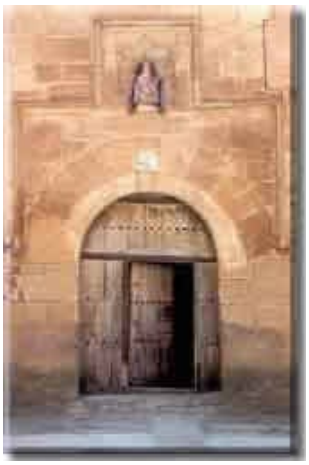
albergar a vecinos, peregrinos, viajeros y vagabundos. Por eso su ubicación sirve para señalar más que ninguna otra cosa las rutas de peregrinación.

Sabemos muy poco de los existentes desde los siglos XII al XV, excepto casos muy contados; algo más de los del siglo XVI y bastante del siglo XVII en adelante, pero podríamos adelantar sin miedo a errar que la mayoría de los llamados hospitales no son tal, sino hospederías o edificios de acogida, como se ha dicho. En contados casos se habla de médicos, cirujanos y botica. Los verdaderos hospitales están camuflados como "casa de la limosna" en los principales monasterios y en las catedrales, aparte de los existentes en las grandes poblaciones.

Muy avanzado el siglo XV se deja de aprovechar para estos menesteres la simple vivienda de un piso, dos pisos a lo sumo, compartimentada en habitaciones cercanas a una cocina, y se imponen nuevos edificios de planta cuadrangular, con patio central y diversas dependencias, incluidos en ocasiones una iglesia y un cementerio. Había nacido el modelo que se adoptaría en Torrelapaja hacia 1520 para sustituir a la inicial casa de beneficencia nacida sin duda de la voluntad de San Millán –sí, el de la Cogolla– presuntamente nacido aquí y cura de la iglesia local.

No es de extrañar esta puesta al día, esta modernización con un edificio tan singular, pues Torrelapaja era la salida natural de Aragón (y a la vez entrada, claro) del que hemos denominado 'Camino de San Millán' que partía desde Daroca. Proporcionó la salida más corta hacia Santiago y Oviedo a viandantes, pero sobre todo a romeros hacia dos vías de más largo recorrido, el 'Camino Complutense' y, sobre todo, el 'Camino de Jaime I' del que era su salida natural. Pero además canalizó a peregrinos norteños hacia Roma y Jerusalén como se ha podido documentar con peregrinos con nombre y apellido. Muy poco estudiado desde el lado aragonés, ha sido más reivindicado desde tierras sorianas.

Esta joya desde el punto de vista social, asistencial, patrimonial y artístico está a punto de derrumbarse por no estar situado en ninguno de los dos caminos que han atraído más la atención oficial y las ayudas. También porque en Torrelapaja vivían en 2017 treinta y cuatro vecinos y su presupuesto debe dar lo justo para iluminar sus calles y limpiarlas. Pero sobre todo por desconocimiento e ignorancia. ¿Qué se puede esconder tras las paredes de un edificio tan rural, tan poco atractivo?



Nosotros vamos a ir a visitarlo antes de que se caiga, máxime cuando el viaje es de gran valor paisajístico y patrimonial yendo por el Manubles y regresando por el Ribota, o viceversa: veremos ruinas romanas que incluyen hasta termas y teatro; ejemplos de arquitectura y decoración mudéjares que sirven de ejemplo; retablos 'top ten' como se dice ahora; una de las dos imágenes-faro que sobreviven en Aragón, la de Nuestra Señora del

Camino; corporales todavía celebrados, portadas de iglesia singulares, castillos o casas consistoriales que merecen al menos diez fotografías pues no olvidemos que el viaje comienza y termina, o viceversa, en Calatayud o Ateca, poblaciones que bien pudieran ocupar los puestos diez y veintiocho en un hipotético ranking por el número y el valor de su variado patrimonio.

En el hospital que se nos cae o, mejor dicho, en la 'casa de beneficencia' como anuncia el rótulo escrito sobre cerámica que vemos sobre la puerta de entrada, todavía podemos distinguir sus variadas estancias aunque algunas, como la cocina, se hallan totalmente desfiguradas, pero existen fotografías para rehabilitarlas con paciencia y dinero, claro.

Se reconocen la cocina con hogar de leña, la llamada 'sala del obispo' en la que debía pernoctar cuando iba de visita; el lugar donde se acogía a los peregrinos y pobres transeúntes, la despensa, diversas habitaciones (el pajar de pobres, la cuadra, la sala de aperos con los que cultivar las tierras que permitían dar de comer a los menesterosos, etc.), las habitaciones del hospitalero con su familia y unas amplias galerías gótico-renacentistas con columnas decoradas y arcos que conforman un bello patio interior cuadrangular en el convergían todas las estancias citadas.

Casi disimulado en un rincón de la arquería, San Millán apacienta un rebaño de ovejas, uno de sus escasos bienes propios, por lo que los responsables del centro tuvieron que solicitar reiterados permisos del Ordinario para mendigar limosnas que permitieran cumplir con su tarea benéfica; no obstante, la fama adquirida por la institución llegó hasta Felipe II que al menos en tres ocasiones fue donante generoso. También el obispo de Tarazona, el conocidísimo Pedro Cerbuna, intervino para que la Casa funcionara, e incluso hizo abrir un libro blanco –cuaderno diríamos hoy tal vez– para anotar en él los hechos milagrosos acaecidos por intercesión del santo.

La desamortización de Mendizábal acabó con su escaso patrimonio en 1862, aunque se respetó el edificio por considerarlo "Casa de Beneficencia". Había comenzado el declive y las ovejas, aunque –en una religión tan simbólica como la católica– muy probablemente seamos nosotros, se quedaron dejadas de la mano de Dios.

Bueno, eso creíamos, pues hablando con una vecina de Torrelapaja allá por los años sesenta del pasado siglo –conversación repetida hace no más de tres años– manifestó ser la hija del último 'hospitalero'. Vivía con su familia en la Casa de San Millán a cambio de mantener siempre dispuesta una habitación con paja seca para que los peregrinos que aún llegaban de vez en cuando y no eran pocos pudieran dormir bajo techo.

Es cierto que el Gobierno de Aragón, el 21 de octubre de 2001, aprobaba un Decreto por el que "se declara Bien de Interés Cultural, en la categoría de Monumento, la denominada Casa de San Millán, en Torrelapaja (Zaragoza)". Pero por si se cae este edificio único el día menos pensado, nosotros vamos a ir a visitarlo si se puede entrar.

11. UNA CANTERA ÚNICA, MÁS QUE IGNORADA

Algunas localidades, más de las que hubieran sido deseables, dieron la espalda a su pasado y perdieron para siempre por razones diversas buena parte su patrimonio y solo les quedan ruinas irrecuperables; otras, por el contrario, hace años que apostaron por cuidar el legado de sus mayores rehabilitando con cuidado neveras, fuentes, ermitas, hornos, aljibes, palomares, castillos, almazaras y un largo etcétera, lo que les ha supuesto la llegada de visitantes simplemente curiosos o verdaderamente interesados que acaban generando riqueza en forma de estancias y pernoctas, comprando pan del horno, calzado que no les hace falta, dulces peligrosos por lo ricos que están o aceite de oliva de la heredera de la antigua almazara. A pesar de que el pueblo está fuera de las vías que permiten correr mucho, la gente se desvía por su más angosta carretera porque su pueblo, como ahora dicen algunos, 'ha sido puesto en el mapa'.

En los últimos años, estamos asistiendo a un curioso intento de enganche al que unos llegan, otros no y los menos aún lo estropean más, pero lo que no habíamos visto todavía es que una localidad –que posee y ha cuidado su nada despreciable patrimonio– se niegue a admitir y reconocer que tiene a pocos metros de su centro urbano un bien patrimonial único en Aragón a pesar de habérselo advertido a ellos y las autoridades regionales competentes. Y ocurre que el bien en cuestión cada día aparece más oculto, aunque afortunadamente recuperable. Estamos hablando de una cantera totalmente visible de piedra para ruedas de molino. Nosotros vamos a ir de nuevo para indagar si aún se ve alguna rueda…

Si cantera es el "lugar de donde se extrae piedra u otras materias primas de construcción", habrá que convenir que nuestra tierra es rica. Las tenemos y abundantes de caliza, arcilla, grava, caliza ornamental, yeso, cuarcita, arena, margas, caolín, arenisca, rodeno, pero poco granito. Algunas de ellas, como las muchas de alabastro, encabezan la producción en Europa y de otras, como las de "mármol negro", en realidad calizas ennegrecidas, de Calatorao son solicitadas en todo el mundo. Pero de canteras para construir piedras de molino harinero, una infraestructura tan necesaria para vivir en nuestros pueblos y ciudades hasta la aparición de las harineras, apenas podemos decir nada.

Está claro que vamos a hablar de molinos para lograr harina, pues también eran molinos los dedicados a golpear, desengrasar y enfurtir los paños (los llamados batanes) y las almazaras, lugares en los que las aceitunas se convertían y convierten en aceite.

Para moler el cereal eran precisas dos muelas convenientemente separadas, girando la una sobre la otra. La 'solera' estaba debajo y quieta, mientras que la 'corredera' giraba sobre ella. El tipo de roca variaba: como en Aragón escasea el granito, las encontramos de arenisca dura y, sobre todo por la zona oscense, de su abundante conglomerado.

Sabemos que se adquirieron ruedas de molino –o 'ruejos' como bien saben en Daroca– sobre todo en Francia (La Ferté, cerca de París) y Cataluña (Barcelona), algunas en las cercanas Navarra y Soria, pero no se conoce ninguna de Andalucía, región esta última en la que hasta se utilizaron como elemento de decoración en algunos edificios. Como por su pesadez el transporte resultaba muy caro, en general se procuraba comprar las más cercanas aunque fueran de peor calidad o más basto acabado, es decir, las arrancadas y talladas en Aragón por 'moleros' especializados en este tipo de trabajo.

Como el molino harinero es un bien patrimonial extendido por todo el territorio porque en todos los sitios había que comer pan para sobrevivir, se han recuperado bastantes y hoy forman parte del patrimonio de la localidad; también han recibido atención los habitáculos del siguiente proceso productivo, los hornos: unos se han recuperado simplemente como muestra museística y patrimonial, pero otros, además, permiten que los vecinos lo sigan utilizando para su deleite, sobre todo en determinadas festividades. El caso es que nadie ha prestado la más mínima atención al inicio del proceso: las canteras o lugares de donde se extraían y daban forma a las ruedas trituradoras.

Puede que hubiera canteras de piedras de molino en la Sierra de Guara por indicios existentes en Bierge, Almunia del Romeral y Rodellar, pero sí las hubo con seguridad en otros varios lugares. Por la calidad de la piedra, quizás la más interesante sea la del valle de Gurrundué, a unos siete kilómetros de Escuain, en un paisaje espectacular, único, pero de dificilísimo acceso; hubo cantera de ruedas mayores de lo normal en Colungo, y en la Sierra de la Carrodilla, en las cercanías de Estadilla, pueden verse sin cortar todavía algunos ruejos, aunque no existe mucho interés en que se vaya a contemplar como cantera, lo mismo que sucede en Coscullano; se labraron ruedas muy pequeñas en Arasanz, pero hoy están ocultas por las aguas del embalse de Mediano. Total que nos quedamos sin ver debidamente acondicionado un bien patrimonial tan escaso. No obstante, vamos a intentar ver una cantera.

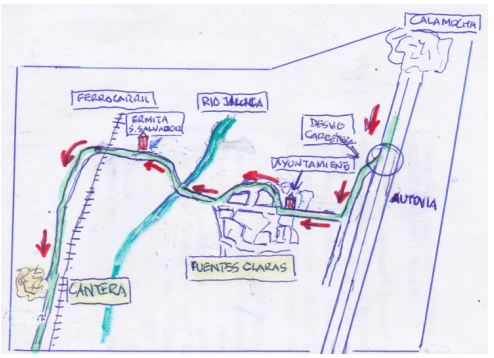
Estadilla

El caso es que buscando datos en nuestro manoseado *Diccionario* de Madoz, al referirse a Fuentes Claras, en la provincia de Teruel, se puede leer: "En él hay una cantera de la que se estraen piedras para ruedas de aceña muy estimadas", una información que solo hemos encontrado para esta población. Como la curiosidad tiene su fuerza, acabamos yendo a Fuentes Claras hace unos veinte años para vivir una curiosa experiencia.

Fuentes Claras no es precisamente una población que haya dejado de lado su patrimonio, ni mucho menos. Según nuestros cálculos podría ocupar un dignísimo cuadragésimo cuarto lugar en el ranking aragonés por lo que tiene y el valor de lo que tiene. Aparte de su iglesia normal, tiene en ella un órgano de 1724; peirón, relojes de sol, alguna casona interesante, palomares, molino, pesquera, fuente, acequias, balsa; un espacio natural interesante, los Ojos del Jiloca… Y una no solo ignorada cantera de ruedas de molino, la joya de la casa como patrimonio, sino también maltratada.

Preguntamos a muchos vecinos por la cantera y ninguno sabía nada; incluso uno muy mayor nos amenazó muy virulento con un bastón si seguíamos insistiendo: él había jugado de pequeño por todos los alrededores y nunca vio cantera alguna. "–¡Iba a saber más que él!", dijo blandiendo el bastón. Por fin tuvimos la suerte de tropezar con un vecino de mediana edad que me llevó a su casa porque en ella estaba su padre, que había sido cartero, y si alguien sabía algo tendría que ser él que había recorrido todos los caminos de la redolada. El cartero jubilado no lo dudó ni un instante: sí, existía, y le dijo al hijo el lugar exacto. Éste, amabilísimo, se prestó incluso a llevarnos a ella en su propio automóvil.

Tras salir del pueblo, a unos dos kilómetros, por un camino rural por el que se transita sin dificultad, llegamos a un roquedal totalmente llano pegado al camino y pronto comenzamos a ver ruedas sueltas ya arrancadas; otras estaban a medio cortar; también se veían los huecos de otras ya vendidas… Estábamos en la cantera que Madoz calificaba de "muy estimada".



Días después llamamos al Ayuntamiento desde Zaragoza. Ante la ausencia del alcalde, preguntamos a la señora que nos atendió por la cantera y –¡oh sorpresa!– negó que allí hubiera ninguna cantera de ruedas de molino. Ante la absurda situación, escribimos una pequeña nota que se envió por Internet al Consistorio prestándonos incluso a ir a Fuentes Claras para hablar de ello. Silencio. Se comunicó de palabra la situación a un responsable del Patrimonio aragonés y nunca se supo nada. Pero la cosa no finaliza ahí. Hace unos diez años fuimos de nuevo a la existente cantera y… ¡estaba totalmente cubierta de escombros! Y así continuaba hace dos años, cuando la fuimos a ver con motivo de un "Araconvia" realizado por la zona, aunque aún se podían ver dos ruedas.

Ante un bien tan especial por lo raro y escaso, capaz por si solo de aumentar el valor patrimonial de cualquier localidad, es difícil de entender lo sucedido. Desescombrado y limpio el roquedal de la tierra colmatada durante décadas es posible que salgan a la luz más ruedas, pero con las existentes, un poco de imaginación y una información adecuada para mostrar la cantera, todos podríamos disfrutar de un bien patrimonial único. A pesar de estar como está, nosotros vamos a ir a verlo.

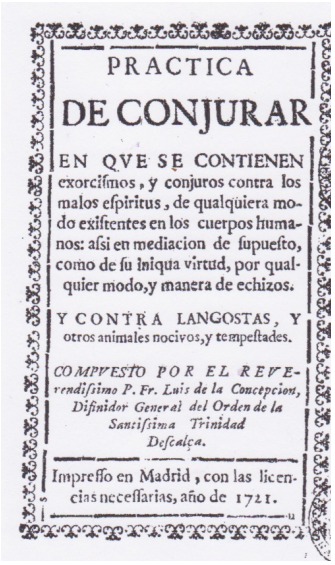
12. DOMINEMOS LA TORMENTA

Dominar o al menos sujetar con arduos esfuerzos a la Naturaleza ha sido una constante por parte de los humanos, pero aún hoy lo ha logrado sólo en parte. Muchas plagas, epidemias y enfermedades han sido vencidas, si, pero hoy mismo –a pesar de los adelantos de los que presumimos– llevamos todo un año sin poder doblegar al 'Covid 19' (de 2019 y vamos a comenzar el 2021), 'Corona virus' o 'Corona voraz', como se le quiera denominar. Se logrará vencerle con toda seguridad, pero miles y miles de personas habrán perdido la vida mientras tanto y se vislumbra una nueva manera de vivir la vida en adelante al menos mientras dure esta generación.

A pesar de los avances tecnológicos y científicos, sunamis, volcanes, seísmos, rayos, choques entre placas tectónicas y un largo etcétera siguen provocando incendios, sequías, riadas e inundaciones o aludes que todavía atemorizan al homo sapiens moderno que nunca ha dejado de luchar por dominarlos en un afán de superación que todos deberíamos conocer.

Hoy nos detendremos en una de esas peleas sempiternas que todavía no han hallado solución, el dominio de algo tan habitual y normal como son las tormentas.

Nosotros nos asomaremos a esa lucha desde el momento en el que tenemos evidencias tangibles de la misma, y nos referiremos a dos aspectos fundamentales: el procedimiento y mecanismos de lucha y los lugares específicos para ponerlos en práctica, más o menos a comienzos del siglo XVII. A uno de estos lugares tan especiales encaminaremos nuestro viaje.



PRACTICA

DE CONJURAR

EN QVE SE CONTIENEN exorcismos, y conjuros contra los malos espiritus, de qualquiera modo existentes en los cuerpos humanos: assi en mediacion de supuesto, como de su iniqua virtud, por qualquier modo, y manera de echizos.

Y CONTRA LANGOSTAS, Y otros animales nocivos, y tempestades.

COMPVESTO POR EL REVE-rendissimo P. Fr. Luis de la Concepcion, Difinidor General del Orden de la Santissima Trinidad Descalça.

Impresso en Madrid, con las licencias necessarias, año de 1721.

En nuestro entorno aragonés y en el general, una vez fallidos los experimentos 'científicos' puestos en práctica, fue la Iglesia la que se hizo cargo del intento, intento que ha perdurado hasta muy avanzado el siglo XX puesto que uno mismo los ha vivido personalmente. Fue la Iglesia la que se inventó el procedimiento para tratar de luchar contra la langosta o el pulgón, los malos espíritus, los animales nocivos, las tempestades o las tormentas con malos presagios: inventó el "conjuro" o, en nuestras latitudes, el "esconjuro".

La cosa no se hizo a la buena de Dios, sino que se seguían unas estrictas normas recogidas en sesudos libros, como la *Practica de conjurar* del reverendísimo "P. Fr. Luis de la Concepción, Difinidor General del Orden de la Santisima Trinidad Descalça". Se trata de oraciones redactadas en latín que el "esconjurador" de

la localidad, generalmente el mosén, debía recitar desde el lugar adecuado, en la parte más alta de la localidad, a ser posible en presencia de los habitantes de la misma. Si por alguna causa justificada no podía hacerlo el sacerdote, podía sustituirle un ciudadano previamente aleccionado. Había que detener la tormenta a toda costa.

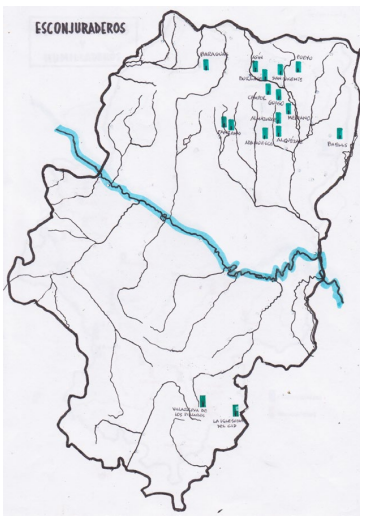
Estos hechos tienen lugar mientras se están haciendo un nombre para la Historia los Newton, Bacon, Torricelli, Galileo, Kepler, Pascal, Descartes, Leibniz, Gracián, Lope de Vega, Quevedo, Calderón, Molière, Shakespeare, Vivaldi, Gaspar Sanz, Scarlati, Bach, Murillo, Caravaggio, Velázquez, Zurbarán, Borromini, Gregorio Fernández, Bernini, Rubens, Miguel Ángel o Lutero, entre otros muchos.

No sabemos si existen más casos porque el tema no ha sido objeto de nuestro seguimiento, pero leyendo los documentos que sobre Sos de Rey Católico (1202-1533) publicó Juan Abella, nos encontramos con uno de 1502 que contiene la joya que transcribimos a continuación que viene a demostrar que antes de que la Iglesia monopolizara el asunto, existía el oficio de 'esconjurador'. Es tan curioso que no nos resistimos a compartirlo:

"Eadem die los susodichos oficiales, en nombre y voz del concexo de aquella, firmaron a tiempo de tres anyos al dicho Antoni de Visilea para resistir y esconjurar las nubles y tempestades del dia de hoy adelant contaderos con los pactos y condiciones siguientes:

Primerament que vos, dito Antoni, seays tenido con vuestra muxer y familia fazer residencia continua en la dicha villa durant el dicho tiempo y que os prestareys con diligencia de noche y de dia a la dicha esconjuración durant que los fruytos serán en la tierra. Y faziendo y compliendo lo susodicho vos prometemos de dar y pagar de los comunes de aquella y en cada un anyo C s., por los tres anyos CCC s. E prometemos anticipar vos por el primer anyo C s., durant nuestro anyo, a saber es, fins al dia de Sant Miguel. E mas vos prometemos dar y pagar por cada una casa de los vecinos y habitantes de la dicha villa un quartal trigo en cada uno de los dichos tres anyos, los quales dichos quartales se començaran a pagar el dia de sant Miguel de setiembre del anyo de D y tres, y de hay adelant en cada un anyo, y los C s., en semblant tiempo et cetera.

E con sto teniendo vos, dicho Antoni, lo susodicho, vos prometemos fazer pagar et cetera, dius obligación et cetera, e yo, dicho Antoni de Visilea, prometo tener lo susocicho y accepto con gracias el partido suso recitado et cetera, e prometo et cetera, no res menos juro per Deum et cetera, re fieri instrumentum et cetera".



En los miles de documentos medievales leídos no hemos hallado otro. Lo cierto es que, en el siglo XVII, la Iglesia debió acabar por monopolizar la esconjuración siguiendo el rito marcado por la jerarquía como hemos visto. El sacerdote del pueblo –o su sustituto ocasional– se tenía que colocar a la vista de los vecinos para que pudieran seguir con fervor el rito. Mientras truenos, rayos y relámpagos amenazaban cosechas, bosques y animales.

La ceremonia se celebraba las menos veces en la puerta de la iglesia porque las más el cura se colocaba en alguna de las arcadas de la torre campanario; también solía actuar desde las ermitas del Calvario, Santo Sepulcro o Santa Bárbara, tan abundantes en todo Aragón.

Si en el sur aragonés los obligados esconjuros se hacían en la propia iglesia (las "misas del trueno" de Daroca, por ejemplo) o en las muchas ermitas citadas, en el norte en bastantes localidades se edificaron pequeños edificios especiales de los que nos han llegado varios. Estas pequeñas edificaciones –los "esconjuraderos"– tenían la forma de templete de planta cuadrada, estaban abiertos a los cuatro puntos cardinales para que el "esconjurador" pudiera enfrentarse de cara a la tormenta, viniera de donde viniera. Son de piedra y suelen tener un crucifijo en medio del templete sobre unas gradas decrecientes de abajo arriba.

Cuando, como en otros casos, se cartografía el conjunto de esconjuraderos conocidos, bien a través de sus restos arqueológicos bien por narraciones, nos encontramos una vez más ante un reparto geográfico desequilibrado. Es cierto que todos los existentes no son muchos, pero se concentran en una zona norteña muy reducida, en tanto que a la derecha del Ebro se han localizado solamente dos. ¿Quién no ha visto la "Torre los Nublos" en la coqueta plaza de La Iglesuela del Cid? Otra desigualdad.

¿Por qué en la margen izquierda hay esconjuraderos y en la derecha no? Una vez más el río parece actuar de pantalla. ¿Es una casualidad? ¿Una táctica? ¿Es cuestión de conocimientos? ¿De gobernantes distintos? ¿De posibilidades o no de financiación? ¿De creencias distintas? El caso es que nos hallamos ante un nuevo desequilibrio, pero eso es otra historia.

De los esconjuraderos que siguen en pie hemos elegido para ir a visitarlo el de Guaso, en el corazón del Sobrarbe. Está cercano a la iglesia parroquial pero exento, rehabilitado lo imprescindible y dominando el corazón del antiguo Reino. A una altura similar, al otro lado del valle, en medio de la majestuosa Peña Montañesa, se puede ver el monasterio señero de estas históricas tierras, San Victorián. Domina, asimismo, el trayecto final del río Ara –uno de esos ríos aragoneses imprescindibles para recorrer– poco antes de unirse al Cinca. Boltaña, a la izquierda; a la derecha, Aínsa, las poblaciones más importantes. Seguro que iremos a recorrer sus calles porque merece la pena.

El edificio del esconjuradero no puede ser más sencillo, es un edificio muy rural. Aquí no hemos venido a ver arte, sino a ver rarezas, a oír el silencio y vivir sensaciones; hemos llegado hasta aquí para hacer un acto de empatía con nuestros antepasados, a hacernos cargo de su miedo, el que nos producen las amenazadoras nubes que casi seguro envolverán la Peña Montañesa. Daría cualquier cosa para que en ese momento sonara un trueno tormentoso.

13. EL ARNAL QUE IBA PARA CATEDRAL

En algunas pinturas prehistóricas, como la mujer que vemos al lado –Bicorp (Valencia), 8000 a 6000 a.C)– la recolección de la miel es una de las actividades humanas más antiguas y, aunque un poco más tardía, la apicultura también.

Dudamos mucho que tan antiguos antepasados estuvieran al día de las muchas propiedades beneficiosas que este producto, fruto del trabajo de las abejas, tiene para el ser humano siempre que sea natural. Que si es rica en minerales como el calcio, cobre, fósforo, hierro, magnesio, manganeso o zinc; que proporciona en torno a la mitad de los aminoácidos existentes y ácidos como el acético y cítrico entre otros. ¡Ah! Y también vitaminas B, C, D y E, más fenólicos y flavonoides que son antioxidantes. No lo sabían pero trepaban como locos a los árboles en su busca y captura. Tampoco supieron entonces que entre sus propiedades está la de regular el azúcar en sangre, reducir el estrés metabólico o promover la recuperación del sueño entre otras lindezas. No obstante, ya en 2500 a.C. nos dejaron escrito los sumerios que la miel era excelente para curar heridas.

Sistemáticamente fueron viendo que la cera también era aprovechable para hacer velas y cirios con los que alumbrarse; que servía para preservar maderas, cuero y pergamino primero, y telas y papel más tarde. Aparecieron las máscaras imitando a difuntos, figuras enteras y exvotos (piernas, manos, pechos, brazos, etc.) que ofrecer a la divinidad porque les había curado de sus dolencias; desde la Edad Media se hicieron sellos para autentificar documentos importantes y se inventaron los moldes para fabricar aparatos distintos; se empleó y se emplea cera en la pintura y en la cosmética. En este caso el etcétera es larguísimo, incluida la utilización como edulcorante pues, aunque ya se conocía, la plantación de caña de azúcar en Europa no se generalizó hasta el siglo XV.

Exvotos de cera. Aniés.

Era tan rentable este pequeño insecto que todo el país se entregó a él y nació la apicultura. Es prácticamente imposible que en la Edad Media hubiera una sola localidad que no viviera en parte de la actividad de zánganos, obreras y abejas reinas. Por doquier hubo que regular esta actividad económica dados los problemas de todo tipo que generó su tenencia y tráfico, máxime cuando los apicultores se agruparon en asociaciones poderosas y los ricos hicieron de la miel un negocio.

No nos detendremos en el proceso evolutivo que llevó al sector apícola a la total decadencia, pero lo cierto es que cuando Madoz nos proporciona las principales producciones de cada localidad a mediados del siglo XIX, tan solo aparecen como productoras de miel, cera o ambas cosas catorce pueblos: en Huesca (Perarrúa y Usón); en Zaragoza (Ejea, Sástago y

Tabuenca) y en Teruel (Alcañiz, Aliaga, Andorra, Hoz de la Vieja, Obón, Peracense, Singra, Torre las Arcas y Villar del Salz).

Por otra parte, en el trabajo a punto de finalizar sobre la valoración del patrimonio de nuestros pueblos, tan solo hemos podido rastrear 19 con arnales visibles y visitables: en Huesca (Adahuesca, Almazorre, Alquézar, Barbastro, Buil, Castejón de Monegros, Colungo y El Grado); en Zaragoza (Bujaraloz, Caspe, Castejón de Valdejasa, Daroca, Maluenda, Sástago, Sos y Zuera); en Teruel (Albarracín, Híjar y Ródenas, mientras que en Báguena existe el Museo de la Miel). Entre ambos listados solo coincide Sástago. Los demás arnales, cientos y cientos, han desaparecido o se hallan en estado ruinoso e irreconocible.

Está claro, por lo tanto, que vamos a viajar para ver un bien patrimonial escaso, pero profundicemos un poco más antes de comenzar el viaje, lo que nos lleva a hablar de colmenas y arnales. Una colmena es la vivienda de una colonia de abejas y un arnal, colmenar, apiario, horno o abejar el sitio donde están colocadas varias colmenas, como si fuera un pueblo con casas de abejas.

Las colmenas –que pueden albergar cada una hasta 80.000 abejas entre obreras, zánganos y reina– adquirieron muchas formas, pero generalmente tuvieron la de una caja cuadrangular colocada sobre un soporte para separarla del suelo. Para ubicar las muchas o pocas colmenas de un propietario deben de tenerse en cuenta algunas estrategias, siendo importante hacerlo en función de la flora del entorno (tomillo, espliego, romero, etc.) en el que han de trabajar las obreras, colocarlas formando dibujos irregulares para facilitar la identificación por parte de las abejas, y procurar que haya un escenario cercano que al menos pueda suministrar medio litro de agua diario por colmena en los meses secos.

Pero las colmenas, las casas de las abejas, pueden hallarse al aire libre, sin estar agrupadas dentro de ningún recinto lo cual permite a su dueño cierta movilidad pues las puede trasladar de un lugar a otro. Sin embargo, otros apicultores levantaron pequeños edificios con materiales de construcción en general bastante pobres y con formas muy distintas también, con estanterías en su interior para colocar las colmenas, edificaciones pocas veces pegadas a la vivienda pues las más se construían en el monte, cerca de las fuentes de alimentación.

Hora es ya de acercarnos a alguno de estos escasos bienes patrimoniales, buscando uno que haya merecido el viaje. Para ello llegaremos hasta una localidad monegrina cien por cien, Castejón de Monegros, donde más o menos temblorosos aún se pueden ver varios arnales como los de Artenes, Regino, Conejero, Campaneta, Cachenco, Cortante, Puyol y varios más.

Aunque compartido con otras localidades, Castejón de Monegros alcanza fácilmente el puesto cuarenta por el valor de su no pequeño patrimonio, lo cual hace que el viaje ya compense: además de la iglesia de Nuestra Señora de la Lumbre y un interesante retablo en su interior amén de los arnales citados, uno de los cuales iremos a ver, merecen la pena su espectacular ermita-castillo con amplias vistas panorámicas, su ayuntamiento del siglo XVI, el acueducto de La Madre, cruces, balsas, la antigua escuela, una vieja posada y varios pozos interesantes, reloj de sol, silo y harinera, amén de un sugestivo dance entre

moros y cristianos, más el demonio, claro, ejecutado solo por mujeres y difícil de ver el día de nuestra excursión.

Pero no olvidemos que estamos en una de las localidades citadas por Madoz en el siglo XIX como productora importante de miel y, claro, también de cera. Así que no podrá extrañarnos que en la calle del Rosario tropecemos con una vivienda en cuyo portal luce un rótulo poco normal: "Casa de la Cera". Se trata de una casa particular y será difícil, pero no imposible, que sus dueños nos dejen entrar para ver lo que queda, que no es poco, de una antigua factoría de cera. No obstante, Eugenio Monesma pudo hacerlo y grabar uno de sus interesantes cortometrajes al que podemos acudir si nos interesa el proceso.

Lo que sí podremos hacer es degustar miel, y no del siglo XIX, sino actual y bien rica. La milenaria tradición castejonense ha dado pie a la creación de una empresa familiar dedicada, con justa fama, a la elaboración y venta de miel, lo que nos da una oportunidad de reponer nuestra despensa.

Para ir a nuestro destino final, que no es otro que el antiguo colmenar llamado de Puyol por el apellido de su dueño, hay que hacerlo por camino rural de tierra transitable para un automóvil convencional. Como el arnal está un poco alejado del poblado y el camino no es el único existente, pues encontraremos ramificaciones y cruces, es imprescindible asesorarse bien de la ruta a seguir en el pueblo. En nuestro caso, hasta se brindaron a acompañarnos.

Nos vamos adentrar en un paisaje típicamente monegrino. Veremos corrales y parideras en estado precario los más; mucho horizonte y pequeñas lomas rebosantes de tomillo, manzanilla y romero por doquier, amén de sabinas en abundancia. Entre su fauna diversa, no será nada extraño que veamos corriendo de miedo algún jabalí y zorro, liebres y conejos, amén de rapaces diversas volando. Si vamos acompañados de chavalines, es posibles que los vean por primera vez libres y al natural.

Seguramente que este escenario natural demandará alguna parada, pero la que hay que hacer sin ningún género de dudas debe de producirse en el momento en el que, tras una curva del camino, aparezca a lo lejos la silueta de un edificio enorme en medio de la nada. ¿No será otro Palmar de Troya? ¿Una catedral en medio del monte? La sensación no se borrará hasta pasado un buen rato, conforme nos vayamos acercando, pues ya no volveremos a perderlo de vista.

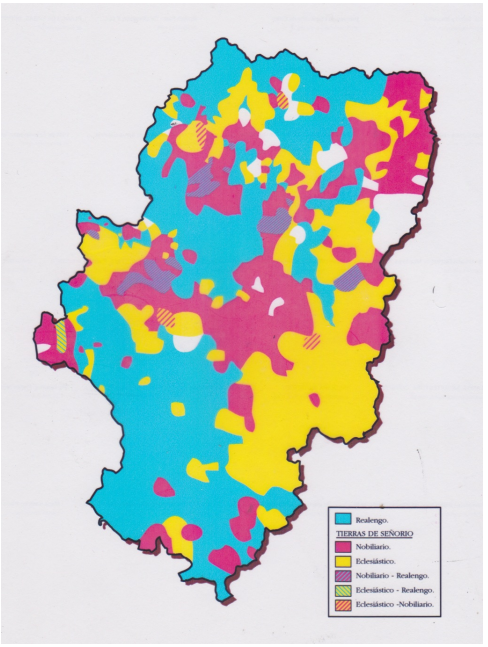
Al llegar donde dejaremos el coche para ascender andando descubriremos que es un arnal, el colmenar de Puyol, ahora ya más normal, pero enorme para ser simplemente un poblado de abejas. En el gran muro de sillería excelentemente trabajado y dispuesto en soga, se aprecian los 31 nichos de entrada de las abejas trabajadoras. Habrá que entrar en el interior donde se alineaban las colmenas. Será el momento de acordarse, para bien o para mal, de quien os ha enviado hasta allí. En su defensa, es que habremos visto una cosa, un bien patrimonial, extraordinario.

14. UN BONITO RESTO DEL ANTIGUO RÉGIMEN

0

El cero, invento fundamental.

Que la Edad Media no fue un periodo tan oscuro y estéril como se nos quiso hacer creer es una realidad y para demostrarlo basta con una simplificada relación de herencias generalmente positivas: aún escribimos con letra carolina; tenemos Cortes, Universidades y nuestro Justicia; los términos municipales deben ser ya la herencia más longeva para organizarnos; más del 86% de nuestros apellidos son medievales; la gradación de ciudades, villas y lugares todavía es un hecho; del patrimonio rural y urbano viven muchos de nuestros núcleos de población actualmente; la mayoría de los escudos que nos representan nacen entonces; el canto gregoriano y la compartimentación en diócesis; el whisky, vodka, ginebra, brandy y el champagne nos alegran la vida, a veces demasiado; se inicia el cruce de ganados; nuestro Derecho aragonés es todavía aplicable; la banca, el papel moneda, la letra de cambio, las cuentas de ahorro y la cuenta corriente amen de los seguros; compañías comerciales, asociaciones ganaderas y sociedades anónimas. El reloj, las gafas, el cero, el botón, la imprenta, el papel, los purgantes y la cesárea. No insistiremos más, pero se quedan en el tintero, perdón, en el teclado, multitud de logros medievales de los que aún vivimos porque fueron acertados.



Claro que todo no fue orégano y el cañón, las armas de fuego y la pólvora; los estancos de la sal y de otros bienes; la Inquisición, para nosotros las espinacas y un corto etcétera podrían encabezar la relación nefasta. Pero de todos los componentes negativos de la lista nos fijaremos solo en uno, el conocido como régimen señorial, secuestrador de las libertades humanas en un altísimo porcentaje de la población hispana viviera en el Reino que viviera y abarcó hasta el siglo XIX, cuando acabaron imponiéndose en España los postulados de la Revolución Francesa.

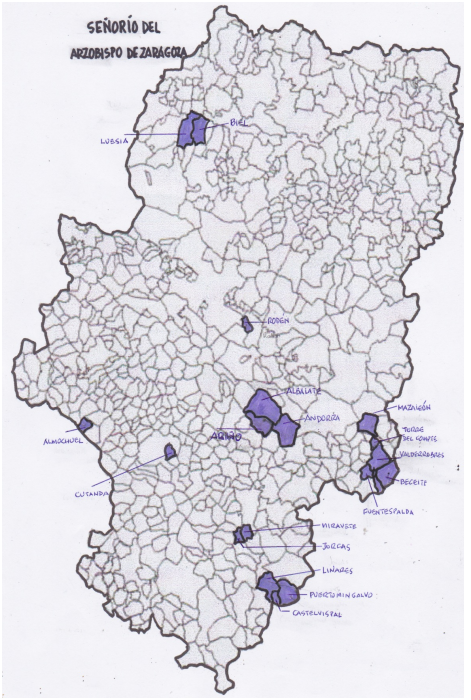
A partir del siglo XI, desde la fortalecida Roma papal se instó a los reyes hispanos a que trataran de expulsar a los musulmanes de la Península, prohibiéndoles incluso acudir a las Cruzadas que estaban tan de moda, como le ocurriera a nuestro Pedro I: ellos ya tenían a sus propios moros a los que expulsar, lo cual era difícil sin apenas medios bélicos, sin ejército y escasa organización administrativa.

Desde avanzado el siglo XI hasta comenzado el XIII, el rey para poder progresar territorialmente tuvo que compensar las ayudas de armas y jinetes que aportaron algunos

señores con la entrega de tierra para que estos la tuvieran en ‘tenencia’, es decir, las defendieran y administraran en su nombre, condición que adquirieron, asimismo, algunos monasterios para organizar el territorio. También inventaron el matrimonio de conveniencia, de modo que nuestros monarcas casaron con hijas de señores importantes de este y del otro lado de los Pirineos de manera que es fácil verles también como ‘tenentes’ del rey.

Pero a partir del siglo XIII y sobre todo en el XIV, sobrepasadas las ‘tenencias’, para organizar el territorio surgieron los señoríos que, además del territorio adquirieron jurisdicción, lo que significa que a la posesión de la tierra unían la potestad de ejercer en sus dominios la jurisdicción y algunas de las facultades del poder del rey.

Hasta la caída del Antiguo Régimen en el siglo XIX, Aragón quedó compartimentado –como se puede ver en el mapa de 1610 adjunto– en tres jurisdicciones: de realengo, eclesiástica (de abadengo, maestrazgo, catedralicio) y nobiliaria.



Llegados aquí, comenzamos a meternos en harina. Nos vamos directamente al señorío eclesiástico y, dentro de él, al catedralicio. Nos fijamos exactamente en los integrantes del señorío del arzobispo de Zaragoza en 1785, pocos años antes de la abolición de los señoríos. Sus componentes están muy repartidos: Albalate del ARZOBISPO, Almochuel, Andorra, Ariño, Beceite, Biel, CASTELVISPAL, Cutanda, Fuentespalda, Jorcas, Linares de Mora, Luesia, Mazaleón, Miravete de la Sierra, Puertomingalvo, Rodén, Torre del Compte y Valderrobres.

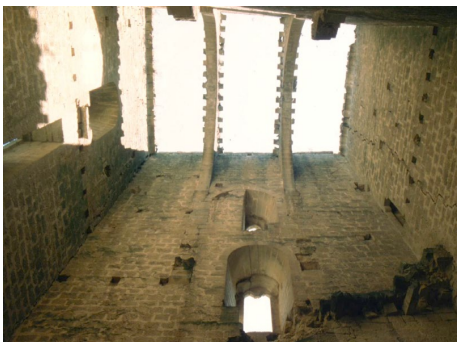
Si nos guiamos por su patrimonio visible actual, Valderrobres y Albalate encabezarían la lista, seguidos muy de cerca por Mazaleón, Puertomingalvo y Luesia. Como se observa a simple vista, tres de esas localidades están ubicadas en la zona del río Matarraña, a la que vamos a acercarnos.

En general, casi todos los municipios del señorío estuvieron bien dotados para el desarrollo de la vida diaria de los súbditos (fuente, lavadero, horno, nevera, azud y, por lo tanto, acequias, etc.) y en casi todos destacan sus iglesias todas dignas de ser visitadas tanto por fuera como por dentro. Pero no olvidemos que forman parte de un señorío en el que normalmente no reside el señor, en este caso el obispo de Zaragoza, primero, y arzobispo, después. Naturalmente la casa para albergar a uno de los personajes más influyentes del Reino no podía ser cualquier cosa, de modo que no se construyeron en todos los municipios del señorío por el alto coste que ello suponía.

Puede que hubiera alguna más, pero solo quedan restos visibles de las ‘casas’ de Beceite (el palau), Miravete de la Sierra (la casa rectoral), Puertomingalvo (el castillo),

Valderrobres (el castillo) y Albalate del Arzobispo (el castillo). Aparte de la casa rectoral, se han citado un palau y tres castillos, casi nada.

Así es que nos vamos a ir a un castillo nada menos. Aunque los del señorío son dignos de ser visitados puesto que están todos ellos rehabilitados, para aprovechar el viaje hemos elegido el ubicado en la población que a nuestro juicio conserva un patrimonio mejor valorado, cuenta con un magnífico entorno próximo tanto natural como patrimonial y además es considerada su capital. Vamos a ir a ver la 'casa' del arzobispo de Zaragoza en Valderrobres, su llamado castillo.



Valderrobres a nuestro juicio ocupa un trigésimo segundo lugar por el número y calidad de su patrimonio. Para comenzar, digamos que su casco antiguo merece ser considerado como uno de los más bonitos e interesantes de Aragón. No enumeraremos todos los componentes, aunque sí citaremos la ex colegiata de Santa María, el ayuntamiento, el puente medieval de San Roque y el portal del mismo nombre, la plaza del ayuntamiento, una magnífica fábrica de papel a la que hasta ahora no se le ha hecho mucho caso y el castillo arzobispal que, cuando lo vimos por vez primera, mostraba el aspecto de la foto adjunta.

Si un castillo es el "edificio o conjunto de edificios rodeados de murallas, fosos y otras obras de fortificación, construido generalmente en un lugar elevado y estratégicamente situado para la guerra", parece que nos hemos equivocado de lugar. Sí debió haber un castillo necesario en tiempos en los que la reconquista andaba por estas tierras, pero no queda nada de él.

Es a comienzos del siglo XIV cuando se inicia la construcción del actual edificio que fue creciendo a trompicones. En 1390, un arzobispo de la importante familia de los Fernández de Heredia, don García –cuyo escudo podemos ver en varios lugares del edificio– le dio el segundo gran impulso a partir de 1390, pero, muerto asesinado en 1411, nuevo parón. Hacia los años treinta del siglo XV tuvo lugar el tercer y definitivo impulso por deseo de un gran mecenas del arte y de la cultura de la época: el arzobispo Dalmau de Mur y Cervellón que reformó parte de la obra realizada en tiempos de García y finalizó el edificio adaptándolo a lo que realmente era, un palacio, el símbolo del poder del señor ante sus vasallos. Naturalmente no se olvidó de hacer un sitio importante para guardar los tributos en forma de especie de sus vasallos: trigo, avena, aceite, miel, etc.

Los distintos pisos de la residencia/almacén que vamos a visitar con calma estaban bien compartimentados por dentro y ahora rehabilitados: sala capitular; un enorme salón

en el que hacer la vida social el señor con sus acompañantes más próximos e invitados (hoy Salón de las Chimeneas); salas privadas, dormitorios y despacho; cocina, despensas, horno, bodega, habitaciones para el servicio y, como no, los almacenes y graneros para guardar los tributos en especie y, no podían faltar, las caballerizas. Ah, y se me olvidaba, una amplia 'necesaria' que se observa perfectamente por el exterior bajo la cual algunos descontentos –vasallos y contribuyentes– intentaron el tiro al plato, por decirlo de alguna manera.

El caso es que a partir del siglo XVI lo que comenzó como castillo dejó también de ser residencia porque el señor no aparecía nunca, excepto cuando en 1656 se celebró allí un sínodo diocesano, y terminó siendo solamente almacén. El desuso de lo que no fueran graneros y almacenes aceleró el deterioro del resto hasta que llegó el golpe mortal y definitivo en el siglo XIX: la desamortización. A partir de entonces no solo hubo ruina, sino también expolio.

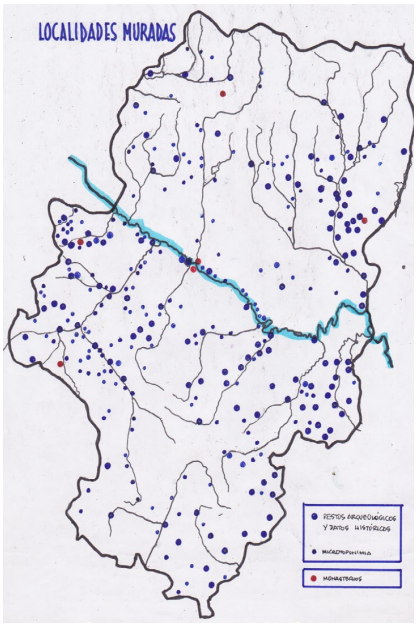
Dejando aparte lo que en realidad significó para la mayor parte de los valderrobrenses durante más de setecientos años, cuando a partir de los ochenta del siglo XX se decidió salvar el edificio, Valderrobres, la comarca y Aragón recuperamos un bonito y atractivo castillo que merece la pena ser visitado.

15. UNA MURALLA QUE DETIENE EL TIEMPO

Desde que la humanidad se hizo sedentaria –estamos hablando nada menos que del periodo Neolítico, entre 12.000 y 5.000 años a.C., aproximadamente– experimentó la necesidad de defender sus poblados levantando muros de tierra o piedra para defenderse de sus enemigos, abriendo puertas de acceso que estaban especialmente vigiladas. Aunque parece de ciencia ficción, en Aragón tenemos evidencias de ello en Azaila, Calaceite o Monleón, por ejemplo, murallas que fueron reutilizadas y naturalmente mejoradas por los romanos muchos siglos más tarde.

Para no alargar el relato, daremos un enorme salto en el tiempo y nos iremos a la Edad Media que es hija del mundo romano cuando éste se desintegró. Nuestros antepasados medievales no solo aprovecharon las murallas romanas –Zaragoza es un ejemplo– sino que construyeron otras nuevas, de manera que fueron muy pocas las poblaciones tanto musulmanas como cristianas que no se guarecieran con estas costosas construcciones.

Algunos de esos muros –enteros unos, testimoniales otros– han llegado hasta nosotros y constituyen hoy uno de los bienes patrimoniales más valorados. Tenemos por suerte bonitos ejemplos enteros o casi enteros de poblaciones amuralladas: Albarracín, Daroca, Huesca, Loarre, Mirambel, Mosqueruela, Muro de Roda, Sisamón, Sos del Rey Católico, Teruel, Villarroya de la Sierra, Zaragoza, etc., pero también varios importantes monasterios las conservan, como la Cartuja de Aula Dei, Cartuja de Monegros, Santa Fe, Piedra o Veruela, entre otros. Pero son muchos más los casos en los que apenas queda absolutamente nada, apenas un recuerdo, de una infraestructura tan necesaria antaño.



Tras un ímprobo esfuerzo de investigación, intentamos hacer un inventario de las poblaciones muradas que hubo en Aragón y no es pobre el resultado pues se han totalizado trescientas diez y nueve, pero desde luego la relación es incompleta a todas luces. Para efectuar la búsqueda se ha acudido a fuentes de información variadas: por un lado, a lo más seguro, los restos arqueológicos (84), los arcos-capilla (57), datos históricos, 'población murat' de 1391 (19) y *Diccionario* de Madoz (48). Luego se acudió a la microtoponimia urbana: calles Extramuro/s (176), Coso (26), Muro/s (31), Entremuro (5), Muralla/s (7), Murillo/Morillo (7), Murada/as (2), Ronda (18),

Cinto/Xinto (4) y Trasmuro (2). Teniendo en cuenta las repeticiones, hacen un total de 319.

Pero las murallas tuvieron más cometidos. Llegada la paz también sirvieron para hacer efectivo el control fiscal, policial y sanitario, o segregar a colectivos étnicos y religiosos: cristianos, mudéjares o judíos.

Cuando por razones diversas los distintos componentes políticos de la Península dejaron de pelearse y, sobre todo, en el siglo XVI a causa del aumento demográfico experimentado tras el descubrimiento de América, los muros defensores perdieron en buena parte su razón de ser, constituyendo las más de las veces un obstáculo para el necesario desarrollo urbano. Y comenzó el acoso y derribo de múltiples murallas abriendo calles nuevas en su lugar y de ahí los nombres ya citados de Muro, Entremuros, Coso, Cinto, etc. En otras ocasiones, las más, la muralla sirvió para apoyar las nuevas viviendas en ellas, con lo que siguen existiendo pero invisibles. En otras ocasiones se aligeraron las puertas antiguas haciéndolas mayores o, en el mejor de los casos, surgieron las 'puertas-capilla' de las que Aragón es rico, aunque esta solución no fue uniforme en el territorio concentrándose especialmente en la margen derecha del Ebro.

Existen bastantes ejemplos de murallas para ir a visitarlas (Muro de Roda, Loarre, Mosqueruela, Daroca, Calatayud, Sisamón, Albarracín, Sos del Rey Católico, etc.), pero nosotros vamos a viajar a un pueblo pequeñito en el que la muralla ha detenido el tiempo, tanto que fuera de su perímetro no hay casas: Mirambel. Está además en pleno Maestrazgo, lo que añade infinitas posibilidades para alargar con provecho el recorrido.

Mirambel, encerrado en su original recinto murado, llegó a la modernidad exhausto. Si en 1900 sobrepasaba en poco los ochocientos habitantes, en 1980 no llegaba a los doscientos y en 2018 sumaba solo 116. Afortunadamente los nuevos gustos ciudadanos –entre ellos el repentino amor al legado de nuestros mayores– han llegado a tiempo y Mirambel tiene futuro. En el ranking patrimonial aragonés, por el número de sus bienes, por su valor y por su estado de conservación, estimamos que ocupa aproximadamente un vigésimo séptimo lugar. Eso es mucho.

El hecho de que el cien por cien de sus abundantes bienes patrimoniales estén encerrados en su recinto murado y no exista –hasta ahora desafortunadamente y desde hoy una suerte– ningún guiño a la modernidad, debería ser el argumento principal para encabezar con ventaja la lista de las poblaciones más atractivas de Aragón, pero por desgracia han primado otros intereses que la relegan a puestos más alejados. Aquí todo es 'casco antiguo'.

Las enteras murallas y sus portales son la estrella, no cabe duda, pero conserva ejemplos varios de su vivir diario: fuentes, lavadero, horno, molino, nevera, escuela;

aparte de la iglesia con un órgano interesante, encontraremos un santuario (San Martín), ermitas (Virgen del Pilar, San Martín, San Roque), interesante convento de agustinas; ayuntamiento con lonja y cárcel incluidas. Aparte del torreón de las Monjas, existen ejemplos magníficos de casas señoriales con reloj de sol incluido: magníficas son las de los Aliaga, Castellot, Barceló, Pastor y Sota. En las cercanías, podremos ver cómo era una masía, pues hay varias como las de Gorreta y Torre Santa Ana.

Como además tenía un hospital y la ayuda segura de los caballeros hospitalarios, por aquí, siguiendo la antigua calzada romana, entró durante siglos un camino de peregrinos al que hemos denominado del Maestrazgo, que servía para unir el Mediterráneo de la zona castellonense con el camino de Jaime I en Calamocha, lo que quiere decir que se podía llegar a cualquier santuario deseado. Que el camino se mantenía en condiciones desde el siglo XIV nos lo indican los puentes de Ronda y Vallés que podemos ver. Por eso hemos encontrado peregrinos vivos con nombre y apellido y por eso mismo los mirambelanos incluyeron en el elenco de personajes de su dance a un peregrino.

Con todo lo dicho hasta aquí nada tiene de extraño que un escritor de fama reconocida ya entonces como era Pío Baroja, en 1930 hiciera de Mirambel el escenario exclusivo de una de sus novelas, *La venta de Mirambel*, en la que describe con todo detalle la vida en esta villa 'dormida'.

Para finalizar no me resisto a transcribir palabras del propio Baroja:

"Mirambel tiene unas ciento cincuentas a doscientas casas de dos pisos y algunas de tres, casi todas de piedra. Al pueblo le ciñe un muro con cinco portales y otros tantos torreones redondos, coronados por tejadillos cónicos aplanados.

A la salida del pueblo, de aire caballeresco, medieval, a la orilla del camino hay una cruz de término, desgastada por las inclemencias del tiempo. Al entrar en Mirambel por el lado de Morella se pasa por debajo de un arco. Este arco se abre a poca distancia de una de las atalayas redondas, incrustadas en la muralla con su tejado cónico aplastado y sus matacanes.

Frente a la cruz del camino la muralla presenta una arista y sobre ella se levanta el torreón, lo que le da un poco el aire de la proa de un barco que penetrara en la tierra.

Entrando por la puerta se sale a la calle mayor, la calle principal, bastante ancha y casi siempre desierta. Esta calle, empedrada de cantos empotrados en el suelo, tiene una especie de acera también de cantos limitada por una línea de piedras blancas.

A mano derecha del portal e inmediata a él se levanta una pared encalada con unas ventanas pequeñas, otras grandes con celosías negras y miradores salientes, cerrados, con su tejadillo. Es el convento de las Agustinas Descalzas.

Mirambel tiene pocas calles, unas con el suelo de tierra, otras empedradas con cantos agudos; la calle Mayor atraviesa toda la villa. A pesar de ser la principal es triste, pobre, llena de soledad y de silencio. Pasa, muy de tarde en tarde, algún hombre con su caballería o algún carromato; se oye al herrero que da martillazos en su yunque, al albéitar que saca a herrar a los caballos y a los mulos a una esquina o algunos chiquillos que juegan. Las mujeres, sentadas en los portales o delante de las casas, hilan, hacen calceta o charlan".

En Mirambel, su sencilla y completa muralla ha detenido el tiempo, un fenómeno inusual que merece un viaje para experimentarlo.

16. LA MAYOR SALADA DE EUROPA OCCIDENTAL

Cuando Jaime I le negó a Aragón salida al Mediterráneo –el gran sueño de Alfonso I el Batallador– le privó asimismo de un bien necesario para vivir: la sal marina. Lo que no sabía el Conquistador es que Aragón –desde entonces un país continental para siempre– tiene en el subsuelo un mar enterrado y, por lo tanto, también sal, pero habrá que llegar ella.

Conviene recordar que el cloruro sódico es necesario, entre otras cosas, para la supervivencia de hombres y animales, tanto que se convirtió en una de las monedas conocidas más primitivas con la que se pagaba el 'salario' y que el socorro mínimo que se podía prestar al caminante era 'lumbre, sal y techo'. En nuestra tierra, pronto la monopolizaron los reyes quienes en contadas ocasiones concedieron a algún noble, obispo o monasterio la explotación de alguna salina. La sal apenas parece nada hoy, pero antaño fue instrumento de poder, como lo puede ser hoy el petróleo. Podemos decir sin temor a equivocarnos que los reyes y, en menor medida, algunos condes, obispos y abades salineros eran.

Estaba prohibido comerciar con ella y durante toda la Edad Media era obligatorio comprársela al señor al precio justo o injusto que éste quisiera hasta que se convirtió en un impuesto. La cosa no mejoró bajo la administración de los Austria y los Borbón y el monopolio continuó, solo que ahora se llamaba 'estanco de la sal' pues hubo otros estancos, como la venta de esclavos, naipes, pólvora, plomo, azufre, sellos, pimienta, etc., y el tabaco, que por eso se vende en los estancos.

Salinas y estancos de la sal. Siglo XVIII.

Quedar estancada la sal significa que ahora la monopolizó no el rey o un señor sino el propio Estado y los ciudadanos solo podían comprar la sal oficial, mientras que guardianes estatales perseguían a muerte a los contrabandistas que la vendían cinco o seis veces más barata. Se obligó a todo el mundo a comprar en un 'estanco' determinado y a un precio oficial impuesto, el 'acopio', te hiciera falta o no. Nunca los aragoneses fueron tan salados como entonces.

Presionaron tanto los liberales que las Cortes fijaron el año 1821 para la supresión del estanco salino, pero las dificultades económicas por las que pasaba Hacienda en ese momento obligaron a posponer el acuerdo, que solo se materializó en 1869, casi cincuenta

años más tarde. La sal era por fin libre muy avanzado el siglo XIX, o sea, hace tres días como quien dice.

La mucha sal que está escondida bajo tierra aragonesa hay que localizarla lo cual es fácil y capturarla, trabajo éste que puede ser más o menos costoso, pero siempre muy laborioso. Y tres han sido tradicionalmente los procedimientos: meterse el hombre bajo tierra para arañarla y sacarla a la superficie (mina); extraer del subsuelo mecánicamente el agua que está contaminada de sal o tener la fortuna de que salga de manera natural mediante fuente o manadero (salina); o que el agua embalsada en un lugar de base salina salga a la superficie por simple capilaridad (salada).

Mina de Remolinos, única en Aragón.

Desde época romana se ha extraído en lo que hoy es Aragón sal de la misma entraña terrestre, de una **mina**, sal a la que se llama 'gema'. Aunque se extrajo también en El Castellar, actualmente solo funciona a pleno rendimiento la inagotable y única mina aragonesa de Remolinos a la que recomendamos hacer una visita puesto que admiten visitantes. En las enormes e inacabables galerías subterráneas –antes con pico y pala, hoy con dinamita y compresor– el minero arranca la sal gema mezclada con margas y yesos, trabajo penoso al que eran castigados muchos condenados antaño. En tiempos pasados con carro y ahora con enormes camiones, la sal gema es llevada al exterior para ser molida a gusto del consumidor.

Para poder organizar una **salina** hace falta encontrar agua salada bajo el subsuelo, pero es imprescindible sacarla a la superficie. A veces la propia naturaleza ayudó y la sacó al exterior mediante fuentes naturales; en otras ocasiones se horadaban pozos, pero entonces había y hay que sacarla con un artificio. En época moderna se hacía mediante bomba, pero antaño era una noria generalmente movida por animales, aunque también por hombres, muchas veces castigados a ello para 'pagar' sus penas.

Salina de Armillas.

Una vez extraída el agua salada había que trasladarla mediante canalillos hechos con troncos e incluso con tejas a pequeños estanques de escasa profundidad –las 'eras salsas'– repartidos por toda la salina para que el sol la evaporara y quedara liberada la sal. Desde pequeñas casetas se vigilaba que no hubiera robos ni en las eras ni el los almacenes donde iba a parar la sal para su secado.

En Aragón ha habido, como puede verse en el mapa, muchas salinas, pero prácticamente todas han dejado de funcionar y, con mucha suerte, aún puede verse entera la instalación. En algún caso, como en las famosas de Naval, se han convertido en piscinas donde los usuarios flotan a su gusto; en otros, como en Arcos de las Salinas, se habla de rehabilitarlas para mostrarlas al público como bien patrimonial que son.

La tercera forma de obtener sal la proporcionan las **saladas**, depresiones naturales de tierra más o menos extensas de base salina y de poca profundidad en las que las aguas de lluvia no tienen salida y se quedan estancadas. Como apenas se mueve el agua y parte de ella se filtra hacia el fondo, produce un efecto de capilaridad que provoca que la sal aflore a la superficie. El sol hace el resto de modo que al evaporarse el agua no filtrada queda acumulado el cloruro sódico tiñendo de blanco la superficie. El saladar está dispuesto para que el hombre recoja la sal blanca.

Cuando una laguna de este tipo tenía un pozo en su perímetro, generalmente de agua salada también, se podía suplir la carencia de lluvia; entonces mantener la salada atendida era rentable, creándose incluso 'pósitos' o almacenes para que no fuera robada y comercializarla en su momento.

Las saladas más importantes estaban –y aún pueden verse– en los Monegros y en la ribera baja de Ebro, destacando las muchas existentes entre Bujaraloz y Sástago, sobre todo la Laguna de la Playa con sus importantes infraestructuras a punto de hundirse por completo. En los acampos que rodean Zaragoza hubo varias, pero solamente es reconocible en parte la cercana a Mediana. Merece la pena ir a ver las que se hallan en los aledaños de Alcañiz y Calanda, pero sobre todo la de Chiprana que es hacia donde nos dirigimos nosotros.

Aunque vamos ir a ver la mayor y más completa salada de Europa, lo cual ya de por sí supone un privilegio al alcance de muy pocos, el viaje se puede engalanar yendo de Zaragoza a Colonia Celsa (Velilla de Ebro), a los meandros encajados del Ebro (Mirador de Sástago), al Monasterio de Rueda y, tras disfrutar de la salada de Chiprana, finalizar en Caspe que tiene lo suyo. Pero centrémonos ahora en Chiprana y su salada.

A unos 18 km de Escatrón en dirección a Caspe por la carretera A-221, antes de salvar el puente que hay a las afueras de Chiprana, un letrero nos señalará a la derecha un camino medio asfaltado que lleva a las saladas, porque son varias, pues la mayor o 'Laguna Grande' está acompañada por otras más pequeñas (del Farol y de las Roces). No hay pérdida.

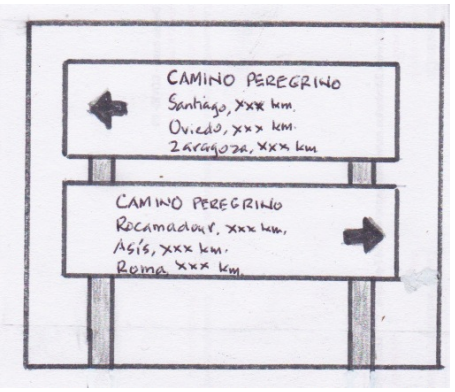
Al llegar lo habremos hecho a la única laguna endorreica de aguas saladas y permanentes de Europa occidental, de unas 31 ha y con una profundidad de unos 5,6 m cuando lo normal en este tipo de lagunas es que no sobrepasen los 70 cm. Por todo eso y por la riqueza de su flora y avifauna ha sido declarada 'Reserva Natural Dirigida' que es mucho. Existen paneles explicativos y recorrido señalizado que conviene seguir.

La Salada Grande siempre tiene agua, pero libera sal que se puede recoger en determinados momentos. Y tiene siempre agua porque se alimenta de tres aportaciones

distintas: un 20/22% son aguas de lluvia; contribuyen con un 16/18%, aproximadamente, los excedentes de riego mediante la Acequia de la Casilla; pero un 62/64% son aportes propios subterráneos cargados de sal.

Aunque a simple vista pudiera parecernos que nos hallamos ante una charca sin importancia y que tal vez no mereciera la pena haber hecho el viaje estaríamos muy equivocados. La Salada Grande no solo es la mayor y más profunda de la Península, sino también la única de aguas permanentes profundas de toda Europa occidental.

17. HOY NOS TOCA MILAGRO



Vamos a ir de peregrinación, pero de peregrinación de verdad: haremos unas etapas en burro y otras a pie, y al mes y medio regresaremos igual, no en tren, avión o coche como se suele hacer en el siglo XXI.

Ya sabemos que existen tantas motivaciones casi como peregrinos para hacer la santa caminata, pero como a casi la mayoría de los romeros a nosotros nos mueve fundamentalmente el móvil piadoso, el de la devoción. Como por miedo a bandoleros y ladrones nos tendremos que agrupar con otros viajeros, esperamos tener suerte con los compañeros de viaje. Por de pronto nos hemos puesto de acuerdo para contratar un guía para las dos próximas etapas que, por la naturaleza montañosa del trayecto, pueden presentar dificultades para encontrar los pasos y puentes adecuados.

Antes de salir, en el monasterio de nuestro pueblo nos hemos informado de las cosas básicas, sobre todo de la existencia de hospitales, albergues y limosnas por si nos hiciera falta acudir a ellos.

Otra de las informaciones que interesaban sobremanera a los peregrinos eran los atractivos espirituales esparcidos a lo largo de la caminata. Los hubo y no pocos, pero había que saber dónde estaban, a lo que solían contribuir los guías y los monasterios.

Era importante saber donde se hallaban los santuarios comarcales en los que, aparte de poder orar recatadamente, se añadía el hecho de que podían ofrecer cobijo momentáneo en los edificios anejos a la ermita, de manera que no es extraño que se hayan encontrado veneras o conchas de peregrino en algunos de ellos, como en Santa Elena (Biescas) o Nuestra Señora de la Consolación (Monroyo).

Pero el summum era poder orar en un santuario digamos universal, aquel capaz de ser polo de atracción romera por sí mismo o de generar largos desvíos de la ruta original, tanto por los milagros obrados en ellos como por los bienes espirituales que custodiaban como las tumbas de santos y las reliquias. Aragón tuvo nada menos que tres de estos santuarios en Zaragoza (Pilar), San Juan de la Peña (Monasterio) y Huesca (Nuestra Señora de Salas), más o menos atractivos a lo largo de los siglos XI al XVIII.

Por otro lado, importante para el peregrino era saber si en el camino trazado había lugares con indulgencias

activas, asunto éste que originó nada menos que la escisión de la Iglesia Luterana. De los muchos posibles, sirva el ejemplo el hecho de que, por trabajar en las obras de un puente necesario para mejorar un camino, se podía obtener la remisión total o parcial de la pena temporal debida a los pecados perdonados. Casi nada. Conocemos muchas, muy abundantes, y sabemos como el Papa Luna, Benedicto XIII, fue campeón en promulgar indulgencias por todo Aragón.

El de las reliquias fue también objeto fundamental del debate con el mundo protestante, tanto que Calvino ironizó afirmando que se podría cargar un barco con los fragmentos de la corona de espinas que llevó Jesús en su camino hacia el Calvario, pero desde Roma, a partir de Trento, se siguió defendiéndolas a ultranza y Aragón quedó inundado de ellas. Es normal que las reliquias más buscadas fueran las que tenían que ver con Jesús y la Virgen, pero pronto tal devoción se hizo extensiva a los santos y mártires. El caso es que las reliquias fueron un lamín espiritual para los peregrinos pues les ponía en relación con un mundo superior, divino.

Lignum Crucis. Jatiel.

A las reliquias se sumaron los 'corporales', de los que hemos ido a visitar uno de los muchos que se dieron en Aragón, los de Aniñón. Pero hasta que se inventó la oración a distancia, que es bastante moderna, hacerlo abrazado a la tumba de un santo constituía un privilegio único. De manera que se pusieron también de moda por los beneficios espirituales que se desprendían de ellas, aunque Aragón no tuvo mucha fortuna en este aspecto. En su momento iremos también nosotros a rezar a la tumba de uno de ellos, San Ramón, en Roda de Isábena.

No obstante, en este mundo de religiosidad extrema, los milagros encabezan la lista de los atractivos espirituales. Es bien conocido por todos la existencia de una importante nómina de Cristos crucificados, entre los que destacan sobremanera algunos prolíficamente milagrosos, como los de Alquézar, Ariza, Báguena, Binéfar, Cadrete, Graus, Huesca, Luna, Monzón, Teruel, Tierga, Villarquemado y Zaragoza.

Singular relevancia tuvieron los milagros de Nuestra Señora de Salas, diecisiete de ellos glosados nada menos que por Alfonso X el Sabio en sus famosas *Cantigas* y, como no, los de Nuestra Señora del Pilar, de los que en 1680 se daba a la luz un *Compendio de los Milagros de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza,* obra de José Félix de Amada, con sesenta milagros reconocidos.

También sirvieron de imán, aunque en un escalón inferior, el Santo Vaso de Torrente de Cinca y las Reliquias Milagrosas de Castiello de Jaca. En Torrente, los Trinitarios levantaron un convento en 1550 atraídos por la fama alcanzada por un vaso existente en el pequeño santuario del que manaba aceite milagroso, pero que había quedado olvidado. Desde entonces, los peregrinos comenzaron a desviarse ex profeso para tratar de curar sus dolencias, contándose entre ellos el propio rey Felipe II.

Lo sucedido en Castiello de Jaca lo vamos a conocer reproduciendo una leyenda de los siglos XIV-XV.

"En cierta ocasión, amparado por las facilidades que proporcionaba el camino de Santiago que, entrando por el Somport, se dirigía hacia Jaca, llegó a Castiello de Jaca un peregrino que venía de Francia. Aparte de su zurrón, donde sin duda llevaba las viandas imprescindibles para aliviar su caminata, cargaba al hombro un saco bastante voluminoso. Así atravesó el camino hasta llegar a Castiello, en cuya hospedería durmió aquella noche. A la mañana siguiente, sin mediar casi palabra, se dispuso a marchar con el saco a la espalda, pero a la salida del pueblo el peregrino cayó muerto, como fulminado. Inmediatamente acudieron a auxiliarle y le llevaron, antes de enterrarlo, a la losa del cementerio.

Ante la sorpresa de todos, el peregrino volvió a la vida súbitamente y, de manera apresurada, emprendió de nuevo su andadura, pero otra vez cayó muerto al salir de Castiello. Quienes lo recogieron se aseguraron de que realmente había fallecido. Pero el caso es que hasta cuatro veces se repitió tan extraordinario hecho: si se iba de Castiello, el peregrino moría; cuando lo devolvían al pueblo, resucitaba.

Naturalmente, intentaron ahondar en aquel misterio, máxime cuando observaron que cada vez que emprendía el viaje de nuevo, conforme se iba alejando, a cada paso que daba el romero se encorvaba más y más.

Fue entonces cuando el peregrino contó que le habían encomendado transportar el saco que cargaba a la espalda, advirtiéndole que cuando éste aumentara de peso no se resistiese. Así es que, a la vista de lo sucedido, aceptó la idea de que tenía que dejar el saco en Castiello, puesto que no era capaz de salir de allí. Lo que no sabía era qué contenía el misterioso saco, así que decidieron abrirlo, apareciendo unas reliquias que fueron depositadas en la iglesia, donde todavía se conservan. Aparte de varias pertenecientes a diversos santos, destacan una espina de la corona de Cristo y una astilla de la cruz en la que murió.

Cumplida su misión, el romero siguió viaje hacia Santiago, pues quería dar gracias al Apóstol por haberle salvado reiteradamente la vida".

Arqueta conteniendo las Reliquias.

La noticia de tan milagroso hecho corrió como la pólvora por todos los confines, de modo que desde entonces Castiello se convirtió en parada obligada de los romeros para rezar ante ellas, guardadas en una arqueta de plata, y conseguir los beneficios espirituales que sin duda irradiaban. La arqueta y las reliquias han sido restauradas y entre otros santos, aportan reliquias Lucía, Bárbara, Cecilia, Vicente Ferrer, Tomás de Aquino, Juan Bautista, Pedro Arbués, Antonio de Padua, etc. Cabe añadir que al menos en dos casas particulares de Castiello se conservan también reliquias, aunque no son mostradas al público.

Con nuestro viaje a Castiello de Jaca –precisamente en un momento de crisis de la Humanidad entera a consecuencia de un mal que aún no sabemos controlar– quizás tratemos de comprender por simple empatía a nuestros antepasados sin los cuales nosotros no estaríamos aquí. A ellos les tocó vivir muchas y variadas crisis y ni siquiera podían confiar en la ciencia como lo hacemos nosotros esperando una vacuna. Solo les quedaban los asideros que acabamos de ver.

Si lo visto y vivido no nos es suficiente, no hay que recorrer muchos kilómetros para redondear el viaje. Al lado mismo tenemos grutas con murciélagos y picos con nieve; mucho románico adormecido en cualquier dirección; valles para perderse andando o en bici; pistas de nieve con telesillas; puentes de río logrados a base de indulgencias; estación digna del Oriente Exprés; fuertes fusileros para disuadir al gabacho; quizás setas si es el tiempo…

18. VAMOS A VER UN MUSEO ÚNICO

Museo del azafrán. Monreal del Campo.

La palabra museo nació en Grecia y se refería al templo de las Musas que en su amplia mitología eran las representantes de las artes, las letras y las ciencias. Tendremos que esperar hasta el siglo XVIII nada menos para que la palabra tenga un significado más concreto y más parecido al del ICOM (Consejo Internacional de Museos) en sus Estatutos del año 2007: "Un museo es una institución sin fines lucrativos, permanente, al servicio de la sociedad y de su desarrollo, abierta al público, que adquiere, conserva, investiga, comunica y expone el patrimonio material e inmaterial de la humanidad y su medio ambiente con fines de educación, estudio y recreo."

En 1792 se creaba el primer museo aragonés en Zaragoza, el Provincial, al que seguiría el de Huesca en 1901. Cuando en 2007 nos propusimos acercarnos al estallido museístico vivido en Aragón en el tránsito del siglo XX al XXI nos encontramos con más de 150 centros llamados museos de los que el 82,5% habían nacido entre 1995 y 2004. Eso significa que actualmente, cuando aún se han sumado algunos más, por cada nueve mil aragoneses poco más o menos tenemos un Museo. ¡Todo un fenómeno cultural sin precedentes!

Museo del Dibujo. Larrés.

Bastantes de ellos son modélicos y, sin intención de ser exhaustivos, citamos algunos: Museo Aragonés de Paleontología de Teruel, del Calzado de Brea, del Vino en Cariñena, Miniaturas militares de Jaca, del Dibujo en Larrés y el que vamos a ir a visitar en Ejea de los Caballeros.

Pero la realidad acerca de estas numerosísimas instituciones culturales es realmente preocupante. Algunos, no cabe duda, están bien dotados de medios materiales, didácticos y humanos y se llaman y son museos, pero la gran mayoría tienen escasez de recursos de todo tipo. Los datos siguientes son del año 2007, pero la cosa no ha mejorado desde entonces hasta hoy y aun diríamos que ha ido a peor. Entonces abrían durante todo el año solo el 37,6%; previo concierto y aviso de visita lo hacían el 38,8%; el resto, en verano más sábados y domingos (7%) o sábados y domingos (5,1%). Bastantes de los que lucen en sus fachadas la palabra 'Museo' no dejan de ser colecciones, exposiciones o muestras permanentes –muchas de ellas magníficas y dignas de ser vistas como tales– pero en absoluto en el sentido descrito por el ICOM.

Viajar a ver un Museo –lo mismo que a un 'centro de interpretación' o las muchas representaciones o 'dramatizaciones' existentes– puede tener motivaciones muy variadas:

curiosidad, placer turístico simplemente, profundización culta, tomar datos para la docencia, contraste, referencia y también investigación. Ante esta variedad de expectativas, la persona interesada tiene saber a qué atenerse, qué va a ver, qué valor se le puede conceder. Ante la magnitud social que ha alcanzado el fenómeno en multitud de aspectos, no estaría de más que los organismos competentes en la materia pusieran un poco de orden para llamar a las cosas por su verdadero nombre.

Aunque no es el objetivo de este viaje en familia, si bien es posible que propongamos alguno, sucede lo mismo en el multitudinario mundo de las 'dramatizaciones' que tienen el inconveniente de tener que ir a verlas en fecha fija. No se lee mucha Historia, tal vez por culpa de los propios historiadores que muchas veces son incapaces de descender de la investigación pura a la buena divulgación, de manera que últimamente parece que solo hay cuatro únicas maneras de seguirla: documentales, películas, novelas históricas y dramatizaciones. Refiriéndonos solo a las últimas, no seremos nosotros quienes digamos qué debe conmemorar y cómo cada colectividad sobre los rasgos de su pasado, pero sí sería conveniente advertir al potencial espectador la entidad y autenticidad de lo que va a ver, pues el espectáculo puede estar basado en la historia, en la leyenda, el mero folklore e incluso la pura invención. De todo hay.

Pero viajemos ya y habrá que hacerlo como hasta ahora para ver algo curioso, único o extraordinario en su género. En este caso proponemos un viaje para ver y degustar un Museo y la duda nos embarga. ¿Es posible que a estas alturas tal cosa sea aún posible? No haríamos la propuesta si tal afirmación no se pudiera justificar. Nos vamos a dirigir a Ejea de los Caballeros, en las Cinco Villas.

Tres cosas al menos hacen de este inmueble donde vamos a entrar algo distinto. Por un lado, el continente es moderno, no es un edificio adaptado, es de nueva planta, muy amplio, con diversos espacios interiores, con buena luz natural interna y con exteriores despejados. Por otra parte, si el continente es magnífico el contenido es singular y no solo pensando en Aragón: bien espaciado, seleccionado y de excelente calidad, con explicaciones muy didácticas a través de medios modernos, abre en horarios estándar y puede acoger a investigadores. Por último, algo más chocante; cuando en muchos lugares llaman 'museo' a cualquier cosa, este Museo, con mayúscula, no se llama Museo, palabra que no se ve por ningún sitio, lo cual le está restando –lo sabemos por experiencia– mucha audiencia.

La comarca de las Cinco Villas ha sido desde la Edad Media un referente no solo en el ámbito aragonés sino también peninsular, siempre

ganando terreno al baldío, captando aguas inverosímiles y utilizándolas siempre de manera racional, estudiada; mejorando especies vegetales y haciendo injertos atrevidos; diseñando siempre utillaje y maquinaria nuevos. Desde siempre fue el granero de Aragón y de buena parte de España, pero la iniciativa cuajó asimismo en empresas innovadoras de maquinaria que han llegado hasta hoy. La exposición muy clara y didáctica de todo esto es en esencia el Museo, solo que sus creadores lo han compartimentado en tres secciones ligadas entre sí.

La primera sección –basada fundamentalmente en tecnologías modernas de comunicación y en explicaciones muy inteligibles en varios idiomas– se titula "*El poder del agua*". De manera muy interactiva se hace un recorrido gráfico que muestra la importancia del agua en el desarrollo humano y lo necesario que es utilizarla de manera correcta, sin desperdicio.

La sección segunda –"*Ejea de los Caballeros: ausencia y presencia del agua*"– es asimismo muy motivadora para los peques y los mayores, y se centra ya exclusivamente en Ejea y su desarrollo técnico, económico y social a lo largo de la Historia mostrándonos el patrimonio hidráulico y documental conservado.

Por fin, "*Ejea de los Caballeros: de la tradición a la mecanización agrícola*" es la sección más espectacular mostrando la evolución de la maquinaria agrícola desde la utilización del primitivo arado y la más moderna cosechadora hasta la aplicación de la tecnología digital aplicada a las explotaciones agrícolas y ganaderas. Se ha dado el caso de haber adquirido en Estados Unidos una enorme y costosa máquina antaño utilizada, pero de la que no se conservaba ningún ejemplar.

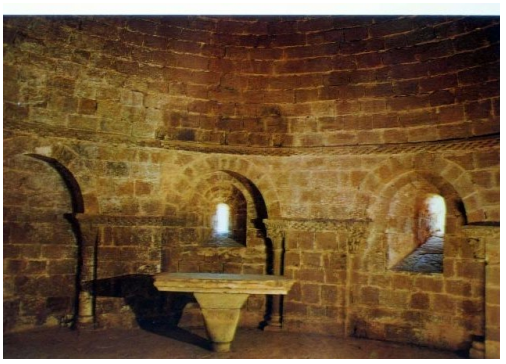
Como dice su folleto informativo y no miente, hemos ido a ver el Museo agrícola, otra vez con mayúscula, más espectacular de España.

Aunque solo la visita al Museo Aquagraria ocupa algo de tiempo no debe preocuparnos el posible sobrante. El patrimonio y el valor del mismo que Ejea atesora le permite ocupar más o menos el vigésimo lugar dentro del ranking aragonés lo cual no está nada mal. Por no hacer más denso este proyecto de viaje no enumeraremos los componentes de ese variado patrimonio del que, a nuestro juicio, destacan dos cosas: el retablo gótico de alabastro de la ex colegiata de El Salvador y Aquagraria.

Pero es que además, pensando en un fin de semana de sábado y domingo, la comarca, aparte de las cinco villas (Ejea de los Caballeros, Sádaba, Sos del Rey Católico, Tauste, Uncastillo) tiene otras muchas tan cargadas de historia y patrimonio que aún requerirían alargar a la semana el viaje, máxime cuando además se come bien en cualquier población.

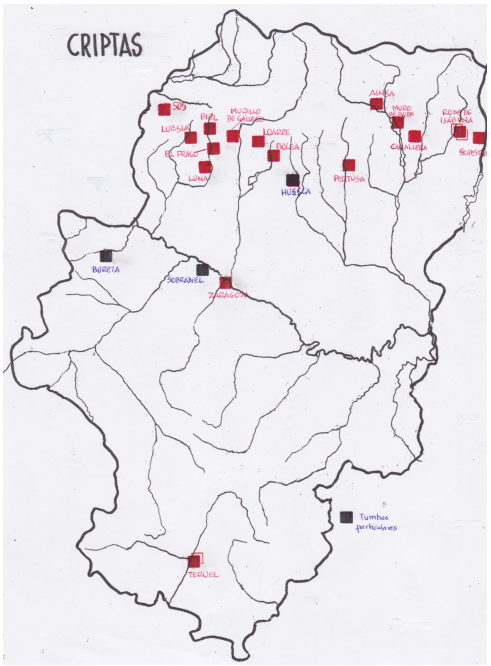
Alguien podrá decir tras la visita: –¡Bah, un museo más! A nuestro juicio, le podrá gustar más o menos, eso es humano, pero aunque haya visto muchos museos por el mundo jamás podrá decir que es un museo más.

19. UNA CRIPTA CON SANTO ARAGONÉS



Cripta del castillo de Loarre.

Aunque la palabra cripta nos viene de Roma (‘crypta’), en realidad es de origen griego (‘krypte’=esconder) y cualquiera que haya entrado alguna vez en alguna de ellas podrá testificar que eso es así. De ahí que el *Diccionario* la describa bien como “cueva o recinto para enterrar a los muertos” ya como “recinto subterráneo destinado al culto en una iglesia”. Estamos refiriéndonos a un recinto arquitectónico situado bajo el suelo de una iglesia, al que se desciende por unas escaleras a menudo angostas y mal iluminadas que todavía proporcionan mayor misterio a su visita cuando no miedo a algunas personas. Las escaleras nos llevan a una estancia generalmente oscura que tiene que ser iluminada las más de las veces artificialmente para acabar viendo un altar, una tumba o ambas cosas a la vez. La tumba suele ser de un religioso, en ocasiones un santo, pero no siempre, pues ejemplos tenemos también de señores temporales que descansan en lugares tan especiales porque tenían poder y dinero para poder hacerlo.



Cuando nos referimos a una iglesia parece que nos referimos solo al continente, a lo que se ve por fuera y ya es mucho, pero no lo es todo. Por dentro puede estar arruinada, desvalijada y esquilmada a consecuencia de una guerra, por ejemplo.

Una iglesia es muchas cosas a la vez por dentro y por fuera y cada una de ellas puede tener, aparte del valor sentimental, interés e importancia distintos desde ángulos muy dispares. Sin ser mucho menos exhaustivos citaremos algunos de sus componentes: arquitectura, escultura, relieves, estatuas, torres, campanas, altares, capillas, cruces procesionales, imágenes, cantorales, coro, órgano, sillerías, pila bautismal, ornamentos sagrados, etc., pero en ese largo etcétera no podemos olvidar las criptas.

Cuando nos adentramos y profundizamos en el mundo de las criptas eclesiales nos damos cuenta de que es un legado patrimonial bastante escaso en Aragón, lo cual ya le proporciona algo de fundamento a nuestro viaje pues vamos buscando cosas únicas, raras y extraordinarias para ir a verlas. El mapa que acompaña a estas líneas es bastante expresivo. Y además nos muestra de manera fehaciente que para un buen montón de cosas

las orillas izquierda y derecha del Ebro se comportan de manera distinta con el río de divisoria.

En nuestra tierra las primeras criptas son románicas fundamentalmente para cumplir dos finalidades: enterrar muertos y ayudar a nivelar el terreno en que había de asentarse una iglesia. De manera habitual este habitáculo se corresponde con el ábside de la iglesia, el espacio que rodea al altar mayor, aunque algunas –como la de San Salvador y San Esteban de Sos– sobrepasan con creces esta especie de norma.

Efectuaremos un breve y somero recorrido señalando las más llamativas pues la finalidad es terminar visitando una de ellas en concreto. Comencemos por las tres que sirven para acoger la tumba de algún prohombre: desde el siglo XVIII, en Bureta reposan los restos mortales de varios de sus condes lo mismo que en Sobradiel lo hacen los propios; pero nada menos que en la catedral de Huesca podemos hallar la cripta de los Lastanosa. Dignas de una visita son tres o cuatro más: la enorme –es la mayor de todas– de la Iglesia de San Salvador y San Esteban de Sos del Rey Católico, cargada de arte, especialmente de pinturas románicas; la archinombrada de Santa Engracia en Zaragoza, con la santa titular y los Innumerables Mártires; y la de la iglesia del castillo de Loarre por su curiosa doble entrada, una de ellas desde las escaleras que ascienden a la fortaleza y la otra desde la iglesia. Las criptas son, pues, un elemento poco común en nuestra tierra y nosotros vamos a hacer un viaje –para algunos un poco largo pues depende desde donde se vaya– a ver una de esas rarezas, que aún lo es más cuando vemos no es una sino tres criptas distintas, repletas de pinturas murales románicas y, en medio, la tumba excelentemente decorada de un santo aragonés, y no cualquiera como se verá.

Para asombro de propios y extraños, Roda de Isábena, una diminuta población donde las haya, con 49 habitantes en 2019, ocupa más o menos el vigésimo segundo lugar de Aragón por la cantidad y valoración de su patrimonio. Claro que solo los componentes de su ex catedral aglutinan más de la mitad. Sin desdeñar el resto, tres actividades colman las ansias de paz de cualquier humano: tomar un café en la plaza de la ex catedral, pasear con calma por su casco urbano y sentarse a leer un buen rato dentro del claustro románico. De casi el cien por cien de lo que en Roda podemos ver y saborear se debe a la iniciativa de un cura, el padre Lemiñana, siempre trabajando subido en el andamio tras haber mendigado para adquirir algo del cemento necesario para levantar ruinas.

Por estas tierras, cuando el territorio cristiano aragonés no sobrepasaba la Sierra de Guara, entraba, o salía según se mire, un camino de peregrinación, y no lo decimos por decir, pues tenemos los nombres y profesiones de varios romeros.

Dentro de la ex catedral, todo atrae la atención, pero nosotros nos vamos directos hacia la triple cripta. Allí nos espera el santo, dentro de un sepulcro rodeado de relieves con

Historia y muchas historias. Mas si levantas la vista, en el pequeño ábside o en la pared casi tocas a Cristo pintado en versión románica pura. Hay que hacer un esfuerzo para sostenerle la mirada. Incluso buscas afanoso a ver si está uno representado entre los muchos y diversos personajes que aparecen a sus pies, cosa que no me extrañaría.

Como la guía seguro que narrará algo sobre la fama de milagrero que tenía el obispo Ramón, san Ramón para su pueblo desde nada más morir ya que a la Iglesia le costó algo más hacerlo santo, a poco silencio que haya la imaginación te hace abstraerte y pensar…

Cómo se pueden catalogar estos tres hechos al menos extraordinarios. En primer lugar, por mucho que estuviéramos en los años sesenta/setenta del siglo pasado, cómo pudo el cura Lemiñana actuar por su cuenta para reconstruir el solo todo aquello sin arquitecto, sin delineante, sin dinero y muy posiblemente sin permisos; en segundo lugar, cómo fue capaz Alfonso I el Batallador de pedirle perdón tras haberlo perseguido a muerte instigado por el obispo Esteban de Barbastro no solo por una cuestión de límites, sino por la pertenencia de Ramón a la facción innovadora europea frente al inmovilismo del obispo barbastrense; en tercer lugar, cómo es posible que famoso Erik el Belga, años después haber perpetrado un sonado robo en Roda devolviera varias de las cosas sustraídas incluida la silla de San Ramón que posiblemente tengamos en estos momentos ante nuestros ojos. ¿Sólo casualidades?

Nos arranca de estos tontos pensamientos la guía que nos acompaña. En efecto, nos está mostrando la historia de la silla robada y devuelta algo deteriorada del obispo Ramón. Como nos sabemos la historia, mientras salimos al recoleto claustro románico y nos asomamos a la hospedería actual, recuerdo uno de los muchos atribuidos al obispo santo.

Como se ha dicho, tras dura y tenaz persecución que le hizo vagar escondiéndose por las montañas limítrofes, San Ramón acabó refugiándose en donde murió. Desde ese momento, su fama de santo varón lo convirtió en personaje central de multitud de leyendas, una de las cuales reproducimos para finalizar esta narración:

"En cierta ocasión, dos soldados cristianos estaban cautivos de los moros en tierras de Castilla. Sufrían un severo encarcelamiento en una mazmorra lóbrega, con una escasa pitanza al día, en condiciones sanitarias deleznables y cargados de grilletes que les sujetaban a la pared. Las posibilidades de escapar por sus propios medios de aquella prisión eran prácticamente nulas y las de recibir ayuda, ninguna.

En la última contienda entre castellanos y aragoneses, en la que estuvieron presentes, debieron tener conocimiento de la fama de santidad que adornaba al ex obispo de Barbastro, Ramón, ya fallecido, y de los muchos milagros que solía hacer Dios por su mediación en beneficio de sus devotos, de modo que decidieron invocarle con gran esperanza.

Aquel día, cuando intuyeron que había caído la noche, pues desde su mazmorra no tenían noción del transcurso del tiempo, oraron piadosamente poniendo sus pensamientos en el santo

obispo rotense. Inmediatamente se les cayeron los grilletes y las cadenas y se abrieron de par en par las puertas de la prisión, de modo que pudieron escapar amparados en la oscuridad reinante.

Sin dudarlo, se dirigieron al reino de Aragón camino de Roda de Isábena, donde se postraron ante la tumba del santo, dando testimonio a todo el mundo del milagroso acontecimiento y dejando colgados en una pared cercana las cadenas y los grilletes que les habían tenido prisioneros".

Una cripta, un santo, un milagro… Un día completo.

20. EL CASO DE LA ÚNICA (¿Y FALLIDA?) COLEGIATA DE ARAGÓN

Las raíces son las raíces y nadie está dispuesto a que se minusvaloren sus señas de identidad y menos por foráneos, unas señas de identidad legadas y relatadas por sus mayores, sobre todo por los abuelos. Así se las transmitieron y así lo han hecho ellos a sus descendientes. Encomiable actitud y no seremos nosotros quienes toquemos ni un ápice de ese sentimiento e impronta a la vez. Pero las cosas pueden haber cambiado y la realidad puede haberse mutado sin darnos cuenta.

Ex colegiata de Caspe.

El caso concreto de las colegiatas es el más claro que podemos aducir y lo solemos experimentar cuantas veces tenemos la oportunidad, es como un juego que nunca defrauda. En una localidad que posea una magnífica iglesia que fuera colegial antaño, basta con preguntar al azar a algún vecino: "*–Por favor ¿cómo se va a la ex colegiata?*". La contestación casi siempre es la misma: –"*De ex colegiata, nada, colegiata. Lo pone incluso en la puerta. Se va por esa calle todo recto*"; –"*¡Muchas gracias!*".

Adelantemos que actualmente en Aragón solo existe una colegiata, muy 'sui generis' por cierto, la que vamos a ir a ver porque es algo único, uno de los objetivos de estos viajes en familia por nuestra tierra, pero habrá que explicarlo.

Aunque es posible que se sepa, daremos una mínima pincelada sobre lo que es y no es una colegiata o iglesia colegial. Simplemente se trata de un templo católico que, sin ser catedral posee cabildo, a sea, le asisten canónigos seculares ('del siglo', que no están sometidos a regla) a los que capitanea un deán o, a veces, un prior o abad. En ocasiones, los canónigos eran regulares –estaban sometidos a una regla, la de San Agustín, sobre todo– lo que se tradujo en la existencia de un claustro adjunto a la Iglesia.

Las más de las veces las colegiatas nacieron para significar poblaciones de cierto relieve que no iban a alcanzar la condición catedralicia y a lo largo de la historia hubo más de cien en nuestra tierra, aunque no todas tenían la misma entidad ni el mismo número de canónigos a su servicio. Muchas de ellas han sido declaradas Monumento Nacional y, como casi siempre, la selección no es fácil: Aínsa (románica con claustro gótico); Alcañiz (de impresionante barroco); Alquézar (gótico tardío); Bolea (con excepcional retablo de pintura gótica); Borja (con predomino del mudéjar); las tres de Calatayud: Santa María la Mayor (torre y claustro mudéjares y portada plateresca), Santo Sepulcro (claustro mudéjar) y Santa María de la Peña (mezcla de mudéjar y neoclásico);

Caspe (gótica, sede del Compromiso); Daroca (mezcla de románico, gótico y renacimiento, sede de unos Corporales); Ejea (El Salvador, románica con torres góticas); Épila (impresionante mole barroca); Montalbán (gótico-mudéjar); Mora de Rubielos (gótica, de grandiosa nave única), Rubielos de Mora (manierista y un retablo magnífico); Uncastillo (Santa María, ejemplo de románico con claustro gótico-renacentista); y Valderrobres (gótica, a la sombra del castillo-palacio episcopal). Actualmente todas son ex colegiatas.

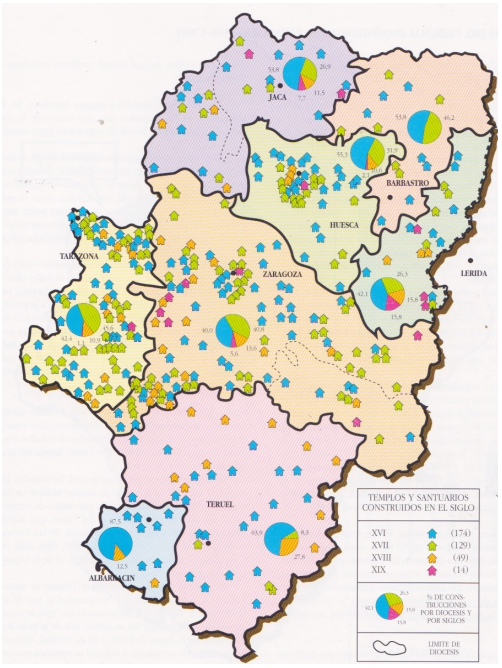
Ex colegiata de Alquézar.

El Aragón actual formó parte, junto con otras tierras, del 'convento jurídico caesaraugustano' de Augusto. En parte de ese espacio administrativo romano acabaría asentándose Aragón y dentro de los que siglos después serían los límites aragoneses, el papado romano instituyó cuatro catedrales y sus diócesis: Huesca, Zaragoza, Tarazona y Lérida, sí, Lérida. Con la conquista musulmana las cuatro se esfumaron hasta que sucesivamente fueron rescatadas –reconquistadas– y restauradas en 1096, 1118, 1119 y 1149, respectivamente. Mientras Soria y Sigüenza conquistadas por el Batallador pronto pasaron a Castilla, Jaca y Roda/Barbastro surgieron transitoriamente hasta que Huesca y Lérida se reconquistaran.

Las disputas fueron constantes tanto entre las propias diócesis entre sí como entre los distintos entes políticos porque los límites religiosos y políticos no coincidían, ni coinciden todavía. Pero tenemos que abreviar y solo haremos referencia a dos de esos hechos curiosos que la Historia nos depara de cuando en cuando: la creación de la diócesis de Albarracín y la segregación de Lérida.

– El nacimiento de la sede albarracinense fue fruto de una trama urdida por un hombre espabilado, Pedro Ruiz de Azagra. Celoso de la independencia de su señorío, logró convencer a Roma de que Albarracín era la antigua *Arcavica* y en 1170 le crearon una catedral y una diócesis a medida.

– La reconquista de Lérida fue encomendada reiteradamente por el Papa al rey aragonés de lo que existen documentos incontestables de 1083, 1093, 1100, 1101. Y así fue: Lérida fue tomada en nombre de Aragón. Y aragoneses se proclamaron los ilerdenses en repetidas ocasiones (documentos de 1202, 1228, 1246, 1255, 1260, 1262) incluidas reuniones de Cortes de Aragón a las que asistían. Pero debió de ser tal el erre que erre emitido desde Barcelona –el historiador catalán Ferrán Soldevila cree que hasta se debió crear una canción de gesta al respecto– que en 1283 los ilerdenses se presentaron en las Cortes de Cataluña. Alea iacta est, hasta hoy. Una buena parte de tierras aragonesas y un legado patrimonial importante pasaron a depender de un obispo catalán que tenía su sede en Lérida y ya sabemos cómo está aún el asunto.



Por fin para mejor defenderse de los moriscos y de los postulados reformistas que se impusieron en la Europa de XVI, Felipe II y la Iglesia tomaron la decisión de crear nuevas diócesis: a las ya existentes (Zaragoza, Huesca, Tarazona, ALBARRACÍN y el mordisco de Lérida) se añadieron las de Jaca (1571), Barbastro (1571) y Teruel (1577). Jaca y Barbastro a costa de la de Huesca y Teruel empequeñeciendo considerablemente la de Zaragoza.

Y llegamos ya al Concordato de 1851 firmado entre Isabel II, reina de España, y Pío IX, papa de Roma. Nos interesan dos artículos: el 31.5 y el 32. Por el 31.5: *"Las Catedrales de las Sillas episcopales que se agreguen a otra en virtud de las disposiciones del presente Concordato se conservarán como Colegiatas";* por el 32: *"El Cabildo de las Colegiatas se compondrá de un Abad Presidente, que tendrá aneja la cura de almas, sin más autoridad o jurisdicción que la directiva y económica de su Iglesia y Cabildo; de dos Canónigos de oficio con los títulos de Magistral y Doctoral, y de ocho Canónigos de gracia. Habrá además seis Beneficiados o Capellanes asistentes".* Pero en el caso de Albarracín, dejó su jurisdicción bajo la tutela del obispo de Teruel como 'Administrador Apostólico de Albarracín', no como obispo. La situación era confusa, ambigua, hasta que Juan Pablo II, ya en 1984, mediante la bula "*Cum nostrum*", estableció la unión, en igualdad de importancia, de las diócesis de Teruel y Albarracín. Si vamos buscando cosas únicas, distintas y extraordinarias, hemos acertado con nuestro viaje.

Naturalmente que merece la pena entrar a visitar el templo de Santa María, que ha sufrido varias modificaciones y rehabilitaciones a lo largo del tiempo, la última de ellas este mismo siglo XXI. El edificio no carece en absoluto de valor, pero es que en su interior podemos encontrar bienes patrimoniales de primer orden: coro, retablos, busto relicario, cáliz, órgano, sillería o magníficos tapices, amén de un interesante museo diocesano y una biblioteca de prestigio.

Todo lo que atesora Santa María ya es mucho, pero si tenemos en cuenta el resto de Albarracín nos hallamos ante la decimotercera población de Aragón por la acumulación y valor de su patrimonio. Desde la foz del Guadalaviar hasta el castillo y sus murallas; sus portales y soportales; el arte rupestre cercano y el acueducto romano; fuentes, lavadero, noria; la mucha rejería repartida por su calles; hay hospital y arnales varios; el

palacio episcopal y la casa de la comunidad; la población toda, una de las más bonitas no solo de Aragón, sino de España. Es tan bonita que nos gustaría acabar con una leyenda, por si estamos en condiciones de experimentar lo que narra. Es de noche, hay luna llena y nos hallamos expectantes junto en al torreón de doña Blanca.

"Blanca, toda bondad y sencillez, hermana menor del príncipe heredero de Aragón, vióse impulsada al exilio por los celos de su cuñada, que pronto sería reina de los aragoneses. Con gran pesar, doña Blanca tuvo que emprender, acompañada por su escaso séquito, el camino que llevaba al destierro castellano, atravesando para ello las tierras del señorío independiente de Albarracín, donde sus señores le brindaron hospitalidad. Aceptó la princesa, y todo el pueblo arremolinado en las calles fue testigo de la llegada de la comitiva que acompañaba a la princesa aragonesa en su recorrido por las calles empedradas hasta llegar al palacio de los Azagra, que iban a ser sus anfitriones.

Poco a poco fueron pasando los días. Todos, mayores y menudos, deseaban y esperaban volver a ver a doña Blanca por las calles de Albarracín, pero el sol y la luna se sucedían ininterrumpidamente sin que la princesa fuera vista de nuevo por nadie. El séquito que la acompañara regresó a la corte aragonesa. De Blanca no se supo nada.

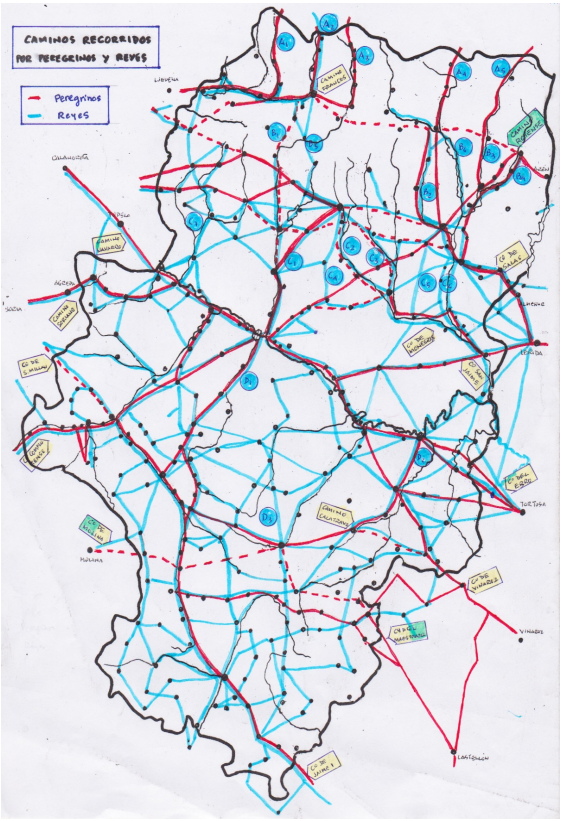
Comenzó el pueblo a pensar que la desdichada princesa podía haber muerto de pena y que su cuerpo joven habría sido enterrado en la torre que, desde entonces, pasó a llamarse como ella. El silencio más absoluto se hizo en torno a la suerte corrida por la princesa aragonesa. Pero el misterio comenzó pronto a desvelarse y se desvela aún cada plenilunio, cuando la campana próxima a la torre desgrana los doce sones de la medianoche. Entonces, las gentes de Albarracín ven salir de su torre de piedra una sombra clara, figura de mujer y holgadas vestiduras, que lentamente desciende, roca a roca, hasta los huertos y el río, para bañarse en aguas claras del Guadalaviar. Luego, al cabo de un rato, la sombra se desvanece hasta el nuevo plenilunio. Se trata, sin duda, de la sombra de doña Blanca, la princesa que debió morir de pena en su exilio a causa de unos celos cortesanos".

21. SALAS, SANTUARIO UNIVERSAL

Durante muchos años nos dedicamos a estudiar el fenómeno peregrino en Aragón entre los siglos XI al XVIII, ambos inclusive. Aparte de considerar, cómo no, los escasos testimonios de 'peregrinos' acomodados y letrados, con secretarios particulares, que aportan muy poco al conocimiento del fenómeno, comenzamos por localizar el mayor número posible de auténticos romeros para ver qué nos decían. Hay que tener en cuenta que los miles de páginas escritas hasta entonces lo habían sido con menos de treinta testimonios de peregrinos y nosotros llegamos a alcanzar más de dos mil quinientos que hablan por los codos. Solo entonces comenzamos a analizar todos los ingredientes.

Para hacernos una idea del hallazgo veamos solo siete ejemplos. Unos, Pedro e Isabel, nos dicen que vendieron tierras en Zaragoza para poder hacer el viaje a Jerusalén (1135); otro, Pedro Maza de Sangarrén, da dinero para que vayan en su nombre varios hombres a Santiago y a Rocamadour (1209); por su parte, Pedro IV, que está en Sarrión, da un salvoconducto a dos portugueses (Esteban Pérez de Bramana y su acompañante) que quieren ir a Asís para que regresen a Portugal pues los habitantes de la zona los quieren matar porque los consideran responsables del envenenamiento de las aguas y, por lo tanto, de la peste (1348); el alcaide de Sos da dinero a su hija y yerno para que lleven en peregrinación a su nieta a Montserrat (1442); el catalán Gabriel Reixach, cuando iba a Santiago, se puso enfermo en Ayerbe y falleció con apenas unos reales en la bolsa (1600); el cura de Alagón bautizó al hijo de una peregrina flamenca al que le puso del nombre de Pascual (1602); el gallego Joseph Fernández era un peregrino que regresaba de Roma, pero se puso malo en Sariñena y falleció (1742), etc. La lista es interminable e incluso divertida, pero hay que seguir.

Aquello era la locura: eran cientos de peregrinos, caminaban en todas las direcciones, los puntos de salida eran casi infinitos y unos pocos los de destino, pero teniendo en cuenta que prácticamente todos eran de herradura, ¿por qué caminos iban? Peregrinando encontramos merceros, taberneros, cirujanos, libreros, barberos, estudiantes, mercaderes, escuderos, agricultores, pintores, pobres, cordoneros, coperos, alguaciles y un etcétera larguísimo, mas ninguno nos dejó su itinerario.



Pero una mañana –¡eureka!– caímos en la cuenta de que los reyes también viajaban y mucho con sus cortes itinerantes, dejando huella escrita mediante miles de documentos firmados a lo largo de la caminata regia. Como solo se habían reconstruido tres o cuatro itinerarios reales, hubo que dedicar varios meses a hacer lo mismo con todos los demás monarcas hasta alcanzar los veintiuno, incluidos los del siglo XVI.

Teóricamente serían los caminos mejores, los más seguros, con menores dificultades, los mejor dotados de todo tipo de servicios como diríamos hoy. Pero ¿eran estos los caminos que colmaban las aspiraciones de los peregrinos? Hay que tener en cuenta que los romeros son personas algo raras, especiales, que la mayor parte de las veces hacen la caminata para cumplir condenas, expiar pecados, merecer perdones, hacer méritos para ganar la gloria celestial, beneficiarse del contacto reparador de reliquias y cuerpos santos, captar indulgencias que acortan estancias en el Purgatorio, etc.

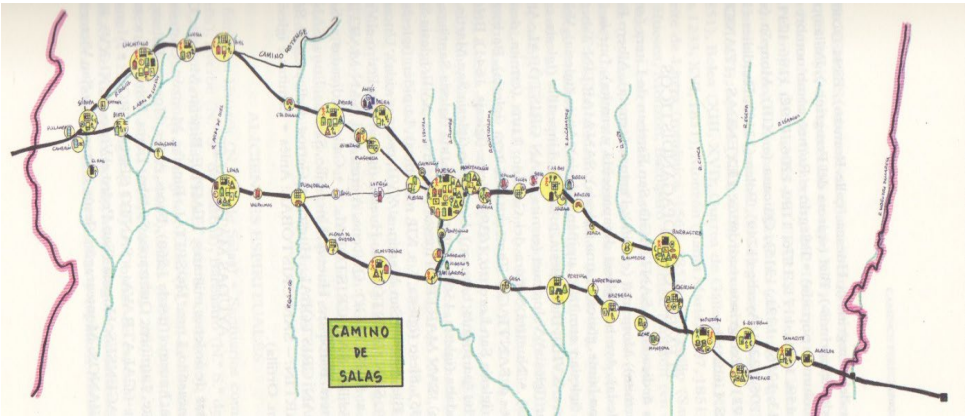
Llegados a este momento, hasta darlos por buenos o no, estos caminos tenían que someterse a tres duras pruebas de confirmación.

–Por un lado, ¿contenían la propaganda precisa, el toro de Osborne del momento? ¿Había iglesias o ermitas de los santos de referencia romeros, entre ellos san Martín, Santiago y san Cristóbal? ¿De Nuestra Señora del Camino y, desde el siglo XVI, de Nuestra Señora del Pilar?

–En segundo lugar, ¿contaban con apoyos materiales para los peregrinos? Los más importantes se cifraban en la existencia de órdenes militares, monasterios, limosnas, cofradías, hospederías, ventas y posadas, puentes, hospitales y disposiciones legales amparándolos.

–Por último, ¿encontrarían en el camino elegido los atractivos espirituales más buscados? Nos estamos refiriendo a santuarios famosos, indulgencias, objetos de especial devoción (Cristos milagrosos, reliquias, corporales), lugares cuna de milagros imán, tumbas de santos.

Tras largas comprobaciones, el resultado fue meridiano: estábamos ante uno de los caminos más nítidos e importantes de peregrinaje que además coincidía con la ruta natural entre Barcelona y el norte de España desde época romana hasta la creación de las provincias en 1833, ruta peregrina a la que dimos en llamar ‘Camino de Salas? ¿Por qué?.



En medio de este camino estuvo durante muchos siglos uno de los tres santuarios de fama universal que hubo en Aragón, junto a San Juan de la Peña (desde el siglo XII) y el Pilar de Zaragoza (desde el siglo XVI).

El origen de Salas, como casi todas las cosas que acaban siendo grandes, muy modesto. La ermita oscense –nacida para albergar a la milagrera imagen románico-gótica del pueblo de Salas Altas– ya la amplió y mejoró la reina doña Sancha, la fundadora de Sigena, en 1200. Su hijo, el rey Pedro II, también se refiere a varios de sus hechos portentosos cuando en 1212 le hace varias donaciones. En el siglo XIII, es tal la afluencia de peregrinos a Salas que Jaime I, que también había rezado ante Nuestra Señora en 1224, firmaba en un documento en 1250 por el que concedía su protección y amparo a cuantos peregrinos fueran a Salas, documento ratificado por Jaime II ochenta años después. Pero es que hasta el rey castellano Alfonso X el Sabio dedicó a la Virgen oscense veintidós de sus famosas cantigas narrando otros tantos milagros.

El summum tiene lugar ya en el siglo XIV, cuando la gran devoción que Pedro IV sentía por la virgen oscense motivó nada menos, como dice el pergamino pertinente, el nacimiento de la primera universidad aragonesa en Huesca. Mas si los reyes aragoneses y el castellano citado le dedicaron tanta atención, no fueron menos los Papas, pues, por un documento del año 1419, sabemos que varios de ellos (Inocencio III, Nicolás III o Inocencio IV, por ejemplo) concedieron –¡agarrarse|– hasta un año y cuarenta días de indulgencia a quienes la fueran a visitar, lo que sin duda motivó un desvío más o menos largo a quienes iban de peregrinación a otras metas.

En el siglo XVI, hubo que recomponer y ampliar la hospedería a causa de la gran afluencia de romeros, pero la crisis del Camino Francés, por el que dejaron de pasar peregrinos durante más de un siglo, redujo considerablemente

la afluencia por el Camino de Salas durante el siglo XVII y, aunque en el siguiente aún se vieron peregrinos por Huesca, con la desamortización del XIX el santuario universal se trocó en local. Pero durante algo más de quinientos años Salas era conocido en todo el mundo. Por eso lo hemos ido a ver nosotros, por ser algo excepcional.

Hasta gentes de otras religiones acudieron a pedir su ayuda, eso es lo que nos quiere decir la leyenda siguiente:

"En Borja, como en tantos otros lugares de Aragón, convivieron cristianos y moros tras la reconquista. Cada comunidad tenía, como es lógico, sus propias costumbres y tradiciones fruto de la distinta concepción de la vida y de la muerte, mas, con la excepción de aislados y contados casos, la coexistencia solía ser pacífica y el trato entre unos y otros natural.

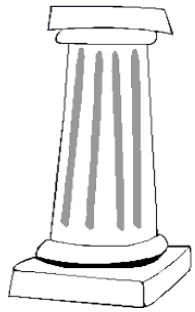
En el seno de la comunidad mudéjar de Borja, una madre vio cómo su hijo de corta edad enfermaba, sin que los físicos o médicos borjanos ni de los pueblos de alrededor hallaran remedio a su mal. La salud del niño fue agravándose poco a poco hasta acabar muriendo. Es de imaginar el desconsuelo de la madre y las escenas de dolor inmenso a que el fatal desenlace dio lugar.

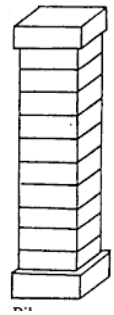
La desconsolada mora borjana, en sus constantes idas y venidas diarias a la fuente, había oído hablar a unas amigas cristianas que existía en las afueras de la ciudad de Huesca una imagen milagrosa de la Virgen de la que contaban historias inverosímiles. Las amigas las llamaban milagros y, aunque la agarena no entendía cómo pudieran ser posible aquellos hechos tan fantásticos, decidió llevar a su hijo muerto hasta Huesca para pedir por él a la Virgen de sus amigas. Cuando con cierto recelo les contó a sus vecinas musulmanas qué era lo que pretendía hacer, oyóse de todo, pero no cejó en su empeño y se encaminó a Huesca, mejor dicho, a las afueras de Huesca, puesto que la ermita de la Virgen estaba situada en las huertas aledañas a la ciudad. Allí supo que se llamaba Nuestra Señora de Salas. Tras un penoso viaje, llegó al santuario oscense y rogó a la Virgen por su hijo muerto desde su fe distinta, pero con el corazón limpio y fue escuchada. El pequeño morico jugaba ya antes de que la madre saliera del templo.

Volvió a Borja y narró en la fuente todo lo que había sucedido mientras el niño correteaba con otros niños. Sus vecinas moras callaron, pero jamás le perdonaron. No se hizo por ello cristiana, pero desde entonces comprendió que sentía lo que las madres cristianas sentían".

Ha finalizado la parte excepcional del viaje y ahora, paseando por las huertas que rodean, regresamos a Huesca donde esperan los coches. La excursión no ha terminado porque estamos en la segunda población aragonesa por el número y valor de su patrimonio. Casi nada. Y además hay que comer… Para ello hasta tenemos estrellas Michelín.

22. EL PRIMER RETRATO DE LA VIRGEN DEL PILAR





La imaginación –luego se le llamaría tradición– nos muestra en Zaragoza, junto al río Ebro, a María, la madre de Jesús de Nazaret, una mujer de más de setenta años entonces que acaba de hacer un viaje de miles de kilómetros. Es exactamente el día 2 de enero del año 40. Se nos presenta sola junto a una columna (no un pilar) y ha venido para dos cosas: por un lado, para animar al apóstol Santiago que está desesperado por el poco caso que le hacen en su afán evangelizador; en segundo lugar, para que a partir de aquella columna (no pilar) construya un templo en su nombre. Luego debió marcharse pues no se sabe nada más de ella.

El silencio más absoluto se cierne sobre el encuentro del año 40 entre María y Santiago durante varios siglos; nadie dice nada hasta que en el siglo IV, fuera de nuestro país, un tal Dídimo el Ciego haga referencia a él. En la Península, tendrá que llegar el siglo VII para que en una obra titulada *Comentarios al profeta Nahum*, atribuida a san Julián de Toledo, se cite el encuentro; luego hay algunas citas más en el siglo VIII. Absolutamente nada nos dicen los cultos obispos zaragozanos Máximo, Juan de Zaragoza, san Braulio y Tajón (siglo VII) con lo que hubieran presumido de que la Virgen en persona hubiera estado en su Zaragoza. Luego, la toma de la ciudad por los musulmanes adormeció la vida de los cristianos –'mozárabes'– entre 714 y 1118, durante más de cuatrocientos años.

Por otra parte, en el siglo IX, salta el notición de que en Iria Flavia se ha descubierto el sepulcro del segundo protagonista, de Santiago, noticia espectacular que sospechosamente silencian dos crónicas oficiales coetáneas, la *Crónica de Alfonso III* de Asturias (que gobierna en Iria Flavia) y la Albeldense, muy probablemente escrita en la capital del reino, Oviedo. Y tenían motivo para callar. Que en la catedral de Santiago no hay ninguna tumba del Apóstol está escrito en el informe sobre las exhaustivas excavaciones llevadas a cabo en los sótanos catedralicios muy avanzado el siglo XX. Personalmente se lo oímos decir al director eclesiástico de las mismas, el entonces canónigo santiagués y luego obispo de Cuenca, Guerra Campos, en una visita realizada in situ. "*–Don Antonio, aquí no ha aparecido tumba alguna; lo más interesante han sido los restos de un templete dedicado a Júpiter".* Y monseñor no era precisamente sospechoso…

Lo cierto es que algún tiempo después, las maquinaciones del arzobispo Gelmírez y la política peregrina de los benedictinos consiguieron que Santiago se convirtiera en el tercer gran centro de peregrinación, tras Jerusalén y Roma, dando lugar a un fenómeno rico desde todos los puntos de vista: económico, artístico, cultural, religioso, literario, legendario, social… Pero dejamos a Santiago de momento y volvemos a María que, por cierto, no se volverán a encontrar hasta el siglo XVII.

Estamos en 1118 y Alfonso I ha tomado Zaragoza a los musulmanes. Una de las primeras medidas de su política consiste en adaptar la mezquita mayor y convertirla en catedral: será la seo de San Salvador. Además, mal que bien ha llegado viva una pequeña iglesita llamada de Santa María con apenas vida para atender a la menguadísima cantidad de mozárabes sobrevivientes. Se le denomina "Sancta Maria", Sancta Maria la Maior" o "Sancta Maria Caesarauguste". Así nos aparece citada en 1124, 1145, 1148, 1159, 1165, 1168, 1170, 1174, 1175, 1177, 1178, 1181, 1182, 1187, 1190, 1191, 1192, 1193, 1194, 1196, 1197, 1199, 1200, 1201, 1212, 1227, 1228, 1229, 1235, 1241, 1242, 1243, 1246, 1258, 1261, 1265, 1266, 1281, 1283, 1285, 1287, 1288, 1295, 1299, 1312 (inventario de sus bienes), 1321, 1324, 1328, 1339, 1344, 1356, 1358, 1360, 1362, 1366, 1368, 1380, 1394, 1395,1396, 1397, 1398, 1399, 1400, 1401,1402, 1403, 1404, 1405, 1406, 1407, 1408, 1409, 1410, 1411, 1412, 1413, 1414, 1415, 1420, 1421, 1433, 1444 (7 veces), 1446, 1459, 1462 (17 veces), 1463, 1467, 1474, 1485, 1489, 1493, 1497.

La misma documentación, a partir de 1399, nos habla de una "capilla de Santa María del Pilar, vulgarmente nuncupata" (nombrada), "capilla y altar de Santa María del Pilar" (1401) o "alias vulgariter dicte del Pilar" (1459), capilla que tal vez estaba en el claustro. El caso es que desde finales del siglo XIV a Santa María la Mayor también se le va denominando como Santa María del Pilar.

Es cierto que desde el siglo XII al XIV cada vez tenemos más peregrinos documentados que atraviesan Zaragoza de paso sin ser ella el foco principal de atención, pero un hecho inesperado la va a convertir en epicentro peregrino: estamos en 1434, la reina navarra doña Blanca se halla al borde de la muerte y se encomienda a la Virgen del Pilar que ya había adquirido cierta fama de milagrera. Una vez recuperada milagrosamente a su juicio viajó a Zaragoza a bombo y platillo para darle gracias a la Virgen, fundando y dotando la primera cofradía. Esta visita fue el detonante.

En ese mismo año de 1434, un incendio malmete buena parte de la iglesia románica y, aunque sigue usándose, se comienza la construcción de un nuevo templo gótico-mudéjar que se inauguró en 1515. Mientras esto sucede, hacia 1440 se decide encargar la talla de una imagen nueva, la que actualmente es venerada, que pasa a ocupar el sitio de honor del nuevo templo.

En 1456, Calixto III firma la primera bula papal en la que se describe prolijamente la tradición del encuentro entre María y Santiago hacía nada menos que 1416 años. Naturalmente tal circunstancia se difunde por todos los rincones a bombo y platillo y Zaragoza y la Virgen son conocidos ya en toda la Cristiandad. Pero para verla hay que venir a Zaragoza y eso es lo que ocurre, de modo que el Camino de San Jaime se llena de peregrinos durante los siglos XVI al XVIII.

Muchos de ellos sabemos cómo se llaman y quiénes son.

Hasta en Santiago acaban acordándose de ella en el siglo XVII pues la vemos aparecer en los monasterios de Santa Clara y de San Martino Pinaro ya que a la catedral no llegará hasta el XVIII en una de las cajas del órgano.

Pero ¿tenemos constancia de cuándo se le hace el primer retrato? Pues sí, y nosotros vamos a ir a verlo.

Nos adentramos en el túnel del tiempo y nos vamos al año 1497. La remodelación de la fábrica de la preciosa catedral de Tarazona no está terminada, pero se encuentra muy avanzada. Se piensa ya en ir revistiendo las muchas capillas abiertas, entre ellas la dedicada a Santiago lo cual no es extraño pues por Tarazona atraviesa un importante camino peregrino. El pintor Pedro Díaz de Oviedo acaba de finalizar el retablo que va a presidir la capilla del Apóstol. Así vio este momento la historiadora del arte María Carmen Lacarra:

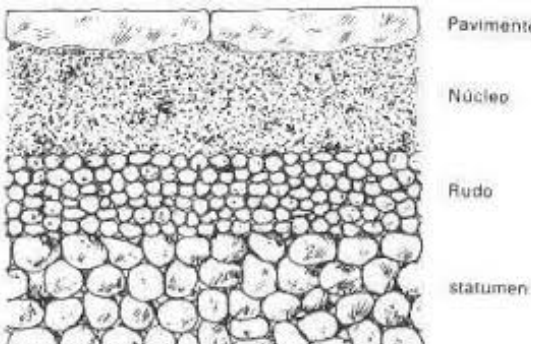
"*No sería la única vez que actuaría en la catedral turiasonense el citado pintor, ya que, algunos años más tarde, el Arcediano don Antonio Muñoz le encomendaba la realización del retablo de Santiago, para la capilla de dicha advocación situada en la nave del evangelio, obra que se concluyó, según dice la inscripción pintada en su basamento, en julio de 1497. Este retablo, de extraordinario interés artístico, nos permite apreciar el estilo de Pedro Díaz de Oviedo (doc. 1487-1510), pintor del que se desconoce su lugar de origen y formación, aún cuando, estilísticamente se la haya relacionado con pintores aragoneses y castellanos contemporáneos suyos, entre los que destaca por su fuerte personalidad al interpretar los modelos del naturalismo flamenco. El retablo es de carácter mixto, escultura y pintura sobre tabla, aplicada al óleo, con abundancia de oros tanto en la imaginería como en los nimbos y atavíos de los personajes sagrados. En el banco hay seis tablas separadas por un sagrario poligonal que sirve de repisa a la talla del titular que ocupa la hornacina central del cuerpo del retablo. A cada lado de ésta hay sendas calles, de dos pisos cada una, con escenas de la Leyenda de Santiago el Mayor, entre las que destaca, por su originalidad iconográfica, la superior del lateral derecho con la Venida de la Virgen a Zaragoza sobre el Pilar ante Santiago y los convertidos…".*

Para la historiadora, destaca “por su originalidad iconográfica” la escena “con la Venida de la Virgen a Zaragoza sobre el Pilar ante Santiago y los convertidos”. No es extrañar pues a nuestro juicio es la primera vez que se representa la talla de la Virgen que luce en Santa María la Mayor de Zaragoza. Su primer retrato. Un retablo muy bonito sin más, se acaba de convertir en un documento único y nosotros lo hemos visto.

No obstante, si a alguien le pareciera esto algo baladí, no se preocupe que no habrá perdido el tiempo. A nuestro juicio se halla en la quinta población más cotizada de Aragón por el número y valor de sus bienes patrimoniales, algunos de los cuales alcanzan la mayor puntuación posible, como la catedral y, dentro de ella, además, su claustro mudéjar y el retablo de Pérez Calvillo; los incunables de la biblioteca y las miniaturas que atesora la biblioteca catedralicia; la plaza de toros Vieja; el relieve historiado renacentista de la fachada del Ayuntamiento; el teatro de Bellas Artes, modernista él; y lástima que no pueda asistir –porque no será posiblemente el día adecuado– a una tradición de gran renombre, el Cipotegato, aunque lo podrá ver enhiesto él delante del Ayuntamiento.

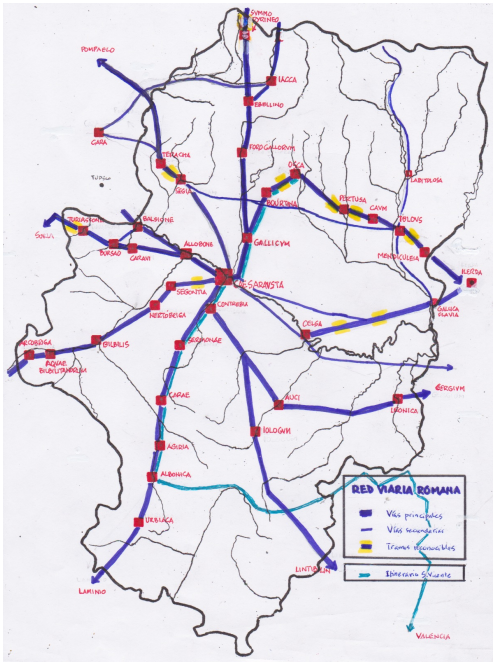
Aún pasarían algunos años antes de que pintores y escultores emularan a Pedro Díaz de Oviedo. Ah, por fin en la catedral de Santiago se volvieron a encontrar María, madre de Jesús de Nazaret, y Santiago, ahora satisfecho. Estamos ya en el siglo XVIII y han decidido hacer una copia exacta de la imagen de Zaragoza. Pero ahora va más gente a Zaragoza que a la antigua Iria Flavia.

23. ¿PASEAMOS POR UNA CALZADA ROMANA?



Aunque nuestras calles, escaparates, pantallas de televisión o periódicos están llenos de 'black Friday', "fake news", "Halloween", "online" o "coach" es imposible negar que nuestra impronta y raíz tienen origen romano. Desde el momento mismo de la conquista armada, la administración romana puso en marcha el mecanismo integrador de los pueblos hispanos dando lugar a lo que se conoce como romanización. Variados fueron los instrumentos de los que se valieron para ello –idioma latino, la moneda, el ejército, la administración o la religión entre otros– algunos de los cuales aún perduran entre nosotros, evolucionados, claro, porque han pasado veinte siglos más o menos.

Aún se dibujan bajo la modernidad trazados de viejas ciudades romanas que son buscados por los curiosos y turistas que todavía les gusta recorrer el 'cardo' y el 'documano'; la mayor parte de nuestros esquemas mentales, jurídicos y religiosos fueron transmitidos a través del Cristianismo y todavía los llevamos puestos. Hablar en gallego, castellano, aragonés o catalán es hablar latín adaptado a escenarios y tiempos distintos; el mapa actual de las carreteras hispanas es un calco del mapa de las vías de comunicación romanas con las modificaciones que las nuevas tecnologías han propiciado, y de estas vías de comunicación vamos a hablar.



Hoy vamos a ver y a andar por una calzada romana. ¡Ah! Y los más valientes del grupo –mientras los demás esperan ingiriendo una tortilla de patata cocinada por la abuelita– ascenderán a un puerto romano de montaña. Para ello nos vamos a retrotraer al momento en el que el actual Aragón, que aún no existía como tal, formaba parte de la provincia romana Tarraconense y constituía una circunscripción administrativa más pequeña, un 'convento jurídico', el Caesaraugustano. Caesaraugusta, dada su importancia estratégica, era su epicentro y a ella iban a confluir calzadas que llevaban a todas las direcciones de Hispania. Como la retícula de calzadas es inmensa, solo mostramos las más importantes, las principales, siguiendo el

estudio de Mª Ángeles Magallón, *La red viaria romana en Aragón;* únicamente nos hemos permitido añadir el camino por el que obligaron a caminar a San Vicente desde Osca hasta su lugar de martirio, Valencia. Es una calzada romana, testimoniada incluso por varios topónimos 'calzada' actuales a lo largo de su recorrido.

La triste realidad es que casi toda esta riqueza quedó prácticamente borrada durante ese largo paréntesis llamado 'reconquista' llegando la penuria y el abandono hasta muy avanzado el siglo XVIII, sí, siglo XVIII, de modo que reyes, nobles, cardenales, ricachones, comerciantes, viajeros en general y peregrinos, excepto en contados trayectos de terreno llano que pudieron utilizar carruajes de ruedas, tuvieron que caminar a pie o cabalgar sobre asnos, caballos o mulos.

Espigando entre muchos más ejemplos, veamos solamente tres testimonios de cómo estaban los caminos en una tierra que había tenido una red de calzadas modélica, de la que no quedaba nada en condiciones. León Rosmithal, entre 1465-67, habla del camino, y dice cosas como esta: "Saliendo de la ciudad [de Calatayud] entramos a poco en unos montes muy ásperos, por donde anduvimos cuatro días antes de salir al llano. De Calatayud hay cinco millas de camino a La Almunia", es decir que se perdieron varios días por la zona de El Frasno.

En el siglo XVII, Aubry de la Motraye nos narra de la necesidad de llevar "buenos caballos, o mejor, mulas, que son las monturas más corrientes en este país… por ser más seguras para las montañas y los desfiladeros que allí se encuentran frecuentemente". En 1755, tres siglos después, el religioso italiano Norberto Caimo al transitar también entre La Almunia y Calatayud se lamenta de que se vio "obligado a pasar por montañas escarpadas e impracticables hasta para las mulas, me vi forzado a echar pie a tierra y arrastrarme como pude hasta la bajada". ¿Qué había sido de las calzadas?

El tema de las calzadas nos pareció tan apasionante que hace casi cincuenta años, o sea, en nuestra juventud primera, estudiamos unos topónimos numerales en torno a Zaragoza (Cuarte, Quinto, Sexto, Séptimo y Utebo) y Huesca (Tierz, Cuarte, Quinto, Séptimo y Siétamo, Nueno y Quinzano) que, tras estudiar varias posibilidades, resultaron ser miliarios de calzada y algunos habían cristalizado en poblaciones actuales.

La calzada a su paso por Tolous. (Foto: J. L. Acín).

Pero volvamos al mapa de las calzadas. Se observará que en algunas partes del trazado aparecen cortos trayectos señalados de amarillo porque en esas zonas todavía pueden verse fragmentos más o menos claros de calzada. La más rica vía en este tipo de testimonios es la de Osca a Ilerda por la zona de Pertusa y Tolous (Monzón), pero se pueden ver también, aparte de en otros muchos lugares no citados, cerca de Segia (Ejea), de Turiasone (Tarazona) o de Celsa (Velilla de Ebro), pero los más amplios, con mayores obras y el paso de un puerto de montaña incluido, el de Palo, se encuentra

en la vía de Zaragoza a Pau, ya en Francia. Por eso nos vamos a ir a Siresa. Pero esta ruta y el camino subsiguiente han sido cuestionados por Isaac Moreno en *Ingeniería romana en los Caminos de Santiago. III-El camino aragonés.* Cimbra, 359 (Noviembre, 2004). Colegio de Ingenieros Técnicos de Obras Públicas, 18 págs.

A lo insólito de la excursión, se añade en este caso la duda intelectual entre lo que tradicionalmente han considerado muchos investigadores aragoneses, que es un importante calzada romana, y la defensa de que como mucho se trata de un simple camino. Y, por lo tanto, de si el puerto de el Palo, que si que existe, es de una calzada o de un simple camino ganadero. El viaje, por lo tanto, es extraordinario, lo que íbamos buscando.

El viaje de por sí, aunque lejano, ya es bonito. Y además existen lugares para detenerse y disfrutar del paisaje y del patrimonio acumulado, como en Echo y, sobre todo, en Siresa, que ocupa nada menos que el lugar trigésimo primero por el número y valor de su patrimonio.

Respecto a la calzada (o simple camino) buscaremos tres cosas:

– El testimonio epigráfico escrito que se halla en la iglesia del antiguo monasterio de San Pedro de Siresa. Se trata de una lápida, datada nada menos que en el año 383 –tiene, pues, más de mil seiscientos años– en la que se puede leer en latín como un llamado Antonius Maximinus, en nombre del emperador Maximus, reparó la calzada, según dice, por el enorme valor militar que tenía.

– Luego viajaremos un corto trayecto hasta donde se halla la Boca del Infierno, lugar que está perfectamente señalado y explicado. Tras aparcar los coches y subir andando una empinada cuesta, podremos ver la calzada y pasear con cuidado un trecho. Con este trazado se salvaba la angostura de la foz por la que pasan el río y modernamente la carretera.

– Tras admirar el paisaje y dar este histórico paseo, los automóviles nos llevarán a la selva de Oza. Al llegar al primer puente, tomar el camino de la derecha y, tras pasar y admirar el dolmen allí existente, llegar al aparcamiento de La Mina. Aquí hay que tomar decisiones: a) Ascender al puerto del Palo siguiendo las muchas indicaciones existentes, para lo que hay que andar por malos caminos durante dos horas y cuarto; b) Visitar el bello valle de Guarrinza por el que discurre el río Aragón Subordán, viendo más dólmenes, un paisaje idílico, setas en temporada…

Las excesivas dificultades del trazado motivaron la apertura del Puerto de Somport, de modo que desde 1075, con la creación del hospital de Santa Cristina, que pronto se convertiría en el Tercer Hospital de la Cristiandad, la vía del Palo quedó totalmente aletargada. Nosotros la hemos ido a ver inmersa en su sueño profundo.

24. ¿VIVIR BAJO TIERRA?

Para guarecerse de la tormenta recia, del frío y del calor paralizadores, del animal salvaje que busca proteínas como loco y hasta del vecino molesto, el hombre primitivo –que no sabía qué era eso de construir– buscó refugios que le pusieran a salvo de todo ello y no pudo encontrar otros mejores que unas oquedades que le ofrecía la madre Tierra, las cuevas.

Paterna (Valencia).

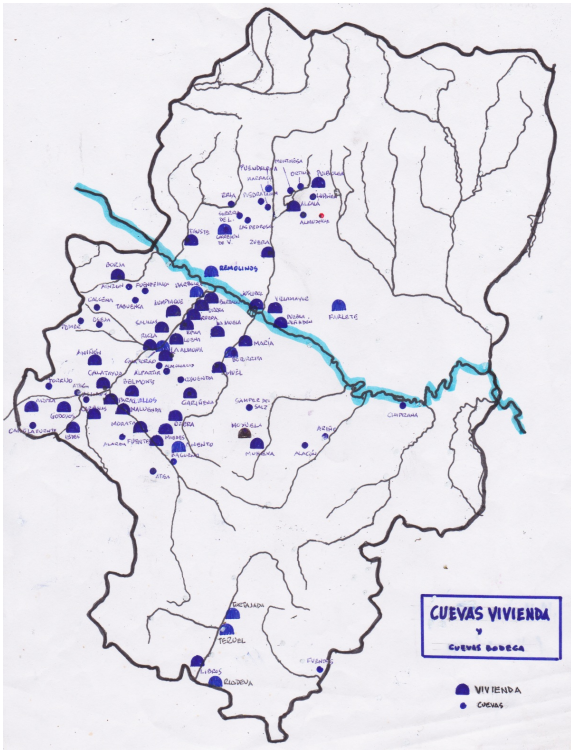
Por otro lado, muchos hombres y mujeres, asqueados del trajín mundano y temerosos de lo qué sería de ellos en el más allá como les habían dicho, se dedicaron a rumiar y a rezar en solitario, alejados de unos y de otras no fuera que les hicieran pecar con su proximidad por palabra, obra u omisión. Se fueron a la montaña, se hicieron anacoretas y vivieron, es un decir, en cuevas.

Aprendió el humano a construir casas –con suelos lisos, paredes verticales y alturas que le permitían dejar de estar agachado que es muy incómodo– pero echó de menos la cueva para algunos menesteres. Como todavía no le habían inventado el frigorífico y observó que la fresquera no le servía del todo, se decidió a conservar el tocino que mató para San Martín y el vino que tanto le costó licuar en una cueva excavada en el tozal del pueblo y le llamó bodega.

También hubo quienes no teniendo dinero suficiente para levantar su propia casa o pagar a otro para hacerlo alquilado en la ajena, decidieron echarse al tozal cercano a la villa y, con mucho trabajo e ilusión ilimitada, horadaron en la tierra habitaciones, cocina, armarios y retrete, agujerearon chimeneas para la cocina, la ventilación y la captación de luz (que también le entraba por ventanales en las salas que le daban a la calle) y nació la cueva-vivienda. Como a otros se les ocurrió por mimetismo la misma idea, nacieron pueblos paralelos, los barrios con casas a la vista y los barrios con casas escondidas.

Como todo tiene sus momentos –algunos les llaman modas– en algunas latitudes las cuevas-vivienda comenzaron a declinar y se abandonaron muchas. No obstante, como a los caracoles, que han pasado de plato de pobres a comida de ricos, las cuevas-vivienda se han convertido ahora para algunos en la llamada segunda vivienda. Incluso en muchos aspectos aventajan a las casas modernas. Sus condiciones climáticas son agradables, suponen un importante ahorro de energía y protección contra incendios, se integran perfectamente en el paisaje pues incluso se puede cultivar encima de ellas, la iluminación es adecuada pues aparte de contar con fachadas de cristal, las cúpulas abiertas en la techumbres hacen que los espacios habitados sean claros y luminosos.

Actualmente, en España aún siguen utilizándose, sobre todo en Andalucía, cuyo Parlamento se ha visto obligado incluso a legislar sobre el asunto de la vivienda troglodita, pues no en vano solo en la provincia de Granada existen más de veinte mil, pero Almería no le va a la zaga. Las hay muy antiguas, pero actualmente se construyen más, como se ha dicho, incorporando los adelantos modernos referidos a instalaciones sanitarias, sistemas de calefacción y refrigeración, etc. Además de en Andalucía, las viviendas troglodítas pueden verse, asimismo, en tierras valencias, catalanas, murcianas, castellanas, canarias y aragonesas. Vamos a referirnos a estas últimas.



El clima extremo que solemos vivir en Aragón que nos lleva de veranos muy calientes a inviernos bastante fríos, unido en ocasiones a la escasez de recursos económicos para adquirir una vivienda estable y a la imaginación humana, llevaron a muchos aragoneses, sobre todo en el medio rural, a construirse se propia vivienda, barata pero saludable, horadando la tierra. En principio, estas cuevas se solían usar como almacenes, bodegas o refugio en tiempos de guerra, pero pronto pasaron a utilizarse como viviendas permanentes. Su construcción es muy sencilla: basta con un pico, una pala, un carretillo, tiempo y un poco de ayuda puesto que están emplazadas en zonas donde abundan las rocas blandas como el yeso, la caliza y la arenisca. Apenas hace falta recurrir al ladrillo, al hormigón, al cemento o a la madera, así acaban siendo muy baratas. Por otra parte, con la llegada de un nuevo hijo todo consistía en excavar otro hueco. Al interesarnos el tema pensando en un trabajo más amplio sobre el patrimonio en Aragón, realizamos un estudio laborioso encaminado a detectar en qué localidades aragonesas habían existido o existen todavía estas viviendas y el resultado quedó plasmado en el mapa adjunto –el mapa de las cuevas-vivienda– que no puede ser más expresivo y apenas necesita comentario alguno: fundamentalmente prima su concentración a lo largo de los ríos Jalón y Jiloca, pero una vez más y ya son muchas, se nota un desequilibrio enorme entre las orillas izquierda y derecha del Ebro que ya hemos detectado en otros viajes.

Como tal vez no se lean los nombres dada la pequeñez del mapa, nos permitimos dar la lista de los lugares localizados, que quizás pudieran ser más. Como es injusto seguir siempre el orden de la A a la Z –realidad que hemos vivido desde niños– los dispondremos al revés, de la Z a la A, primeros los de la orilla izquierda del Ebro y luego los de la derecha.

En la orilla izquierda vemos: Zuera, Villamayor, Tauste, Remolinos, Puibolea, La Puebla de Alfindén, Juslibol, Farlete, Castejón de Valdejasa y Alcalá del Obispo. En la orilla derecha: Urrea de Jalón, Tortajada, Teruel, Salillas de Jalón, Rueda de Jalón, Riodeva, Ricla, Paracuellos de Jiloca, Orera, Muel, Moyuela, Morata de Jiloca, Moneva, Miedes, María, Maluenda, Lumpiaque, Lucena de Jalón, Libros, La Muela, La Almunia de Doña Godina, Ibdes, Godojos, Fuentes de Jiloca, Épila, Cariñena, Carenas, Calatorao, Calatayud, Botorrita, Borja, Belmonte de Gracián, Bardallur, Bárboles, Ariza, Aniñón y Anento.

Existen muchas más cuevas en otras localidades, la mayor parte de ellas dedicadas a la conservación del vino, son bodegas, pero esa es otra cuestión.

Como se puede observar, casi todas estas localidades se hallan ubicadas a la vera de los ríos Ebro, Huerva, Jalón y Jiloca y pronto te das cuenta de que constituyen una de sus señas de identidad en cuanto entras en ellas o simplemente las atraviesas. A duras penas se están conservando, aunque la tendencia últimamente es a hacerlo, en general como segunda residencia de gente que vive en la gran ciudad. Sería una lástima la pérdida de un patrimonio semejante.

Son tan abundantes que ir a cualquiera de estas poblaciones, aunque todas tienen cosas que ver, no tendría nada de extraordinario, ni de único, pero es que además –tras preguntar a los ayuntamientos de varias de esas poblaciones– en ninguna se puede entrar al interior de cueva-vivienda alguna, por lo que el viaje sería un doble sinsentido. ¿Por qué, pues, hemos seguido adelante?

Foto: Hotel.

Nos explicaremos. Cuando en la provincia de Huesca se deciden a construir una cueva-vivienda modernamente, resulta ser un hotel y, además, un buen hotel. El hecho de que sea un hecho extraordinario y único ha podido más que el hecho de que se trate de una propiedad privada, la primera vez que eso ocurre. Así es cada uno decidirá se hace o no el viaje. El caso es que nos encontramos ante un hecho extraordinario en nuestra tierra, la existencia de un hotel-cueva.

El hotel-cueva –que se halla en las afueras de Tardienta, a donde se llega desde la cercana población de San Jorge, en la carretera de Zaragoza a Huesca– tiene sus

habitaciones y comedores bajo tierra, con dos patios a cielo abierto, destacando el mayor que alberga una piscina al aire libre. Podríamos acceder a él incluso con nuestra avioneta privada puesto que se halla junto a un aeródromo activo; y montar en camello, amén de comer puesto que para ello no hace falta estar hospedado, pero sí avisar con antelación.

25. UNA ‘GUARDERÍA’ DESPOBLADA

Es obvio que para que haya un despoblado antes tuvo que haber un poblado, un núcleo habitado por gentes que, además de sobrevivir más o menos normalmente, tuvieron sus expectativas y sus sueños. El poblado en cuestión pudo tener mucha o poca relevancia, pero por una causa u otra comenzó a perder habitantes y luego, poco a poco, se quedó sin cura, sin veterinario, sin secretario, sin maestra y sin vecinos y sus casas, corrales, pajares, iglesia y ermita quedaron a merced de la intemperie. A algunos de estos pueblos aún les cabía la esperanza de tener una segunda vida, pero ya no con habitantes fijos, de toda la vida, sino con visitantes esporádicos a los que se ha dado en llamar turistas. Y así ha sido en algunos casos.

Lo más curioso de este fenómeno muy repetido es que muchos, pero muchos, de los nombres de estos pueblos ahora muertos siguen todavía vivos y no solo en los mapas, sino andando por las calles y plazas de las localidades que los acogieron como emigrantes hace siglos. Nos explicaremos. Al estudiar no hace mucho el origen medieval o no de los apellidos de la Guía Telefónica de Zaragoza de 1995, llegamos a la conclusión irrefutable de que más del 82% son de origen medieval, apareciendo entre ellos los de origen toponímico, de nombres de pueblos. Nuestro caso particular es uno de ellos, incluida una preciosa imagen románica así llamada.

Aragón es rico en pueblos abandonados y rotos con el paso del tiempo. Solo en el siglo XX se estima que se despoblaron para siempre más de ocho pequeñas localidades por año, una barbaridad de desarraigo, sufriéndolo más unas zonas que otras, capitaneando la lista las montañosas pirenaicas frente a las del llano.

Quienes han cumplido algunos años han podido ver morir pueblos ahogados en embalses modernos. Las épocas de sequía dejan ver hoy los esqueletos de unas casas, esconjuraderos e iglesia que tuvieron vida. Podemos ver, asimismo, los destrozos escalofriantes que las bombas de unos u otros les hicieron a Belchite o a Rodén durante la Guerra Civil, aunque los supervivientes fueran acomodados en pueblos nuevos, lo mismo que le ocurrió a Azaila –democracia, unos; dictadura, otros– en el siglo I a. C. a pesar de no existir entonces bombas, aviones ni tanques. La Historia se repite.

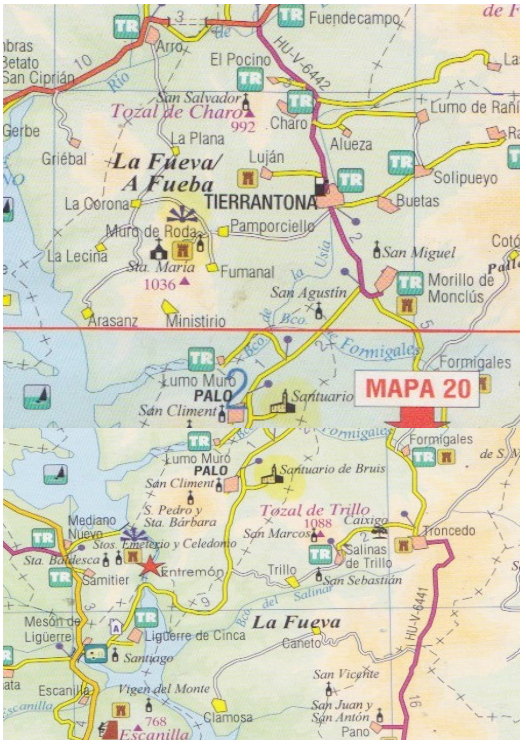
Poblaciones enteras fueron borradas del mapa en los siglos XIV o XVII por pandemias que no se pudieron atajar por falta de conocimientos médicos suficientes; y hasta la beneficiosa mecanización del campo, muy avanzado el siglo XX, produjo mortandades pues la distribución de las escasas tierras cultivables hizo inoperantes las nuevas máquinas, como les pasó, por ejemplo a Botaya y a Montañana aunque esta última población –merced a su bonito entorno, su atractivo casco urbano y la inversión rehabilitadora– se ha convertido en foco de atracción turística. También las crisis económicas o los desastres/catástrofes naturales han cimentado abandonos dolorosos, pero llaman la atención los desarraigos producidos por meras decisiones humanas. Así fallecieron con algunos siglos de diferencia, por ejemplo, Bílbilis y Gil.

Bílbilis –importantísimo núcleo romano situado en el valle del Jalón como atestiguan sus termas, su teatro y su foro– llegó decadente aunque viva a la época de la invasión musulmana. Los nuevos mandamases moros, en lugar de aprovecharse de la ciudad bilbilitana como era lo habitual, la ignoraron y crearon 'ex novo' Calatayud, en la confluencia de dos ríos, en terreno más llano, con posibilidad de mejores comunicaciones y con tierras cultivables. Y ocurrió lo que tenía que suceder: la gente de la vieja población poco a poco se fue yendo a la nueva y Bílbilis se convirtió en reliquia.

Aún recordamos el día en el que con no más de diez años –además de ir a visitar las ruinas del puente romano de Castejón del Puente y tomar un trozo de argamasa para llevarlo a analizar– fuimos también al despoblado de Gil, cuyas ruinas vemos en la foto. Sus restos estaban esparcidos por un pequeño altozano entre Selgua pueblo y Selgua estación, donde vivíamos; murió cuando sus habitantes fueron obligados a abandonarlo hace varios siglos simplemente por ser moriscos, porque las creencias religiosas no oficiales también produjeron desarraigos y no pocos.

A la vista de lo expuesto hasta aquí no tendría sentido alguno proponer un viaje para ver un despoblado porque las causas son variadas, pero se repiten y existen muchos aunque algunos sean esqueletos atractivos. No obstante, tras recorrer de aquí para allá nuestro extenso Aragón buscando esto y aquello, comprobando y confrontando los datos de archivo con la realidad, encontramos un despoblado fruto de una causa diferente y única. Había nacido simplemente para guarecer a los animales y a algunos vecinos de los pueblos circundantes en caso de peligro manifiesto. Era lo que podríamos denominar un pueblo guardería, un hecho que lo convierte en distinto, excepcional, justo lo que andamos buscando

Para verlo hay que viajar a una subcomarca enclavada en el Sobrarbe, un conjunto de bastantes y minúsculos núcleos de población, hoy muchos de ellos abandonados. Se trata de un rincón aragonés peculiar y curioso aunque a simple vista es muy difícil de apreciar.



Como puede verse en el mapa adjunto nos estamos refiriendo a La Fueva, con dos centros aglutinadores: Tierrantona (el administrativo) y el santuario de Bruis (el espiritual), pero La Fueva no son solo casas y humanos que las habitan, es también un sentimiento. Emergiendo de la preciosa hondonada u hoya (la 'fovea') está nuestra meta: Muro de Roda.

La hoya –que en plenos Pirineos fluctúa entre los 620 y los 834 metros de altitud, excepto Troncedo (1008)– no tiene más de 26 núcleos habitados y constituyen un solo municipio, el de La Fueva, con un total de 587 habitantes en 2019. La capital, Tierrantona, apenas llega a los 127. Pero La Fueva constituye una auténtica comunidad en el más estricto sentido de la palabra. Todo debió de comenzar cuando nuestros reyes le asignaron el cometido de zona tapón en un valle tan abierto como es el del Cinca pues hay que tener en cuenta que la cercana Aínsa, la capital del Sobrarbe, está situada a tan solo 569 de altitud.

Para empezar muchos de sus habitantes, con un acendrado carácter independiente, distinto, tienen a gala de expresarse todavía en 'fobano', un dialecto del aragonés, pero les confieren unidad y uniformidad otras muchas cosas. Les proporciona unidad el románico en forma de castillos –Samitier y Muro de Roda (visitables) más los derruidos de Morillo de Monclús, Troncedo y Clamosa– y sus iglesias (Muro, Toledo o Samitier). Son chocantes sus abundantes chimeneas troncocónicas y los enigmáticos callizos de sus pequeñas localidades, destacando las muchas casas fuertes del siglo XVI protegidas por torreones circulares o cuadrangulares entre las que destacan, entre otras, las de Salinas de Trillo, Humo de Rañín, Arasanz, Formigales o Aluján.

Le confiere unidad religiosa al valle la devoción común a Nuestra Señora en su santuario de Bruis, en medio de un escenario paradisiaco de fácil acceso. Su Carnaval, resurgido en 1984 tras las dificultades de todos conocidas, es comunitario, vivido intensamente e itinerante, pues recorre todos los núcleos poblados y actualmente constituye todo un espectáculo para el foráneo. Hasta el equipo de fútbol –la U. D. La Fueva– es también comunitario, del que son socios prácticamente la mitad de la población fovana. Personalmente hemos vivido varias veces esta manifestación aglutinadora acompañando al C. D. Universidad al terreno de juego de Tierrantona, en medio de un paisaje tranquilizador, con la Peña Montañesa –la del monasterio de San Victorián– al

fondo. Un equipo de fútbol que ha militado muchas veces en la Tercera División aragonesa con el que compartimos la alegría de alcanzar un premio importante de la Lotería de Navidad.

Esta curiosa hondonada lo es tanto que hasta tiene su particular y divertido zoo con avestruces, conejos, cerdos vietnamitas, codornices, emús, gallinas de todo tipo, muflones, ocas, perdices o zorros, y a pocos metros de ellos podéis comer-comer en Humo de Muro. Desde allí se puede ir por camino de tierra transitable a nuestro destino final, pero es preferible regresar a la cercana Tierrantona. Desde aquí parte otro camino, también transitable en coche, pero con algunas cuestas y revueltas que requieren prudencia. Al final de la subida, una múltiple y única sorpresa: Muro de Roda, llamado así porque con el tiempo acabó perteneciendo a Roda de Isábena.

Os recibirá una imponente y a la vez sencilla muralla que afortunadamente ha sido rehabilitada. Es el barrio alto de Muro, pero sin casas, porque éstas se hallan en el bajo, un barrio sin casas que enseñorea una iglesia. Nos encontraremos ante un amplio espacio vacío, amurallado por completo. Hemos llegado a lo insólito, a lo extraordinario, a lo único.

En el recinto así preparado se refugiaron en momentos de peligro personas –de ahí la iglesia y la ermita– y los animales que les aseguraban sustento y trabajo, por eso el descampado. Se podría decir que nos hallamos ante una peculiar y única guardería.

Una vez arriba, asimilada la sorpresa, paisajes sin límites. Mires a donde mires, belleza. Casi tocas el cielo y la nube y dominas toda La Fueva; ves castillos ahora minúsculos, y la inconfundible Peña Montañesa; escalofriante es la cortada hacia el río Cinca. Claro que hay que entrar en la iglesia de Santa María de la Asunción y alparcear con cuidado las estancias de la precaria ermita de Santa Bárbara, pero un impulso inevitable te lleva a recorrer el perímetro amurallado haciendo fotografías sin límite con el amigo o la abuela, mientras en el interior de tu cabeza oyes mugidos y balidos apagados. A nuestro juicio no solo nos encontramos en un lugar curioso, sino ante uno de los más bellos lugares de nuestra tierra aragonesa.

Hay regresar con cuidado, aunque la bajada es más llevadera. Cerca de allí, abandonada La Fueva, tenemos muchas otras cosas que ver, porque la excursión puede dar para másde un día. El lunes a nuestros compañeros de trabajo le corroerá la envidia…

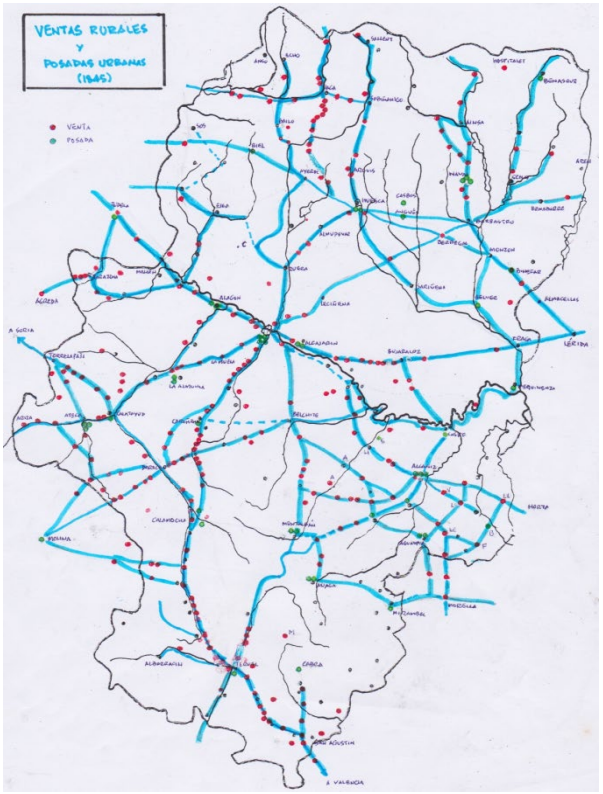
26. UNA MANERA PECULIAR DE CONSTRUIR

Pardina de Rompesacos.

Hasta que no se invente la pastilla sintética para comer, aunque no lo queramos admitir dependeremos del campo en el que crecen las plantas ganadas con trabajo y viven los animales libres o estabulados que huelen mal aunque nos los comemos. ¿Podríamos soportar los urbanitas una huelga general de un año de todos los campesinos? Ellos sobrevivirían con el huertico y el corralico, como hicieron durante siglos, pero sin la pastilla sintética el urbanita sucumbiría. Buena parte de los primeros y segundos platos –y hasta el postre– habría que importarlos y eso es caro. Posiblemente la sociedad se ruralizaría como ya le ocurriera al gran, al único, al poderoso imperio romano y luego, vuelta a empezar.

Hoy nos vamos a adentrar en ese campo, recorriendo pistas y caminos rurales con nuestro coche buscando lo insólito, lo distinto, lo extraordinario como venimos haciendo desde hace un tiempo. Y, recorriendo nuestra tierra en todas las direcciones, en lo primero que nos vamos a fijar es en la casa rural en medio del vacío. Para no hacernos pesados, adelantaremos la conclusión: no existen grandes diferencias excepto en el nombre y muchas de ellas fueron origen de un poblado. Unas se llamaron ‘almunia’, vivienda permanente con tierras de labor, y se perpetuó, por ejemplo, en la almunia de Aisa, o sea, Muniesa; en buena parte del Aragón central se les llama ‘torre’ y quién no ha estado comiendo en la estación férrea de Torre del Compte; podemos hallar algún ‘casal’ aislado y, si es uno poco destartalado, un ‘casalucio’ o ‘casalicio’.

En zonas poco quebradas del Pirineo encontraremos ‘pardinas’, todo un micromundo en el que un poco de todo (monte, cereal, huerta, horno, ganado, corral, caza y hasta cementerio algunas) dio para vivir a no pocas familias; semejantes en casi todo son el ‘mas’, la ‘masía’ o la ‘masada’, muy abundantes y dispersas en las zonas quebradas turolenses, en la Franja e incluso en los Monegros; el ‘castillo’ es una casa grande, con ciertas pretensiones, y se da sobre todo en la hoya y el somontano oscenses, es lo que al sur del Ebro llaman ‘finca’ y, en casos contados ‘cortijo’ o ‘hacienda’. La ‘cabaña’ y el ‘cubilar’ son habitáculos ocasionales, mientras que, por último, las ‘ventas’ –que se encuentran en todo Aragón– desempeñaron un papel primordial entre carreteros, comerciantes, peregrinos y viajeros. Mucha variedad de nombres, pero similitud en la hechura y en las funciones menos las últimas. Nada extraordinario. No hay viaje.



Si descendemos a los pequeños habitáculos de apoyo repartidos por el agro sucede lo mismo. Se llamen borda, corral, barrera, cortecilla o mallata son parecidos en todos los lugares, lo mismo que ocurre con edificios algo más especializados: molinos, neveras, batanes, arnales (aquí viajamos a una excepción en Castejón de Monegros, dada su grandiosidad), almazaras, etc. Está claro que no hay viaje para ver la excepción.

No obstante, al descender al detalle de los materiales y a la manera de disponerlos hallamos un portillo a la esperanza, al viaje. Vamos a verlo y, si es cierto el hallazgo, viajaremos si merece la pena.

En general, las mujeres y los hombres del mundo agrario han utilizado para construir sus casas y edificios accesorios los materiales que le ofrecía el entorno lo cual abarataba el coste final. Así es que madera y tierra (poco usados), tierra cocida al sol (adobe), tierra cocida al horno (ladrillo) y roca (de varias clases, ya en bloques ya en lajas) fueron los materiales más utilizados. Luego había que unir unos materiales con otros y es cuando entraban en acción, según los casos, el yeso, la caliza, la arenisca, la arcilla, la paja, la grava y siempre el agua. Bueno, siempre no, porque en algunas zonas que construían con lajas no amalgamadas las unas a las otras, unas lajas que son piedras grandes no talladas ni esculpidas, lisas, planas y no muy gruesas. Al no unirlas con agua se les llama piedra seca.

Es una técnica constructiva muy vieja que se utiliza desde la Prehistoria y es habitual en el mundo mediterráneo y, por lo tanto en España, pero no en toda ella. La mayor concentración de construcciones de este tipo se halla en Baleares, Castilla-León, Castilla la Mancha, Extremadura, Galicia y una parte de la vertiente mediterránea incluido un trozo de Aragón, aunque entre nosotros podemos verla aisladamente en varios lugares principalmente en la formación de bancales y

terrazas. Abunda y mucho en el Maestrazgo donde su utilización quizás se remonte al siglo XVIII, aunque es durante las centurias XIX y XX (en su primera mitad) cuando más se prodigó hasta transformar un paisaje muy vinculado a la agricultura y ganadería, sobre todo a la trashumante. La Iglesuela del Cid es el epicentro.

Como hemos encontrado lo distinto y además parece ser que en abundancia, vamos a viajar al Maestrazgo lo que todo el mundo sabe que es sinónimo de éxito. Hasta llegar a La Iglesuela, que es la quintaesencia de la piedra seca, nos aguardan paisajes espectaculares y cascos urbanos para recorrer con parsimonia degustando puentes, ermitas, calvarios, murallas, puertas-capilla, aleros, neveras y mil cosas más. Por fin, al llegar a nuestro destino lo habremos hecho a una localidad que, a nuestro juicio, puede ocupar el decimocuarto lugar del ranking aragonés por el número y valor de los bienes patrimoniales acumulados ¡Casi nada! Una vez allí, todo se va descubriendo poco a poco con el simple deambular por sus calles: en la fuente, bebes; en el patio, entras; en el soportal, tomas un café; en la plaza, comentas con los demás lo buenas que estaban las alubias que acabas de comer… Además, todo es calma y sosiego.

Llegado es el momento de ir a ver qué es eso de la 'piedra seca' que nos ha llevado hasta allí, la sorpresa. Ya en la localidad hemos visto algunas paredes construidas así, justamente al pie de la muralla. ¡Sí, nos ha chocado por ser algo curioso! Pero… pensábamos que había sido una solución barata y digna. Además en los alrededores del pueblo hay piedras de estas por doquier… Mas nosotros vamos a ir a ver, vivir y degustar la antología de la piedra seca, vamos a caminar con nuestros coches unos tres kilómetros hasta la ermita de Nuestra Señora del Cid. Contemos por curiosidad las paradas y las fotografías que vamos a hacer en ese corto recorrido y cuánto tiempo nos cuesta. La media, de récord: 2,1 km/hora.

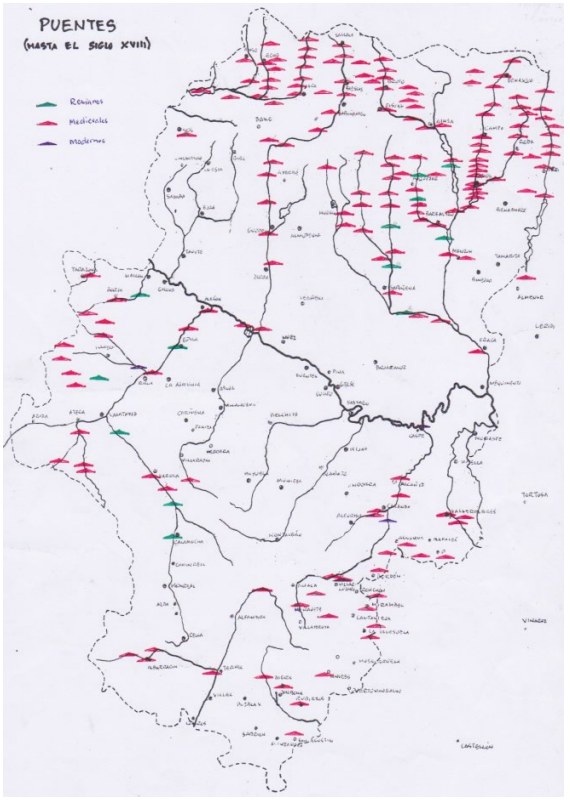
Vamos a ver cosas tan prosaicas como vallas de delimitación de pastos, corrales o propiedades; también construcciones ligadas al agua, entre ellas abrevaderos, lavaderos, pozos, encauzamientos de aguas por la superficie o por el subsuelo, balsas. Son habituales las terrazas o bancales sujetos con lajas unidas en seco; hallaremos

refugios, casetas o chozos para resineros, meleros, pastores y otros, pero también pequeñas casetas empotradas que son refugios de urgencia; además montones de piedras tras limpiar los campos de ellas. De cuando en cuando, un banco nos permitirá descansar. Naturalmente podremos encontrar una noria, caleras, arnales, neveras y mojones que señalizan caminos… Veremos gateras o pequeñas aberturas en las paredes para que pasen cabras y ovejas y puedan ser contadas. Desaguaderos, escaleras, pozas de pequeña profundidad excavadas en la tierra para almacenar y sacar agua. El correspondiente etcétera de finalizar el recuento es en este caso más largo de lo habitual.

Al final del recorrido, llegaremos a un lugar emblemático para La Iglesuela, el santuario de Nuestra Señora del Cid, pero tras oír el silencio en su patio empedrado, espera el regreso y ver si, con un poco de suerte, nos pueden enseñar el viejo telar que aún trabaja de cuando en cuando.

Al decir adiós al lugar donde el Cid dejó su impronta, pensamos que quizás la construcción con piedra en seco del lugar no llegue a la categoría de arte, pero desde luego si es un sentimiento y una seña de identidad.

27. AL PASAR LA BARCA, ME DIJO EL BARQUERO…



Aunque apenas reparamos en ello, antaño y ahora los efectos beneficiosos de un río son muchos y variados, aunque también han planteado problemas fundamentalmente los derivados de sus avenidas esporádicas y, sobre todo, al tener que atravesarlos para proseguir una ruta. Este último inconveniente ha sido una constante a lo largo de nuestra historia pues la construcción de un puente, además de los problemas técnicos a salvar en cada caso hay que sumar el alto coste de la obra.

Ya para el primer rey aragonés, Ramiro I, la construcción y arreglo de puentes fue uno de los principales objetivos de gobierno, junto a la redención de cautivos y la construcción de castillos y él mismo dejó dinero en su testamento para construir el puente de Cacabiello, hoy bajo las aguas del embalse de La Peña, y otro en el río Aragón. La concesión de pontazgos para invertir sus ganancias en las obras e incluso la concesión de indulgencias a quienes ayudaran a construirlos será algo habitual.

Miravete de la Sierra.

Baste decir como resumen del problema que hasta época moderna entre Logroño y Zaragoza –170 kilómetros– solo hubo dos puentes para atravesar el Ebro: en Alcanadre (que significa precisamente ‘puente’ en árabe) y en Tudela. Asimismo, en Zaragoza solo hubo uno, el de Piedra. El Ebro constituía una especie de muralla que ha tenido repercusiones varias.

Así es que cuando uno observa puentes como el del Diablo, que une las dos orillas del congosto de Olvena, solo cabe agradecimiento y admiración para nuestros mayores que las unieron con esfuerzo y valor. Atravesar algunos viejos puentes produce un placer

inexplicable sobre todo si el entorno es asimismo evocador, como ocurre en Montañana o en Miravete de la Sierra, por poner solo dos ejemplos bien alejados el uno del otro.

Para nosotros es tan simbólico un puente que desde hace años se ha convertido en el motivo central y siempre distinto para desear con su fotografía un paso feliz y un deambular tranquilo en el año nuevo. Pero para la Unión Europea también debe de significar el deseo de unión y colaboración que debe de existir entre todos sus componentes cuando en los billetes de papel de euro aparecen impresos puentes distintos.

Mas como no todos los pueblos pudieron costear un puente nuevo o no pudieron reparar el destruido por la tormenta rompedora del mayo último, para pasar de una orilla a otra, para ir a sus campos de la otra margen o para permitir proseguir el viaje buscaron solución con ingenio lo que dio paso al pontón, embarcación generalmente de madera, de forma más o menos rectangular –de paralelepípedo diría aquel– una especie de plataforma para transportar mercancías, carros, aperos y animales, aunque a veces con dos barcas en paralelo surgía el catamarán que era más seguro. Hasta que hizo su aparición el acero, una cuerda doble sin nudos y enganchada a un punto fijo en ambas orillas permitía mover la barcaza de un lado al otro. Miembros de dos oficios tenían en sus manos las vidas de muchas personas y animales, el calafatero o carpintero de ribera y, sobre todo, el barquero, oficio éste muy regulado por la responsabilidad que entrañaba, cuyos emolumentos variaban en función del peligro, mayores con las aguas altas y menores con los estiajes.

Aunque da la sensación de que estamos hablando de siglos muy pasados, dos ejemplos concretos nos demostrarán que eso no es así: el primero se refiere a Zaragoza y el segundo a Escatrón, pero existen más. En Zaragoza, el puente de Santiago es de 1967, de hace dos días como quien dice, construido en el mismo paraje en el que solo unos pocos años antes la 'barca del tío Toni' transportaba zaragozanos de una orilla a otra; el caso de Escatrón fue vivido por quien escribe estas líneas que, para atravesar de la orilla derecha a la izquierda para ir a visitar el monasterio de Rueda, tuvo que utilizarla allá por el año 1974 puesto que el puente actual se terminó en 1980. Es más, en la margen izquierda del río aún puede verse la 'casa del barquero' con un corral que utilizaban los animales de los viajeros, estando ambos unidos por un camino al embarcadero.

Ermita de Nª Sª del Castellar.

Sabemos que hubo paso de barca en Mianos (río Aragón) y en Alagón (para atravesar el Jalón), pero son los ríos Cinca, Gállego y Ebro los que muestran las más largas nóminas de barcas de paso.

– En el Cinca –en cuyo cauce se destruyeron muchos puentes durante las guerras de Secesión catalana (siglo XVII) y de Sucesión (siglo XVIII)– tuvieron barca de paso en Abizanda, Albalate, Alcolea, Almudafar, Ballobar, Barbastro, Belver, Castejón del Puente, Chalamera, Conchel, El Grado (los de El Toro y Peñalacabra), Estada, Estadilla, Fonz, Fraga,

Ligüerre, Monzón (en sustitución del puente destruido), Olvena, Osso, Pomar, Torrente y Zaidín.

– En el Gállego, al menos los de Ardisa, Gurrea de Gállego, Marracos, Murillo de Gállego, Peñaflor (se conoce en el siglo XII y era del Cabildo zaragozano), el importante de Puendeluna, San Mateo de Gállego, Santa Eulalia de Gállego, Villanueva de Gállego y Zuera.

– En el Ebro, prácticamente todos los pueblos ribereños tenían paso de barca: Alagón, Alborge, Alcalá de Ebro, Alfocea, Alforque, Boquiñeni, Cabañas, Caspe, Chiprana, Cinco Olivas, El Burgo de Ebro, Escatrón, Fayón, Gallur, Gelsa, Mequinenza, Monzalbarba, Novillas, Nuez, Osera, Pina, Pradilla de Ebro, Remolinos, Sástago, Sobradiel, Torres de Berrellén, Utebo, Velilla de Ebro, Villafranca de Ebro y Zaragoza.

Estaban tan bien estudiados y elegidos los lugares de amarre en ambas orillas que algunos itinerarios pasaron a ser posteriormente puentes, como el de Gallur o en Zaragoza, donde el moderno puente de Santiago recuerda exactamente por su emplazamiento a la barca del Tío Toni.

En estos momentos, aparte de alguna particular (Gelsa, por ejemplo), la única barca municipal que funciona es la de Torres de Berrellén y, por lo tanto, tenemos la excepción, hemos encontrado un hecho habitual del pasado que ha perdurado hasta hoy y es único. Habrá que ir a verlo…

Cuando nos preguntamos el porqué de esta realidad necesaria hay que retrotraerse a la Edad Media, al momento histórico en el que nacen los términos municipales. El término municipal es con mucho la circunscripción administrativa más longeva de las que están vivas pues hunde sus raíces en los siglos XII y XIII, pero sus límites no siempre responden a elementos de la naturaleza que serían los hitos más fáciles y visibles (un río, una sierra o una foz, por ejemplo). Los límites municipales son fruto de pactos realizados por quienes estaban en condiciones de hacerlos, generalmente el rey y determinados señores, que hicieron casi siempre caso omiso de lo que marcaba la naturaleza y primaron otros intereses.

Lo cierto es que la mayor parte de los municipios de la zona –pero también de otros muchos ríos– tienen tierras en ambas márgenes. Cuando se ha construido modernamente un puente o una carretera que lleva a él, se ha solventado el problema, pero en Torres de Berrellén es difícil que eso suceda puesto que tras la ermita está el campo de tiro de San Gregorio. Las únicas soluciones para pasar a cultivar los campos de la margen izquierda son hacerlo a nado o en barca, de ahí que la Confederación Hidrográfica de Ebro haya concedido permiso para esta segunda solución, permisos que son bastante restrictivos.

Si se pretende hacer la excursión, previamente conviene llamar por teléfono al Ayuntamiento de Torres de Berrellén, pues la travesía únicamente se hace para pasar a los labradores locales cuando lo necesitan. Seguro que se hallará respuesta positiva, sobre todo si los excursionistas son unos cuantos. También se puede ir el día 8 de mayo cuando los habitantes del pueblo atraviesan en masa al otro lado para peregrinar a la ermita de Nª Sª del Castillo, patrona de la localidad.

Pocas veces se tiene la oportunidad de entrar de verdad en el túnel del tiempo y, en este caso, viajar a la Edad Media, algo que es muy difícil en pleno siglo XXI y constituye un privilegio. Vamos a vivir una pequeña travesía de la que solo queda en Aragón este vestigio; asistiremos a la veneración de la Virgen María hecho que también tiene raíces medievales; y se pueden ver las ruinas de El Castellar, población fuerte imprescindible para la reconquista de Zaragoza en 1118, donde por otra parte estuvo confinada la reina Urraca, esposa de Alfonso I. Además las vistas desde lo alto son distintas a las que estamos acostumbrados a ver. Todo de una tacada, el viaje merece la pena.

28. UNA SIMPLE FLORECITA

Si hasta la aparición de las estadísticas en época bastante reciente es muy difícil para el economista y los analistas hablar de cuantías y aun de ubicaciones de estos o aquellos alimentos, imagínese las dificultades del historiador, sobre todo del que estudia las épocas más pretéritas. No obstante, se podría aventurar que trigo, olivo y almendros, los tres cultivos mediterráneos, se cultivaron por todo Aragón. Lo mismo sucede respecto a las leguminosas, patatas, verduras y frutas, pero existe un mundo de alimentos vegetales en el que caben poco más que aproximaciones y, como mucho, ubicaciones es el mundo de las especias y alimentos conservantes.

A pesar de las muchas neveras de piedra detectadas y repartidas por todo Aragón, los más mayores sabemos mucho de las dificultades existentes para conservar alimentos pues la nevera eléctrica no se popularizó en nuestro país –aunque parezca mentira– hasta mediados del siglo XX. La fresquera estaba a la orden del día. A falta de neveras, los alimentos adquirían pasados unos días olores y sabores desagradables que las especias disimulaban, aparte de usarse para hacer perfumes, medicamentos, tinturas o ingredientes gastronómicos, pero las especias eran escasas y caras pues había que importarlas.

Pero los aragoneses buscamos alternativas propias que tenían sus carencias, pero paliaban algo el problema. Así es que el campo y el monte aportaron anís, azafrán, tomillo, romero y trufa que llegaron a nuestras mesas. Romero, tomillo y anís los había por todo Aragón; el perejil crece en cualquier huerta e incluso en macetas y la trufa natural ya comenzó a cotizarse más que muchas especias, aunque ahora ya es cultivada. Mención aparte merece el azafrán.

El azafrán lo trajeron a la Península los musulmanes en el siglo VIII y las briznas anaranjadas de su flor pasaron a usarse como condimento, pero también como componente médico y homeopático, amén de ser utilizado en pinturas y tintes. La rosa del azafrán se popularizó tanto que hasta acabó siendo tal cual el título de una célebre zarzuela estrenada en 1930, con música de Jacinto Guerrero; los libretistas –Federico Romero y Guillermo Férnandez-Shaw– narraron el amor imposible de un campesino y una joven acomodada, situando la acción en la década de 1860, época del boom azafranero en nuestra tierra, aunque la acción zarzuelera se desarrolle en Castilla.

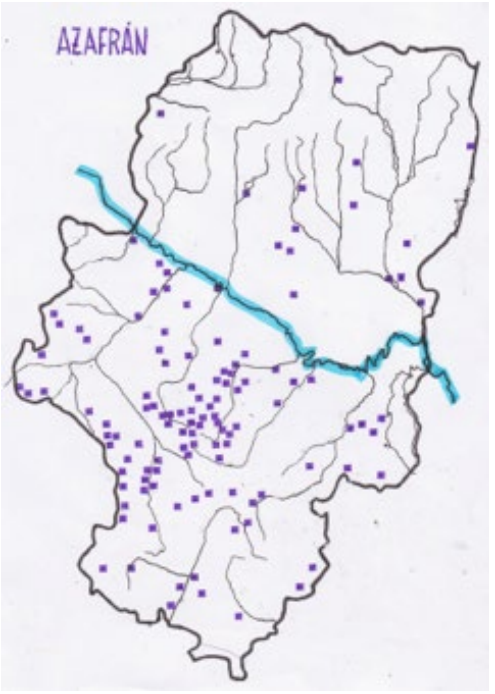
Se recolecta para el Pilar y lo de menos es que haya que madrugar mucho para hacerlo, antes de que el sol abra el capullo, sino que requiere una gran cantidad de mano de obra, necesidad ésta que acabaría poco a poco con su cultivo. Lo que importa de la flor son solo

sus estigmas o filamentos, el brin, de color rojizo anaranjado que despide un intensísimo y característico aroma, pero los brines pesan muy poco por lo que son necesarias de 150 a 200 mil flores para lograr 'desbriznar' un simple kilogramo, de modo que lo mismo que la recolección requiere también gran cantidad de manos. Y todavía habrá que tostarlo antes de su utilización. Junto con el anís y más con el orégano, el azafrán fue una alternativa a las especias de Oriente tan caras que no estaban al alcance del pueblo en general. Fundamentalmente se utiliza como condimento del arroz, de las pastas y los quesos, pero tuvo otros varios usos como se ha indicado.

En las tradicionales zonas españolas de cultivo –principalmente Castilla-La Mancha (Albacete, Ciudad Real, Cuenca y Toledo), Valencia, Cataluña y Aragón– éste se halla en franco y quizás definitivo retroceso.

Aragón llegó a ser con mucho el mayor productor del país, tanto que durante los siglos XVI y XVII se convirtió en territorio exportador al extranjero, sobre todo a Francia, y su cultivo se extendió por múltiples comarcas: Somontano oscense, Ribera del Cinca, Monegros, Campo de Monreal, Alto Jiloca y Serranías de Montalbán, entre otras. Cuando una serie de falsificaciones del condimento produjo la pérdida del mercado francés, fue una auténtica catástrofe económica y aunque se recuperó algo el cultivo en varias de esas comarcas su cultivo fue testimonial, para uso casero solamente.

Para el siglo XVIII, tras estudiar todos cuantos documentos hallamos sobre azafrán, azafranar, azafranales, zafrán y zafranales, el resultado gráfico se puede ver en el mapa.



-**Huesca [13]:** Adahuesca, Albalate de Cinca, Alcalá de Gurrea, Alcolea de Cinca, Alcubierre, Almuniente, Arén, Binaced, Broto, Fraga, Lanaja, Monflorite y Peralta de Alcofea.

-**Zaragoza [46]:** Alconchel (Madoz), Almonacid de la Cuba (Madoz), Alfamén, Azuara (Madoz), Badules, Belchite, Berrueco, Bijuesca, Cabolafuente, Calatorao, Cariñena, Clarés de Ribota, Codo, Cosuenda, Farlete, Fuendetodos, Gallocanta (Madoz), Grisén, Herrera de los Navarros (Madoz), La Muela, Lanaja (Madoz), Langa del Castillo, Las Cuerlas (Madoz), Lécera (Madoz), Letux (Madoz), Lumpiaque, Mallén, Miedes, Monterde, Moyuela (Madoz), Pedrola, Plenas, Rueda de Jalón, Samper del Salz, Santed, Sos del Rey Católico, Torralba de Ribota, Torralba de los Frailes, Torrehermosa (Madoz), Torrelapaja, Torrijo de la Cañada, Tosos, Valmadrid, Villahermosa (Madoz), Villar de los Navarros (Madoz) y Zaragoza.

-**Teruel [62]:** Ababuj, Albalate del Arzobispo, Albarracín, Aliaga, Barrachina, Bello (Madoz), Blancas (Madoz), Calamocha (Madoz), Calomarde, Camañas, Camarillas,

Caminreal ("comercio: el principal consiste en la esportación de azafrán", Madoz), Cañada de Berich, Cañada Vellida, Castejón de Tornos, Castelnou, Casteserás, Cortes de Aragón (Madoz), Cucalón, El Poyo (Madoz), Fonfría, Fuentes Claras (Madoz), Fuentespalda, Huesa del Común (Madoz), La Hoz de la Vieja (Madoz), La Mata de los Olmos, La Puebla de Híjar, La Puebla de Valverde, Lanzuela, Lidón, Loscos (Madoz), Maicas (Madoz), Martín del Río (Madoz), Monforte de Moyuela, Monreal del Campo (Madoz), Mosqueruela, Muniesa, Nogueras (Madoz), Ojos Negros, Plou (Madoz), Pozuel del Campo (Madoz), Puertomingalvo, Rillo, Rudilla (Madoz), Santa Cruz de Nogueras (Madoz), Santa Eulalia, Sarrión, Segura de los Baños (Madoz), Teruel, Torralba de los Sisones, Torrecilla del Rebollar, Torrijo del Campo ("Mucho", Madoz), Tramacastiel, Valdealgorfa, Valdeltormo, Valjunquera, Villarroya del Campo, Villastar, Vinaceite, Vivel del Río (Madoz) y Villanueva del Rebollar (Madoz).

Cuando Pascual Madoz publica su *Diccionario* (1845-1850) las cosas han variado sensiblemente: Huesca ha pasado de 13 citas a cero; Zaragoza, de 46 a 13; y Teruel, de 62 a 23, pero al menos el azafrán sigue vivo, se sigue cultivando. En la actualidad, excepto algún campo testimonial, el azafrán tan solo se cultiva en Monreal del Campo. Por ser la excepción que vamos buscando, viajaremos hasta esta villa turolense, en pleno río Jiloca.

Monreal del Campo no es una población desheredada respecto al patrimonio; junto con otras más puede ocupar el lugar trigesimocuarto en la lista aragonesa patrimonial, un puesto destacado. Formando parte de ese patrimonio, en lugar destacado sin duda alguna, está el azafrán, la pervivencia de su cultivo y, desde 1983, la dedicatoria de un Museo monográfico a tal cultivo, en el que se describe con todo tipo de detalle el proceso económico, social y cultural que conlleva el cultivo todavía vivo de esta flor.

Para llevar a cabo el proyecto del Museo, dedicado a un producto que es bastante más caro que el oro, los vecinos de Monreal se volcaron y llegaron a reunir y donar más de 150 piezas distintas entre herramientas y utensilios, pero había que organizarlo todo pues la colección lograda cubría todos y cada uno de los pasos que van

desde la preparación del campo hasta la venta del preciado bien. Y sencillamente lo lograron.

Aparte de que existen visitas guiadas y se hacen actividades en determinados momentos, en aproximadamente doscientos metros cuadrados que ocupa se han dispuesto todos esos materiales de manera muy didáctica, con acompañamiento de paneles explicativos que dan unidad al conjunto. La verdad es que no defrauda.

¡Quién podía pensar que una simple flor nos iba a motivar un viaje de excepción!

29. ¡AQUÍ HUELE A PÓLVORA!

Para lo que fueron los chinos inventando cosas, la pólvora, que también fue idea suya, les costó bastante encontrarla, por lo menos hasta mediados del siglo IX, cuando Aragón aún era un trocito de tierra que comenzaba a sonar bajo la influencia de los francos. Y, cosa rara, también tardó bastante en extenderse hasta Finisterre. Antes de inventar el arma de fuego moderna que ya utilizó proyectiles metálicos, los propios chinos alumbraron y utilizaron con la pólvora lanzallamas, cohetes, bombas y minas terrestres.

Por otra parte, nos tendremos que repetir para decir que los árabes –una vez más también– la importaron a Europa y, por lo tanto, a nuestra Península. No obstante, la primera referencia en el mundo cristiano peninsular no la encontramos hasta que el rey castellano Alfonso XI nos diga en su propia crónica que la pólvora se utilizó en el sitio de Algeciras (1343), aunque existen autores que la remontan al siglo XIII, cuando la población de Niebla (Huelva) fue asediada por Alfonso X el Sabio, es decir casi un siglo antes.

En la Edad Media española se utilizó la pólvora pero sabemos muy poco de cuándo y dónde exactamente y, sobre todo, de dónde salía, dónde se producía. Como no se da en estado natural, ¿qué hacía falta para conseguir que se produjera pólvora? ¿Dónde se encontraban y en qué proporción se mezclaban sus ingredientes?

Hacían falta tres componentes y mezclarlos de manera conveniente en proporciones que podían variar en poco. Para hacer pólvora negra, mejor que la blanca, hacía falta un 75% de salitre (nitrato potásico), 15% de carbón natural o artificial y 10% de azufre, ingredientes que había que mezclar y moler con sumo cuidado en molinos especiales movidos por agua, separados los unos de los otros por la posibilidad permanente de explosión mientras duraba el proceso como ocurría muy a menudo.

No se pretende hacer una relación exhaustiva, pero sabemos que desde la Edad Media se produjo pólvora en varios lugares de España (Andalucía, Aragón, Castilla-La Mancha, Cataluña, Navarra, etc.) y que la producción pasó por momentos de crisis importantes, como durante la guerra con Francia (1793-96) por no haber suficiente. Al tratarse de un monopolio estatal, la administración borbónica acabó por reducir y potenciar los puntos de fabricación a Murcia, Pamplona, Alcázar de San Juan, Granada y Villafeliche. Y aquí aparece Villafeliche, una localidad aragonesa situada en el Jiloca que siempre había estado en la lista de lugares fabricantes. Al tratarse de un lugar único en Aragón en el que quedan huellas visibles de ese pasado, era obligado interesarnos por él e ir a visitarlo.

Monumentos a los polvoreros.

Adelantemos que el Estado controlaba la producción a través de las 'Reales Fábricas', pero los molinos eran particulares y cada uno tenía su propietario y sus trabajadores, fabricantes particulares que se debían inscribir obligatoriamente en los libros de la Administración General y que gozaban de ciertos privilegios y exacciones. Inmediatamente surge un pregunta obligada: ¿Por qué se instalaron en Villafeliche donde solo se podía disponer de una sola materia prima, el carbón, a base de esquilmar los bosques circundantes? Solamente se han dado dos explicaciones poco convincentes: por un lado, la existencia de una larga acequia para mover los molinos; por otra parte, que el lugar estaba muy camuflado al abrigo de una pequeña serrezuela que disimulaba el paraje, como si los espías fueran tontos. Además lugares semejantes existen cientos por doquier.

Nosotros –tras estudiar para otra finalidad por qué términos municipales atravesaban los ríos aragoneses y a qué circunscripción (real, señorial o eclesiástica) pertenecían– hallamos que en el Jiloca hasta la Desamortización todos eran de realengo por pertenecer a las Comunidades de Teruel, Daroca o Calatayud, todos menos uno, Villafeliche, que era de señorío secular. ¡Qué casualidad!

En efecto, tras ser de dominio real, vemos cómo Villafeliche fue a parar a un Azagra, primero, en 1257; luego, en el siglo XV fue de los Luna; en 1610 estaba en manos del marqués de Camarasa y, en 1785, poco antes de la Desamortización, era de señorío secular. ¿Se han visto los apellidos? Alguien le sacó rendimiento a la pólvora que, aunque estaba controlada por el Estado, debía ser de producción particular como se ha indicado.

La actividad polvorera de Villafeliche no es corta pues debió durar durante cuatro siglos. Sabemos que en 1764 había en funcionamiento ciento sesenta y cinco molinos, cifra que debió llegar hasta los cerca de doscientos en el siglo XIX, que fue su época de mayor esplendor. Debe de ser el momento en el que se acuña la frase popular "arde mejor que la pólvora de Villafeliche", todavía viva en algunos rincones.

Uno de los molinos recuperados.

No obstante, los molinos 'villafelichinos' siempre dependieron de la llegada de dos de sus necesarios componentes,

el salitre y el azufre, lo que dio origen a un trabajo necesario, el de acarreador, como también al de alfarero, pues la pólvora exigía para su manipulación que estuviera contenida en vasijas especiales, habilidad esta última que se perpetuó hasta nuestros días con nuevos diseños y para distintos menesteres. El salitre se acarreaba, con todas las medidas de seguridad, desde Épila, en tanto que el azufre, era asimismo aragonés, de las minas de Libros y Villel. Aún se dedicaron también al cultivo de cáñamo en la vega, vegetal con el que se fabricaban las mechas de fusilería y artillería que se precisarían con posterioridad.

Los episodios, anécdotas y leyendas se multiplicaron de modo que a pesar del misterio que rodeaba a una población tan controlada por fuerzas de seguridad, o quizás por eso mismo, siempre circularon entre el vulgo llegando hasta la propia Zaragoza. Ya solo faltó que gracias a la pólvora de Villafeliche los heroicos defensores de esta ciudad pudieron mantener a raya a los franceses durante los Sitios. El nombre de Villafeliche retumbó incluso por la España ocupada cuando se supo la inenarrable defensa que de los molinos hizo José de l'Hotellerie de Fallois, barón de Warsage y héroe del segundo sitio de Zaragoza, personaje del que podemos ver su casa-palacio en Calatayud, frente a la iglesia de San Pedro de los Francos, pues los franceses decidieron hacerlas cautivas para neutralizar a los zaragozanos y para aprovisionarse ellos mismos.

Los molinos estaban ubicados en un pequeño y abrigado valle de las afueras de Villafeliche, entre el río Jiloca y el Camino de los Molinos. Eran pequeños, de unos seis metros cuadrados, y todos se hallaban a lo largo de la acequia de los Molinos y allí vamos a ir, por camino transitable para el vehículo, con suma atención para no perdernos en el camino buscando el molino recuperado y restaurado pues la totalidad de los mismos fue desmantelada.

Una vez allí, unos paneles explicativos nos ayudarán a identificar la maquinaria y a comprender el proceso de elaboración. El agua de la acequia hacía girar una rueda que, a su vez, mediante engranajes, movía el mortero donde se amasaba la mezcla de los ingredientes. Durante ocho días, con la aportación de agua, vueltas y más vueltas. Finalizada la mezcla, se hacían bolas de mortífero pastel que acababan exponiéndose al sol. La pólvora estaba servida…

Madoz, al que tantas veces acudimos para conocer la realidad del momento en que vive, nos relata como "[hay] *3 alfarerías que decaen, un molino harinero y más de 200 en linea, que formaron hasta el año 1831 la famosa fábrica de pólvora, cuya elaboración era la principal industria de estos vecinos; pero desatendida actualmente por el Gobierno que ha mandado desmontar sus máquinas, ocasiona la mayor miseria a estos habitantes, cuya mayor parte dependen de ella, viéndose precisados ahora á fabricarla fraudulentamente*

por un miserable jornal, que adquieren con el más penoso trabajo y espuestos siempre á una constante persecución".

El ínclito Fernando VII se liquidó una instalación que, al ser modelo de gestión mixta, se llegó a exportar a América y Filipinas y, sin embargo, abocó a Villafeliche a la miseria de sus habitantes, aunque unos pocos continuaron produciendo pólvora de manera legalmente fraudulenta nada menos que hasta 1964. Entre otros edificios, molinos, almacenes, oficinas, edificios para la manipulación, puestos de guardia se entregaron al abandono.

Un sencillo Centro de Interpretación nos guiará perfectamente para conocer y comprender mejor esta realidad única en Aragón, pero además Villafeliche no carece en absoluto de más y bueno patrimonio para disfrutar de él. Mas, por si fuera poco, mudéjar del mejor lo tenemos a cuatro pasos, amén de dos ciudades señeras en el ámbito patrimonial a cada extremo, Calatayud y Daroca, lo que hace que el viaje pudiera plantearse para un fin de semana.

30. ESTANCA versus EMBALSE

El vocablo agua es, no cabe la menor duda, una de las palabras más prolíficas a la hora de buscar compañeros de viaje referidos a su calidad (anisada, bicarbonatada, blanda, bruta, caliente, clorada, corriente, destilada, dulce, dura, emponzoñada, enjabonada, envenenada, estancada, fecal, fría, gris, helada, hervida, limpia, negra, oxigenada, potable, remansada, residual, salada, salobre, subterránea, sucia, templada, termal y un amplio etcétera) o a su origen (de acequia, de balsa natural, de charco, de charca, de fuente, de hielo, de lluvia, de mar, de nieve, de pozo natural, de qanats, de río, de ibón, etc.). Amplios son también los continentes artificiales que ha inventado la Humanidad para recogerla, guardarla, atesorarla y utilizarla (abrevadero, alberca, aljibe, balsa artificial, aspersor, bañera, botella, botellín, botijo, cántaro, cantimplora, depósito, ducha, embalse, estanca, estanque, fuente, grifo, jarra, jícara, lata, lavabo, lavadero, manguera, pantano, piscina, poza, pozo artificial, taza, tazón o vaso, más un largo etcétera).

Sí, el agua es un bien tan imprescindible que si se posee se defiende y si se carece se busca. Ambas situaciones están –junto con la sal– en el origen de múltiples y algunos famosos conflictos armados que aún se agravan más si el agua sirve de vehículo como algunos ríos, mares, estrechos o canales.

De entre este vasto mundo citado nos vamos a quedar con los continentes acuosos de cierta entidad en los que ha intervenido la mano y la mente del hombre para lograr retener y domesticar el agua, por lo tanto nos vamos a quedar en el mundo de las balsas artificiales, de los embalses y de las estancas, se hayan tenido que servir o no de otras obras necesarias, como acequias, acueductos, azudes, canales, diques o presas.

Aunque parezca mentira, todavía sobreviven algunas aldeas remotas en nuestra tierra que no conocen el agua corriente y, desde luego, muchos de los pueblos que por una u otra causa dejaron de existir en el siglo XX lo hicieron sin conocerla tampoco. Con mucha suerte tuvieron un pozo, una fuente o un arroyo cerca, a lo mejor solo a un kilómetro de ida y otro de regreso, y llenaron las tinajas de sus casas para cocer las borrajas e incluso lavarse las manos porque eran aseados. Claro que en el camino hablaban, se relacionaban, algunos hasta festejaban porque nos les dejaban de otra manera en sus casas y… se cansaban. Un cántaro en la cabeza y otro en el costado era demasiado. Dura vida.

Balsa buena de Bujaraloz.

También hubo lugares sin pozo, fuente o arroyo y el ingenio, aunado al trabajo, les regaló impresionantes qanats, esos que hoy admiramos por el somontano barbastrense. Pero en algunos lugares

no había agua ni siquiera en el subsuelo y había que esperar días y días –a veces con rogativas comunitarias con la Virgen de Fátima al frente– para que la nube negra descargara y llenara las balsas buenas, las de los humanos, y la de los animales, las malas. Estudiado el lugar de la posible hondonada cerca de las casas, levantaron muros de contención con piedras del campo e impermeabilizaron cuanto pudieron el suelo con losas de piedra o incluso barro endurecido, al tipo de los adobes. Los alrededores, siempre inmaculados. Alguien tenía que vigilar el uso racional del agua almacenada porque pensar en adquirirla embotellada entonces era un sueño, sí, un sueño no hace más de sesenta años. Nosotros hemos bebido agua de balsa…

Naturalmente los romanos necesitaron y aprendieron a construir azudes para embalsar agua para regar, agua que dejaban salir por un lateral y daba origen a una acequia, pero el resto del líquido escapaba; si necesitaban embalsarla, la acequia se encaminaba a una hondonada cerrada con una acequia de salida que regresaba al río. Habían inventado la estanca e hicieron muchas por todo el Imperio.

Como no necesitaron mucha fuerza, el agua de la acequia les bastaba para mover el molino, el batán o la noria y no hicieron apenas presas dado lo caro del empeño y las dificultades de la ejecución. Pero la estanca estaba entre nosotros y vamos a ir a verla; veremos la mayor de ellas y seguiremos sus tres partes: acequia de llenado, estanque y acequia de desagüe.

Queda claro, pues, que existe una diferencia entre embalse (o pantano) y estanca, aunque la gente los confunda. Para dar forma a ambos el hombre tiene que modificar la Naturaleza, pero de manera distinta. El embalse es un depósito artificial construido en el propio cauce del río mediante la contención de las aguas con dique o presa, pero luego el agua sigue su curso, aunque parte se aproveche para abrir acequias o alimentar centrales hidroeléctricas. La estanca es también un depósito artificial, pero en derivación, es decir, no se cierra el curso del río que lo origina, sino que se distrae agua para almacenarla fuera de su curso.

Embalse de La Peña.

Las estancas nacieron, pues, primero, pero no obstante los embalses son ya más que tricentenarios. Por ejemplo, el pantano de Arguis se comenzó en el siglo XVII y se inauguró en 1704 para ser muy pronto remodelado, pero la realidad es que la construcción del Canal Imperial de Aragón polarizó todos los esfuerzos y los embalses quedaron a la espera. A finales del siglo XIX y comienzos del XX la insistencia de Costa y de los regeneracionistas dio su fruto y se comenzaron a construir presas siendo la de Escuriza (1899) una de las primeras. Luego la época franquista fue prolífica en la construcción de pantanos y el paisaje aragonés cambió radicalmente de aspecto, a costa, eso sí, de mucho desarraigo.

En la margen izquierda del Ebro, los ríos más aprovechados han sido el Aragón, el Gállego (y sus afluentes Escarra y Sotón), el Cinca (más los afluentes Ésera, Flumen,

Guatizalema y Calcón) y el Noguera Ribagorzana. El propio Ebro ha visto embalsar sus aguas de manera descomunal para dar origen al Mar de Aragón, mientras que en la margen derecha Queiles, Jalón (con sus afluentes Aranda y Piedra), Huerva, Martín, Guadalope (con el Guadalopillo) y el Pena, subsidiario del Matarraña. Entre los ríos que ignoran al Ebro, el Guadalaviar y el Mijares tienen también sus embalses.

Existe en nuestra tierra un híbrido curioso: el llamado embalse de la Sotonera. Por un lado, es técnicamente un embalse puesto que se halla en medio del río Sotón, cuyas aguas apenas darían para llenar una piscina de verano; pero, por otra parte, recibe casi todas sus aguas del río Gállego por derivación a través de acequia, por lo que también es estanca.

Pero prosigamos. Los depósitos artificiales de agua logrados por derivación son, como se ha indicado, más antiguos, tanto que se remontan a época romana: la colosal e impresionante obra arquitectónica de Almonacid de la Cuba y la estanca de Villarroya de la Sierra son dos ejemplos magníficos que también merecen una visita.

En la Edad Media, mientras los musulmanes fueron grandes constructores de acequias e ignoraron la estancas, los cristianos aragoneses construyeron varias. Aunque quizás de antecedentes romanos, en Borja se construyó una en 1328 de 14 ha de superficie; tiene estanca del siglo XVI Castiliscar, a la que se unirá luego la de Used. En torno a Huesca podemos ver las de Chimillas y Loreto, aunque por allí les llaman albercas y están siempre muy concurridas por los oscenses; derivadas de los Arba de Luesia y de Biel, Ejea de los Caballeros tiene las de Canales y del Gaucho. Nosotros nos vamos a ir a la mayor de todas, la de Alcañiz.

A través de una acequia de veinticinco km, la hondonada recibe aguas del río Guadalope. A cuatro km de Alcañiz, la estanca da origen a un bello paraje, perfectamente acondicionado para practicar deportes náuticos, pesca, senderismo, observación de aves, equitación o cicloturismo entre pinos. Para que no sobrepase el nivel deseado, otra acequia devuelve las aguas sobrantes al Guadalope. Normalmente tiene una superficie de 151 ha y retiene unos once millones de hectómetros cúbicos de agua. Es, con creces, la mayor de Aragón.

Los amantes de la Naturaleza pueden pasar perfectamente un día relajado en ella, pero sepan los más inquietos que se hallan en la antesala de la, a nuestro juicio, séptima población aragonesa por el número y valor de su patrimonio. ¡Casi nada! De las muchas, variadas e interesantes cosas que ver, permítaseme destacar, aparte de la estanca, otras cuatro: el teatro de tipo italiano, las pinturas góticas del castillo calatravo, el museo de cultura ibérica y las pinturas rupestres del Val del Charco.

La estanca de Alcañiz no es única ni rara, aunque sí extraordinaria por su acondicionamiento, pero con su presencia en esta relación de cosas y hechos distintos se pretende subsanar un malentendido generalizado. En sus orillas finalizamos este recorrido sui generis por tierras de Aragón. Si ha servido para despistar al ‘corona voraz’ que nos ha llevado de cabeza durante tantos meses, misión cumplida.